

JUDITH

**N. I. SALOFF
ASTAKHOFF**



EDITORIAL BETANIA

Judith

Spanish Edition

Copyright 2015 Voice Media

info@VM1.global

Web home: www.VM1.global

All rights reserved. No part of the publication may be reproduced, distributed or transmitted in any form or by any means, including photocopying, recording, or other electronic, or mechanical methods, without the prior written permission of the publisher, except in the case of brief quotations embodied in critical reviews and certain other noncommercial uses permitted by copyright law. For permission requests, email the publisher, addressed “Attention: Permission Coordinator,” at the address above.

This publication **may not be sold, and is for free distribution** only.

NOTA DEL AUTOR: El libro *Judith*, es la narración verídica de la vida de una muchacha, hija de una prominente familia judía de Rusia. Tras aceptar al Señor Jesucristo como su Salvador, Judith se vio obligada a abandonar la casa de su padre, su prometido a quien amaba profundamente, sus amigos y toda su gente. Su vida, que de aquí en adelante fue totalmente rendida y consagrada al servicio del Señor, tuvo un trágico fin bajo la mortal estocada de las espadas de un grupo de soldados.

Fue privilegio del autor el haber seguido de cerca la vida de Judith y su servicio al Señor, y el ser testigo de su prematura muerte. La historia que comprende desde su niñez hasta su conversión está basada en charlas personales que tuvo el autor con Judith.

En este libro los nombres han sido cambiados dadas las condiciones existentes en Rusia.

Esta historia, publicada originalmente por el autor en ruso, ha sido de gran bendición para muchos en Polonia, Rumania y otros países. Con el deseo y la oración de que sea también de bendición para muchos en América del Sur, Judith se publica ahora en castellano.

CONTENIDO

I. Los días felices de la niñez	9
II. Refugiados	31
III. Buscad y hallaréis	41
IV. Perseguida por amor a Cristo	70
V. Dedicada al Señor	115
VI. La joven mártir	134

I

LOS DIAS FELICES DE LA NIÑEZ

La hija amada—En el campo—La conversación de los rabinos—¿Quién era “Yeshua”?

La vida en el hogar del señor Weinberg fue, por muchos años, feliz y serena. El era un rico mayorista de artículos de mercería y bajo su hábil manejo, los ingresos habían aumentado cada año. El negocio crecía y últimamente había tenido especial éxito. Pero la prosperidad económica no era lo principal para el señor Weinberg y su esposa. Su mayor tesoro lo formaban tres amorosas hijas quienes llenaban el corazón de sus padres de gozo y deleite.

La ambición de los padres era dar a sus hijas la mejor educación y, lo que era aún más importante, inculcarles las antiguas costumbres hebreas y sus principios; implantar en los corazones de las niñas la fe en el Bendito Jehová, quién en tiempos pasados había ayudado en gran manera a todos los verdaderos fieles israelitas.

En los antepasados de los Weinberg, había un considerable número de fieles rabinos, que habían guardado y protegido celosamente las tradiciones religiosas de sus padres. Justamente esta familia era consi-

derada una de los pocas portadoras de la vida religiosa de esta nación, que iba perdiendo su religión cada vez más.

Algunas veces el señor Weinberg y su esposa estaban afligidos porque Dios no les había dado un hijo varón, heredero, que continuara su antigua familia.

El mayor pesar de una familia judía es la ausencia de un hijo varón, quién tiene que orar después de la muerte del padre, para aumentar su felicidad de allí en adelante.

De cualquier modo, estos momentos eran pocos, ya que sus tres niñas siempre triunfaban en la tarea de disipar las nubes de pesar. Con su alegre parloteo llenaban los corazones y el hogar de sus padres con gozo y felicidad así como los pajarillos llenan el aire primaveral con sus gorjeos. La mayor de ellas, Judith, la niña mimada de la familia, proporcionaba especial regocijo a sus padres. Desde temprana edad había desarrollado sus habilidades y había demostrado ser más capaz que las otras. El pronto deleite e interés de la pequeña Judith en religión, y sus muchas y serias preguntas acerca de Dios, demasiado serias para su edad, encendían en el corazón de sus padres la esperanza de que con el tiempo, se convertiría en una "verdadera portadora" de la religión y tradiciones de sus padres. A menudo les importunaba con preguntas acerca de los detalles ceremoniales de la vida religiosa.

Todas las viejas costumbres hebreas eran guardadas religiosamente y observadas diligentemente en el hogar de los Weinberg. Generalmente, durante la celebración de la Pascua, el padre relataba a sus hijas que escuchaban ansiosamente, el significado de esta fiesta para los judíos. Les relataba como en la antigüedad sus antepasados habían sido esclavos de un cruel y despiadado Faraón, rey de Egipto. Les describía vívidamente cómo en una noche memorable, la noche de vigilia, todas las familias judías rodeadas por sus

hijos, comieron por primera vez el cordero pascual con panes sin levadura y hierbas amargas. Todo fue hecho de acuerdo al mandamiento del bendito Jehová y bajo la dirección del más notable hombre de Dios, Moisés. Todo estaba listo para el viaje mientras comían de prisa. Debían estar con los lomos ceñidos, sus varas en la mano y los bultos en sus hombros. Esa misma noche el ángel de la muerte descendió sobre Egipto, matando a todos los primogénitos desde el hijo de Faraón hasta el hijo del último de los esclavos. Les contaba como después de haber sido liberados de la esclavitud de Egipto, Dios les había ordenado celebrar a través de todas las generaciones la fiesta de la Pascua en el día catorce del mes de Nisán, como memoria de este grandioso y glorioso evento.

Tras escuchar con mucha atención, súbitamente Judith interrumpió a su padre:

—Papito, ¿por qué el ángel mató sólo a los niños egipcios? ¿Los niños judíos eran mejores que los egipcios?

—Sí, mi niña, —replicó el señor Weinberg un poco confundido ante semejante pregunta—. Los hijos de los judíos eran mejores que los niños egipcios ante los ojos de Jehová. En realidad, todos los judíos eran mejores que los egipcios. Fue por eso que Dios eligió a los judíos para que fuesen su Pueblo, que le sirviesen a El, el verdadero Dios. El resto de las naciones, incluyendo a los egipcios, adoraban ídolos, lo cuál es abominable para Dios.

—¿Qué son ídolos, papi? —continuó la curiosa Judith con su inquisitiva mirada fija en su padre.

—Mi niña, parecería que quieres saber todas las cosas en un momento, —le respondió sonriendo.

—Sí papito, quiero saber todo, y tú nos lo dirás, ¿no es cierto? Por favor, querido papá. Tú eres tan bueno y además lo sabes todo.

—Sí, sí papi, tú eres bueno, —apoyaron las otras

dos—. Dinos qué son los ídolos, queremos saberlo.

—Un ídolo, hijitas, es algo a lo cuál los hombres aman más que a Dios y a lo cuál adoran como a Dios. Pero Jehová nos ha dicho a través de nuestros benditos profetas que amemos al Señor Dios con todo nuestro corazón y nuestra alma. Los egipcios tenían muchos ídolos. Adoraban al sol, al gran buey Apis, al cocodrilo. Consideraban sagrado al río Nilo y se inclinaban frente a muchas otras cosas.

—Papito, pero si yo te amo a ti y a mamá más que a Dios, ¿está mal eso?

—Ay, Judith, haces tantas preguntas raras que es imposible responderlas todas en un momento. A lo mejor te responderé luego, pero ahora escuchen cómo Dios castigó a los idólatras egipcios, mientras ayudaba a los judíos porque le amaban y oraban sólo a El.

El señor Weinberg continuó narrando la historia bíblica acerca de la huída de los israelitas de Egipto, ilustrándola hábilmente con leyendas del Talmud y de la tradición nacional. Luego de escuchar atentamente, Judith irrumpió con otra pregunta:

—Papá, ¿por qué los judíos tenían que matar y comer el corderito en esa noche? ¿Por qué lo mataban? Los corderitos son lindos. ¡Oh, que cruel es la gente! Yo nunca mataría un corderito, y tú tampoco lo harías, ¿no es cierto, papito?

—Mi querida Judith, —respondió el señor Weinberg riendo—, en una noche quieres ser como tu abuelo, un sabio rabino. Es imposible aprender todo de una vez.

—Bueno, sí, quiero saberlo todo, y especialmente por qué los judíos tenían que matar un cordero en esa época.

—Muy bien, las voy a mandar junto con su madre a la casa del abuelo en el campo, este verano. Allí podrán hacerle todas las preguntas que quieran acerca del cordero y de cualquier otra cosa que les interese. El

lo sabe todo y puede explicárselos.

Ante la promesa de su padre, los rostros de las tres niñas brillaron con alegría.

—¡A la casa del abuelo, a la casa del abuelo!
—gritaron alegremente.

Casi todos los años los habían pasado, a veces por meses enteros, con su madre en la casa del abuelo. Judith recordaba bien cuán frecuentemente otros rabinos, mayores que su abuelo, pero tan sabios y dignos como él, habían ido a visitarle. Había notado que pasaban días, y a veces noches enteras en conferencias. Algunas veces les había oído discutir muy fuerte. A menudo mencionaban nombres tales como: "Moisés" y "Yeshua" (Jesús). En relación a este último preferían extrañas palabras tales como: "traidor, impostor" y otras expresiones similares. Judith tenía gran interés en saber de quién estaban hablando, pero siempre había temido preguntarle a su abuelo. Estaba especialmente deseosa de saber quién era este "Yeshua", el traidor. Pero ahora sería diferente. Ya que su padre le había dado permiso, le preguntaría acerca de todo esto.

Así continuaba feliz la vida en el hogar de David Weinberg. Llegó el verano y la escuela de las chicas terminó. Las vacaciones de verano habían comenzado, y ahora la familia podría dejar las polvorientas ciudades para buscar el aire fresco y la belleza del campo.

Poco tiempo después de que terminara la escuela había una gran conmoción en la casa de los Weinberg. Cerca de la puerta de entrada estaba el espacioso carruaje tirado por dos hermosos caballos. La mitad estaba llena de cajas, valijas y maletas de varios tamaños. El conductor, acostumbrado a viajar frecuentemente, apilaba las cosas de tal manera que quedara espacio para los pasajeros. Se oían alegres carcajadas en toda la casa, mientras las niñas corrían escaleras

arriba y escaleras abajo. Una había olvidado dónde había puesto su muñeca preferida. Otra no sabía qué le había ocurrido al paquete que contenía los regalos para la abuela y el abuelo. Todo estaba patas arriba en las habitaciones. La madre no sabía qué hacer primero. Las niñas estaban ansiosas por ayudarle a ella y a la criada a empacar las cosas necesarias para el verano. En sus ansias por ayudar se estorbaban unas a otras, así como también estorbaban a su madre y a la criada. De alguna forma los zapatos recién lustrados habían ido a parar a una de las valijas junto con las mejores ropas. El sombrero nuevo de la señora Weinberg había desaparecido y luego de media hora de búsqueda, lo hallaron en un bolso junto con las cosas que necesitaban para el viaje.

Finalmente la señora Weinberg se encontró con sus hijas en el carruaje, completamente agotada. El señor Weinberg no viajaba, ya que los negocios demandaban su presencia en la ciudad. Al saludar a su esposa y a sus hijas, dio las últimas órdenes al conductor y al fin partieron.

* * *

La hermosa casa de dos pisos, situada en el medio del bosque, hoy parecía transformada. Su dueño era el maderero Weinberg, un honorable rabino. A pesar de estar entrado en años, era aún muy activo y capaz de ocuparse de sus negocios.

Por varios años había vivido solo con su esposa en la quietud de los bosques. Sus dos hijos estaban casados y tenían sus propias familias. Ellos también habían tenido éxito en los negocios y habían asentado sus hogares en ciudades distantes.

Normalmente, una quietud imperturbable reinaba en toda la casa. Había veces que el señor Weinberg trabajaba encerrado en su oficina o en su estudio por días enteros, con la Biblia y el Talmud. Pero hoy se

oían bulliciosos pasitos por toda la casa, y la cristalina risa de placer de las niñas llenaba las habitaciones. Habían llegado las tres nietas con su madre. Ansiosamente desempacaron los regalos que habían preparado con tan gozosa anticipación para sus amados abuelos. Al entregarlos cada cuál quería destacar el valor de sus propios regalos y al intentar alabarlos causaban risa a sus mayores. Contaron las últimas noticias de la ciudad y especialmente lo relacionado con sus vidas y progresos en la escuela.

Comenzó para las niñas un tiempo feliz, sin tener que preparar lecciones. Pasaban días enteros vagando por las praderas y los bosques recogiendo cantidades de flores hermosas que alfombraban el suelo con variados colores. Junto con el anciano, se gozaban en la hermosura de la vida en el bosque.

Poco tiempo después de la llegada de las pequeñas alegres invitadas, vinieron a visitarles dos rabinos, viejos amigos del señor Weinberg de una ciudad vecina. Durante todo el día estaban ocupados en pláticas religiosas. Mientras tanto, las mujeres y las niñas estaban ocupadas con sus propios intereses. Ese día solamente Judith no estaba interesada en las cosas de costumbre. Se había escabullido de entre sus hermanas y había vuelto a la casa. Trató de estar lo más cerca posible de los rabinos y escuchaba atentamente cada palabra que podía. El señor Weinberg notó a su inquisitiva nieta y le sugirió que sería mejor que fuera a jugar con sus hermanas, ya que la conversación de viejos rabinos no podía ser de interés para una niña.

Lejos estaba de complacer a Judith tal decisión. En aquel momento hubiera preferido mucho más escuchar las charlas de los rabinos que el canto de los pájaros, pero delante de los visitantes no se animó a decir nada, por lo cuál dejó la habitación silenciosamente. Por lo que había podido oír, dedujo que estaban discutiendo acerca de Dios, de la Ley y de un cierto

“Yeshua”. Se propuso preguntarle todas estas cosas a su abuelo, tan pronto como los visitantes hubieran partido. Al recordar la conversación con su padre en la última Pascua, se sintió feliz de que le hubiera dado permiso de hacer cuantas preguntas quisiera a su abuelo. ¡Ahora había llegado la oportunidad!

Tras una corta caminata después de la cena, Judith se retiró a su habitación con sus hermanas. La noche era cálida. La dulce fragancia de las flores penetraba por las ventanas y llenaba toda la habitación. Las dos hermanas menores se durmieron rápidamente, exhaustas de vagabundear por los bosques. Pero Judith no podía conciliar el sueño. Su mente estaba muy activa. Los pensamientos acerca de Dios y la conversación de sus abuelos con los rabinos la desvelaron por muchas horas. Aún ahora llegaba a ella el sonido de voces a través de las ventanas abiertas. Podía distinguir la voz de su abuelo, que por momentos se convertía en gritos de enojo. Los otros también parecían exaltados y enojados.

Acostada le era imposible distinguir lo que estaban hablando. Su interés crecía más y más. ¿De qué estaban discutiendo? Judith sabía que no tenía nada que escuchar y que estaba mal que lo hiciera, pero finalmente la curiosidad la venció. Levantándose de la cama, se dirigió a la ventana. Justo abajo de ella, se encontraba la ventana del estudio que estaba abierta, ahora podía entender cada palabra.

Desde el primer momento, supo que estaban hablando de “Yeshua”, cuyo nombre mencionaba su abuelo muy frecuentemente. Después de esto oyó que uno de los rabinos decía que “Yeshua” ERA VERDADERAMENTE EL MESIAS de Israel a quién los judíos no habían reconocido y a quién habían rechazado. Su abuelo y el otro rabino estaban dispuestos a probar que había sido un astuto impostor y un engañador. Tanto una parte como la otra se referían a

las profecías de Moisés y de otros profetas judíos. Por momentos la conversación se tornaba muy acalorada. Judith pronto descubrió que su abuelo y el rabino que estaba de acuerdo con él, al no saber qué responder, comenzaban a discutir y a gritar mientras el otro les llamaba a la calma y a ser razonables. Les urgía a escudriñar las Escrituras seriamente y sin prejuicio.

—Posiblemente algún día entendamos y tengamos que confesar el error fatal de nuestros padres, y arrepentidos tengamos que aceptar a “Yeshua” como el Mesías prometido a quién por ignorancia rechazamos y despreciamos —dijo.

Judith pasó casi toda la noche absorta sentada en el antepecho de la ventana escuchando la conversación. Siguiendo el debate, sacó la conclusión de que en algún momento y en algún lugar, los judíos habían cometido un terrible error cuyos efectos se sentían aún entonces. Pero únicamente los rabinos lo sabían y hablaban de este tema sólo entre ellos, no deseando, por alguna razón, que otros tuvieran conocimiento de este secreto. Por lo que había escuchado, entendió que los judíos habían rechazado a su Mesías.

Al mismo tiempo, Judith recibió la inesperada respuesta a una pregunta que tanto le había interesado y que había hecho a su padre, por qué en aquella memorable noche de la huída de Egipto, los judíos habían tenido que matar al cordero inocente. Escuchó que el rabino que estaba en desacuerdo con su abuelo les probaba que el cordero que mataron aquella noche en Egipto (así como todos los corderos ofrecidos luego en los sacrificios judíos) eran sólo símbolos proféticos de “Yeshua”, de quién el profeta Isaías habló en el capítulo cincuenta y tres de su libro. El cordero era el sustituto de los judíos que moría en el momento en que el ángel de la muerte hería a todos los primogénitos egipcios. De la misma manera, “Yeshua” tuvo que morir por todos los judíos para que no perecieran junto con

todos los demás por sus transgresiones.

Judith oyó la pregunta de su abuelo:

—Si eso es así, entonces, ¿cuál es nuestro deber? ¿Qué es lo que tenemos que hacer ahora?

—El futuro nos lo dirá —fue la respuesta—. Pero primeramente debemos ser honestos, y es nuestro deber estudiar y escudriñar las Escrituras más detenidamente y sin prejuicios. Estoy seguro que nos enseñará todo lo que debemos hacer en este caso. Este es un asunto muy serio e importante para nuestra nación y que necesita profunda y seria consideración.

A medida que en el este el cielo se teñía de rojo y dorado, se escuchaba el dulce trino del ruiseñor proveniente de los arbustos cercanos. El aire se tornó más fresco. Judith aún se encontraba sentada en la ventana escuchando absorta. Su hermana menor se despertó y preguntó:

—¿Por qué no duermes, Judith?

Tomada por sorpresa, confundida y temiendo decir la verdad, dijo:

—Escucha Ruth, cuan dulcemente canta el ruiseñor.

—Me resulta más dulce dormir que escuchar el canto de los ruiseñores —fue la risueña respuesta de Ruth mientras se arropaba aún mejor.

—Tienes razón hermanita dormilona, —contestó Judith, encaminándose hacia su cama.

Cansada por no haber dormido y entumecida por el frío, pronto se adormeció intranquila. En su sueño continuaba oyendo a los hombres discutir acerca de "Yeshua". Le dolía el corazón al pensar que los judíos habían sido tan crueles al matar al manso Cordero inocente; que habían dado muerte a Aquél que había venido a traer felicidad a Israel. En el sueño comenzó a defender a "Yeshua" e instaba a su abuelo, a su padre, madre, hermanas y otros judíos, a reconocer y aceptar a "Yeshua" como el Mesías. Le parecía que

era capaz de persuadirlos. Pero de pronto su abuelo, con los ojos llenos de ira le decía:

—¡Apóstata! ¡Hereje! Has desertado la fe de tus padres. ¡Alguien como tú debería ser apedreado!

La pobre Judith estaba tan asustada por estas terribles palabras que se dio vuelta inmediatamente tratando de huir de su enfurecido abuelo. Con un movimiento brusco, se despertó. Al abrir los ojos, vio a su madre cerca de la cama inclinada ansiosamente sobre ella.

—¿Qué te sucede? ¿Has tenido pesadillas? ¿Con quién peleabas? ¿Hablabas tanto y estabas tan exitada! Daba lástima mirarte.

—Oh, mamita querida, veía mucha, mucha gente alrededor mío, y yo estaba tan ansiosa por decirles que debían amar más a Dios y que debían obedecer a los profetas a través de los cuáles El habla.

—Qué sueños tan raros los que turban a mi hijita. Deja esas cosas para el abuelo y para los otros sabios rabinos. Deja que ellos piensen en Dios, y tú y yo mejor pensemos en otras cosas.

—Pero mamá, ¿por qué sólo los rabinos pueden considerar estos asuntos?, ¿por qué los otros no pueden tener interés también? —preguntó Judith levantando su inquisitiva mirada.

—Oh, sí mi querida niña, claro que todos deben pensar en Dios y hablar de El. Pero para conocerle, se debe estudiar profundamente la Tora y los profetas. Si no se hace esto, es imposible razonar o juzgar correctamente sus cosas. Tu abuelo y los otros rabinos conocen muy bien la Tora y los profetas.

—Mamá, ¿tú piensas que es posible estudiar la Tora y al mismo tiempo no conocer a Dios y desobedecerle?

—Vaya Judith. Qué niña tan rara eres tú. ¿Quién ha puesto tales pensamientos en tu mente? Dejemos esto para otro momento y ahora levántate rápido. Es

casi la hora del almuerzo. El desayuno quedó atrás hace rato y es un hermoso día. Le pedí a Ruth que te llamara para el desayuno pero me dijo que no habías dormido de noche por escuchar los ruisseños. Me sugirió que te dejara dormir un poco más.

—Es cierto, no dormí mucho anoche, —contestó Judith sonrojándose— pero ahora ya he dormido lo suficiente y estaré lista en unos pocos minutos.

Con estas palabras, le echó los brazos al cuello y cubrió su cara de besos.

Aqué fue un día muy feliz. Todos, incluyendo al abuelo y la abuela, salieron a caminar por la tarde. Los rabinos habían partido para la estación temprano esa mañana. Al ver lo cansado que estaba su abuelo y sabiendo que no había dormido la noche anterior, Judith decidió no molestarlo con sus preguntas, sino esperar un momento más adecuado. Quería hacerle muchas preguntas que tenía en su corazón. Por sobre todo quería saber cuándo y dónde había vivido "Yeshua", cómo había vivido y cómo había muerto. Parecía que estas preguntas ardían en su interior más que otras. Transcurrieron algunos días sin acontecimientos importantes. Un cálido anochecer después de la cena la familia se reunió, como de costumbre, en el balcón. Los trinos de los ruisseños llenaban el aire. Las niñas jugaban mientras las mujeres conversaban. El señor Weinberg se encontraba sentado en una confortable silla de paja con su mirada fija en los últimos rayos del sol poniente. Judith pensó que esta era la oportunidad para charlar.

—¿Por qué estás mirando tan pensativo al cielo abuelo? —preguntó—. ¿Estás pensando en las cosas del cielo?

—Sí mi niña, en este mismo instante estaba pensando en las cosas del cielo.

—Querido abuelo, por favor, dime algo acerca de esas cosas y acerca de Dios. Papá y mamá me han

dicho que has leído tanto y que sabes tanto . . . Yo también quiero saber acerca de Dios. Papi me ha dicho que te puedo preguntar acerca de todo. ¿Puedo abuelo?

—En mi vida he leído y estudiado mucho y estaré encantado de contestar tus preguntas. ¿Qué es lo que quieres que te diga? ¿Qué preguntas son las que más te preocupan?

—Oh, es mucho lo que quisiera saber. ¿Puedo comenzar ahora mismo?

—Bueno, bueno, más preguntas filosóficas acerca de Dios —interrumpió la madre de Judith burlonamente—. A menudo nos ha mareado con ellas. Si fuera un varón, se convertiría en el rabino más sabio que jamás haya existido.

—¡Por favor, mamita querida! Ahora no te estoy preguntando a ti. Quiero ser la alumna más diligente del abuelo, y prometo escuchar atentamente todo lo que diga.

Arrimó su silla cerca de él. Puso sus manos entrelazadas sobre las rodillas de su abuelo y levantando la mirada dijo:

—Los preliminares han terminado, ahora comienzan las preguntas.

—Será mejor que te apures, o de lo contrario tus preliminares van a durar hasta la hora en que tenga que retirarme a dormir, —contestó el abuelo amablemente.

—Bueno, primero de todo, ¿quién fue “Yeshua”? ¿Qué clase de hombre fue? ¿Adónde anduvo y qué le ocurrió?

El rostro del viejo rabino se tornó grave y sombrío. Mirando severamente a su nieta, dijo a la mamá de Judith:

—Tienes razón, Judith se ocupa de asuntos demasiado serios.

—¿Por qué es un asunto tan serio y difícil, abuelo?

Yo creía que todo era muy fácil para ti. Papá también nos dijo que tú sabías todo.

—Sabías querida niña, este asunto en sí mismo no es difícil para mí, pero no es bueno que todos sepan ciertas cosas. De todas formas, si estás muy ansiosa por saber, te lo diré. Casi dos mil años atrás, nuestros padres vivían en Palestina, aquella preciosa tierra que Dios mismo les había dado. En aquel entonces, ellos no estaban diseminados por todo el mundo como lo están hoy en día.

—¿Cómo? ¿Rusia no es nuestro país? —interrumpió Judith confundida.

—No niña, Rusia no es nuestro país. Este es un país de idólatras, *Goyims*, paganos. Nuestro país legítimo es Palestina, dado a nosotros por Dios. Allí vivieron nuestros padres, y nuestros gloriosos reyes y profetas. En los últimos tiempos de su existencia, nuestra tierra estuvo regida por *Goyims*, los romanos, que en aquel entonces eran muy poderosos. Estos romanos eran extremadamente crueles e injustos para con nuestros padres. Les disgustaba sobremanera que adoráramos al verdadero Dios viviente, que creó los cielos y la tierra, en lugar de inclinarnos delante de sus ídolos muertos. Fue un tiempo de prueba para los judíos, ya que los romanos eran mucho más fuertes. Pero Jehová había dado a su pueblo la maravillosa promesa de que a su tiempo El mandaría a su ungido, el Mesías, que libertaría a Israel de todos sus opresores y que reinaría sobre toda la tierra junto con su pueblo. Esta gloriosa esperanza siempre ha vivido y aún vive en los corazones de todos los verdaderos hijos de Israel. Todos nuestros amados profetas, empezando por Moisés nos han hablado acerca de esto. Poco tiempo antes de que nuestros padres fueran dispersos, apareció un judío, hijo de un pobre carpintero de Nazaret, que pretendía ser el Mesías de quién Dios había hablado a través de la boca de sus profetas. El nombre de este judío era “Yeshua”.

“Muchos judíos fueron engañados y descarriados y le veneraron como Hijo de Dios. Toda la tierra de Palestina fue conmovida. Su influencia sobre la gente creció rápidamente. Sus seguidores esperaron día tras día que se proclamara rey de Israel y los nombrara como gobernadores y príncipes de su imperio mundial. Pero los sabios de ese entonces vieron en sus enseñanzas y en su influencia sobre la gente, una gran amenaza para la nación. Previeron que si los romanos llegaban a tener conocimiento de este movimiento, vendrían en mayor número y destruirían la gloriosa ciudad de Jerusalén y el suntuoso templo, orgullo de toda la nación.

“Por lo tanto, un concilio de los más sabios ancianos se reunió en Jerusalén. El objetivo era encontrar la forma de prevenir este peligro. El noble y prudente Sumo Sacerdote Caifás, dio un sano consejo, que era conveniente que un hombre muriera por el pueblo, y no que toda la nación pereciera. Su sabio consejo fue aceptado por la mayoría de los miembros del concilio y entonces allí determinaron que el impostor “Yeshua” debería morir. Este último estaba en Galilea con un gran número de sus discípulos, pero se esperaba que viniera a Jerusalén para la fiesta de la Pascua.

“El complot fue sabio y exitoso, a pesar de que el impostor y sus seguidores sabían acerca de él. De cualquier modo, él no tenía miedo. Evidentemente pensaba que contaba con el apoyo de la protección de las masas. Pero los ancianos tuvieron gran cuidado al llevar a cabo su plan.

“Temiendo que las masas se levantaran en su defensa, se resolvió que deberían arrestarlo por la noche.

“Uno de sus discípulos, que no estaba conforme con su líder, prestó un gran servicio, prometió traicionar a su maestro.

“El nombre de este discípulo del engañador era Judas. En la noche señalada, condujo a los hombres y a los oficiales enviados por los sacerdotes, al lugar secreto en el jardín de Getsemaní, donde a menudo “Yeshua” pasaba la noche con sus discípulos. Allí lo prendieron esa noche. Sus seguidores, en vez de defenderlo, huyeron y se escondieron donde pudieron.

“El Sumo Sacerdote, junto con los ancianos y con toda la gente prudente, hicieron todo lo posible para que Pilato, el gobernador romano en Jerusalén, firmara la sentencia de muerte de “Yeshua” que el Sanedrín ya había decretado. En aquellos días, nuestros padres no tenían ni siquiera el derecho de ejecutar a sus criminales. ¡Oh, en qué profundidades de vergüenza y humillación se hallaban los judíos!

“Cuando finalmente Pilato confirmó la sentencia de muerte, llevaron a “Yesuha” fuera de Jerusalén y allí clavaron con grandes clavos sus manos y sus pies a una cruz de madera. Allí murió.

“Su cuerpo debió ser echado a los perros en el valle de Himnon, como corresponde a un criminal, pero por el descuido de nuestros ancianos, se cometió un error fatal. Uno de sus seguidores secretos que era miembro del Sanedrín fue a Pilato y le pidió que bajaran el cuerpo de la cruz y antes de que el Concilio pudiera tomar las medidas apropiadas, este discípulo había sacado su cuerpo de la cruz, y lo había sepultado en su propia tumba en su jardín cerca de Jerusalén, como sólo corresponde a gente decente y rica. Una vez que esto sucedió, era ya muy tarde para hacer algo que no estuviera en contra de los gobernantes. Pero recordaron que antes de morir, “Yeshua” había dicho a la gente que si le mataban, resucitaría al tercer día. En esto vieron una nueva calamidad para ellos y su pueblo. Temían que aliados de “Yeshua” robaran el cuerpo, lo llevaran a otra parte y proclamaran las nuevas de su resurrección, tal como El lo había predicho.

Para prevenir tal cosa, enviaron una delegación a Pilato para expresarle sus temores, y asegurar un destacamento de soldados que vigilaran el sepulcro.

“Los guardias estaban apostados cerca de la tumba. Todo se calmó y la gente comenzó con los preparativos para la alegre Fiesta de la Pascua. Con todo sus discípulos no se quedaron sentados y cruzados de brazos; pusieron manos a la obra. Una noche tuvieron éxito en hacer dormir a los guardias o de lo contrario asustaron tanto a esos supersticiosos *Goyim*, que los paralizaron de miedo. Cuando volvieron en sí, vieron que el precinto de la tumba había sido roto, la pesada e inmensa roca había sido removida y la tumba estaba vacía. El cadáver había desaparecido y hasta el día de hoy nadie sabe qué fue de él.

“Después de esto, sus seguidores divulgaron por toda Palestina la noticia de que “Yeshua” había resucitado. Más tarde llevaron este mensaje a través de todo el mundo. Afirmaban haberle visto después de su resurrección y haber hablado con El. Y aún más, decían haberle visto ascender a los cielos como el Hijo de Dios.

“Por supuesto todo esto no es más que un astuto engaño y ninguno de los sabios y circunspectos entre nuestro pueblo ha creído esta historia, ni tampoco la cree hoy en día”.

De este modo, el rabino Weinberg terminó su historia sobre “Yeshua”.

Judith había estado escuchando expectantemente la interesante historia de “Yeshua”. Tras unos minutos de mortal silencio, levantó su mirada y dirigiéndola a su abuelo, preguntó con voz apagada, temblando de emoción:

—Pero, ¿qué, si “Yeshua” era realmente el Hijo de Dios, el Mesías prometido enviado a Israel?

Recordando las palabras del rabino que había discutido unos días atrás con su abuelo, agregó:

—¿Qué, si murió como el Cordero de Dios por nuestra nación judía y por todos los que viven en la tierra?

Ante esta pregunta el señor Weinberg saltó de su silla. Mirando con furia a Judith, se olvidó que era sólo una niña de trece años y no un sabio rabino. Fuera de sí gritó:

—¿Quién ha puesto semejantes pensamientos blasfemos en tu cabeza? ¿Dónde está escrito que “Yeshua”, el hijo de un pobre carpintero de Nazaret, es el Mesías de los judíos? El Mesías debe venir de la digna y honorable familia de David.

Pálida y temblando de miedo, Judith se sentó delante de su encolerizado abuelo. Nunca antes, había visto a alguien tan terriblemente enojado. Con todo, no podía entender a qué se debía todo esto, qué era lo que había enojado tanto a su abuelo. Ella no había dicho nada que pudiera ofenderlo hasta tal punto.

Viendo el rostro asustado de su nieta, Weinberg volvió en sí. Tratando de contrarrestar su áspera actitud, añadió en una suave y arrulladora voz:

—Mi preciosa niña, a través de toda mi vida he tenido que luchar contra varias herejías que amenazaban nuestra nación. Estoy cansado de esto, y la menor mención de cualquiera de estas herejías me provoca grandemente, especialmente cuando alguien menciona a este “Yeshua”, a quién los herejes adoran como su Mesías, el Hijo del Bendito. Yo sé que le has llamado así por ignorancia, sin saber lo que hacías. De cualquier forma, no es bueno mi niña, que compares a este impostor con nuestro glorioso Mesías, cuya aparición esperamos impacientemente en un futuro cercano.

—Querido abuelo, yo no sé si fue el Mesías o no, pero siento indecible lástima de que lo mataran siendo inocente, tal como cuando mataban al cordero inocente en Egipto. Es por eso que pregunto si no sería el Mesías. A lo mejor la gente cometió un error.

—No, querida Judith, —contestó el rabino—, los

sabios rabinos de aquel entonces nunca podrían haber cometido semejante error. Y aunque se hubiera cometido, ha habido suficiente tiempo y oportunidad como para darse cuenta, arrepentirse y corregir tal equivocación aceptando sus enseñanzas.

—Después de su muerte ¿quedaron algunas de sus enseñanzas? —preguntó ansiosamente Judith.

—Sí, hay un libro que sus seguidores sostienen que tiene sus enseñanzas. Pero este libro junto con sus discípulos son la mejor prueba de que El no fue el Mesías, el hijo del Bendito, sino simplemente un impostor.

—Abuelo ¿cómo es posible que sus mismos discípulos digan que El no era el Mesías? No puedo entenderlo.

—Ah, mi niña, sin duda eres más curiosa de lo que tu madre me dijo. Evidentemente, quieres saberlo todo de golpe. Con todo, esto te lo puedo explicar fácilmente, y espero que entiendas. Mira a tu alrededor y observa la gente entre la cual vivimos. Todos, con pocas excepciones, tanto aquí en Rusia como en Europa, como en América, se llaman a sí mismos cristianos, esto es, seguidores de “Yeshua”. Entonces ¿cómo es posible que estos cristianos nos odien, mientras que ellos siguen y adoran a un judío! Ha habido veces cuando han masacrado cientos de miles. Aún hoy en día sus sentimientos no han mejorado. Me ha tocado vivir y presenciar muchos pogroms* aquí en Rusia, cuando mataban a los judíos sin motivo ni culpa.

“Y Dios sólo sabe qué es lo que estos cristianos están preparando para nuestra nación en el futuro. Hace unos pocos años atrás se imprimió un libro titulado: *El protocolo de los ancianos de Sión*, escritos por algunos individuos degenerados y deshonestos. En este libro la mayor acusación que se hace a los judíos es

*asonada de asesinato y despojo de los judíos.

que estamos haciendo todo lo posible por destruir los gobiernos de las naciones y que estamos creando el caos y la revolución. Se nos acusa de ser la causa de todo el sufrimiento en este mundo. Este libro ha provocado varios pogroms y quién sabe qué efectos tendrá en el futuro.

“Todo esto pesa sobre nosotros a pesar de nuestra lealtad a los países en los cuáles hemos sido esparcidos, a cambio de las muchas bendiciones y beneficios que les hemos traído.

“Ultimamente el gobierno ha inventado el llamado ‘Juicio de Bellis’. Un grupo de degenerados mató a un muchacho llamado Andrew Youshenski en un momento de lujuria y ahora el gobierno trata de culpar al señor Bellis a quién acusan, como representante de los judíos, de haber matado al joven para obtener sangre de un cristiano para sus rituales judíos.

“A través de este juicio se pretende acusarnos de matar cristianos secretamente para usar su sangre en nuestros ritos religiosos. Todo esto se hace con el fin de inculcar en las masas el odio hacia nosotros para nuestra destrucción y todo esto lo hacen los seguidores de este “Yeshua”, los cristianos.

“Si “Yeshua” hubiera sido el Mesías de los judíos, hubiera enseñado a sus discípulos a amar a nuestra gente. Pero esto no es todo, pequeña. Aún se odian entre ellos. A veces han tenido las más crueles y sangrientas guerras, un país cristiano en contra del otro. Se han matado unos a otros en cantidades inmensas. Se han quemado unos a otros en las hogueras y se han maldecido con las más horrendas maldiciones. Han destruído ciudades y países enteros. A través de los siglos estos cristianos han exterminado millones de sus propios compañeros cristianos y frecuentemente esto sucedía solamente porque algunos pensaban que los otros no creían en “Yeshua” como ellos y que entendían o interpretaban mal sus enseñanzas. De todo esto uno puede llegar a la conclusión que sus enseñanzas no tu-

vieron buenas consecuencias y que falló en hacer de sus discípulos hombres y mujeres mejores. Han permanecido toscos y sedientos de sangre como eran antes, odiándose hasta la muerte”.

—¡Oh, qué gente terrible! —murmuró Judith—. Qué gente tan horrible son sus seguidores. Son tan malos y crueles como fueron los judíos al crucificar a “Yeshua”. No se parecen a El en absoluto. Yo nunca quisiera ser seguidor de alguien, si eso hace tan cruel y descorazonada a la gente. Si sus enseñanzas han hecho que sus discípulos realmente odien a los judíos y se maten unos a otros, entonces no puede ser que sea el Mesías de los judíos. No te equivocabas abuelo al enojarte conmigo. Por favor, perdóname por entretemerme con el pensamiento de que podría haber sido el Mesías. Quiero servir al Dios de mis padres y ser fiel a El toda mi vida.

Al decir esto Judith echó sus brazos alrededor del cuello del abuelo y cubrió su cara y su larga barba blanca de besos.

—Ahora me doy cuenta que Judith debería haber sabido estas cosas antes, —dijo el señor Weinberg a su nuera que había estado mirándoles silenciosamente—. Nunca me imaginé que tan serios pensamientos le preocupaban.

Los magníficos colores del atardecer, se habían desvanecido hacía rato y el aire se tornó más fresco.

—Bueno niñas, es hora de ir a la cama, o de lo contrario Judith nos va a tener aquí hasta la mañana con su curiosidad. Además le cansa al abuelo —sugirió la madre.

Deseándose buenas noches, se retiraron. Pasó algún tiempo antes que Judith pudiera dormirse. La narración de su abuelo acerca de la vida y muerte de “Yeshua” y sus terribles seguidores que se mataban unos a otros y odiaban a los judíos, llenaba su mente y la mantenía despierta.

—No, no fue el Mesías de los judíos, —decidió y

el abuelo estaba en lo cierto al discutir con aquél rabino—. Al fin se durmió.

Judith estaba satisfecha. Ahora sabía acerca de las cosas que tanto le habían interesado. El aire libre y el amor de su madre y de los demás que la rodeaban, pronto disiparon sus serios pensamientos sobre Dios y “Yeshua”. Los domingos y los días feriados su padre abandonaba sus negocios en la ciudad y venía a visitar a su familia.

De esta forma los días pasaban calmos y apacibles. Dos veces más durante el verano, los rabinos repitieron su visita. Nuevamente pasaban días enteros y noches sin dormir, discutiendo y conversando. A pesar de que Judith lo notaba, ya no estaba lo suficientemente interesada en escuchar. Cuando escuchaba sus acaloradas disputas, llegaba a la conclusión de que estaban discutiendo acerca de “Yeshua”. Estaba contenta de que su abuelo fuera sabio y capaz de probarle a los otros que “Yeshua” no era el Mesías.

“Menos mal que existan defensores tan firmes y fieles de la fe de nuestros padres”, era el pensamiento que la reconfortaba en esos momentos.

II

REFUGIADOS

La guerra mundial—La huída—El nuevo hogar

Habían pasado unos pocos años desde los sucesos descritos anteriormente. Eran los comienzos del año 1914, el año fatal para Europa. Ya durante los primeros meses se vivía un clima de inusitada ansiedad y tensión entre los oficiales y aún entre los habitantes de las ciudades fronterizas. El comercio estaba bastante frenado. Por todas partes se hablaba de la terrible nube de guerra que se cernía amenazante sobre Europa. Los Weinberg, que vivían cerca de la frontera alemana, se sentían muy ansiosos. Ni siquiera podían decidir si dejar la ciudad esta primavera, para ir a visitar a los abuelos.

Finalmente, llegó el terrible día, el primero de agosto se desató sobre el país el huracán de guerra, y pronto el mundo entero se vio envuelto en ella por muchos años. El ejército alemán atravesó la casi desprotegida frontera rusa e invadió pueblos y ciudades. El ejército ruso se movilizaba día y noche en filas interminables desde el interior hacia la frontera para defender su país. Los pacíficos habitantes abandonaban a prisa sus amados hogares, sin poder llevar consigo ni aún las

cosas más importantes. Grandes masas se avalanzaban hacia las rutas que conducían al interior del país, ansiosos de dejar tan rápidamente como les fuera posible, el territorio abatido con los terrores de la guerra.

Ni siquiera se les ocurría tomar un tren, puesto que todos los ferrocarriles se utilizaban para transportar soldados y municiones. Aquellos trenes que volvían del campo de batalla venían cargados de jóvenes heridos y estropeados, que habían dado sus vidas y su salud por la patria. El gobierno estaba totalmente ocupado haciéndose cargo de los miles de soldados heridos en el frente, y le era imposible hacer nada por los civiles. Estos se vieron obligados a buscar por sí mismos los medios para estar a salvo. Como una lava viviente, peregrinaban por todos los caminos transitables, los desafortunados que habían quedado sin hogar. Frecuentemente se veía, en estas masas, niños llorando por sus padres y padres por sus niños que se habían perdido en la aterradora huída. En muchos casos, se encontraron luego de muchos años, pero otro tanto nunca más volvió a ver a sus seres queridos.

Entre medio de esta lava viviente se encontraba la familia Weinberg. Dejando librados a su suerte, todas sus cuantiosas posesiones, lo único que había podido llevar consigo David Weinberg, eran unos pocos cientos de rublos que tenía a mano. Ahora él, junto con su esposa y sus tres hijas caminaban por la polvorienta ruta con los otros tantos miles de desafortunados refugiados, buscando un lugar en el interior del país donde estar a salvo. Había sólo un deseo en sus corazones, que ninguno se perdiera y avanzar lo más rápido posible alejándose del frente y de las terribles descargas de artillería que hacían oscilar la tierra.

Tras cuatro días de tenaz y tedioso caminar por la ruta que corre paralela a las vías de ferrocarril, pudieron, aunque con gran dificultad, abordar un tren de carga. Completamente exhaustos por la larga camina-

ta y hambrientos, ahora podían descansar, al menos un poco, sentados en el piso cerca de la puerta abierta del vagón. Los vagones se bamboleaban bruscamente de un lado al otro debido a la velocidad del tren. Todos los vagones estaban sobrecargados con refugiados cansados, sin hogar. A pesar de que estar sentado o parado en un vagón de carga repleto no era muy confortable, todos los pasajeros se sentían felices porque ahora se alejaban rápidamente del frente, a un lugar donde estar a salvo.

En el vagón junto con los Weinberg viajaban niños que habían perdido a sus padres y padres que habían perdido a sus niños en la ruta. Todos ellos pasaban una estación tras la otra sin saber adónde iban, ni para qué iban. Todos estaban ansiosos por alejarse de la frontera alemana y del alcance de las granadas.

David Weinberg y su familia se sentían especialmente felices y agradecidos porque ninguno se había perdido por el camino, pero sus corazones estaban apenados al pensar en los abuelos que vivían a menos de veinte millas de la frontera y que difícilmente habrían tenido tiempo de abandonar el hogar antes de que el ejército alemán tomara posesión de ese territorio. Pero es muy humano olvidar a los demás si nuestra propia vida está en peligro, y esto les sucedió a los Weinberg. La ansiedad por los abuelos, pronto dio lugar a la preocupación por su propia condición.

Después de viajar algunos días en tren, y sintiéndose un poco más descansados de la prolongada caminata, la familia comenzó a considerar dónde formarían su hogar temporario hasta que el huracán de guerra hubiera pasado y entonces pudieran volver a su hogar. En ese entonces todos estaban seguros de que la guerra pasaría pronto y que en unos pocos meses se restablecería la paz y el orden.

Luego de algunas consideraciones, los Weinberg decidieron elegir la ciudad de G_____ como su hogar tem-

porario. Había muchos judíos en G_____ y el señor Weinberg había negociado con algunos comerciantes de aquí. La memoria de estas cosas trajo algunos pensamientos tristes, al recordar que con la pérdida de todas sus posesiones, estas conexiones se habían cortado. Sus pensamientos retrocedieron y vagaron por entre los grandes depósitos, las tiendas, el hogar y la hacienda que lo rodeaba. Lo más probable era que todo hubiera sido saqueado y arruinado por las tropas. Posiblemente hasta hubieran quemado los edificios. Recién aquí comenzaron a darse cuenta de la triste realidad de que tendrían que comenzar nuevamente desde el principio.

No hubo mucho tiempo para considerar el pasado y planear el futuro al huir de prisa del hogar con toda la multitud, ni durante la caminata de cuatro días. En ese momento, lo único que ocupaba sus mentes era el temor de que los alemanes los tomaran prisioneros y de perder alguno de sus seres queridos en el camino. Pero ahora, mientras el tren los llevaba a través de pueblos y ciudades en donde la gente todavía estaba a salvo, tenían mucho tiempo para pensar y lamentar su gran pérdida. Junto con esto, el pensamiento de los abuelos les preocupaba más y más. ¿Adónde estarían? ¿Les verían de nuevo alguna vez? Quizás ya no estarían vivos. Corrían rumores entre los refugiados que los soldados alemanes no tomaban prisioneros, sino que mataban a todos después de las más crueles torturas.

Al pensar en el pasado, los corazones del señor y la señora Weinberg ardían con el pensamiento del futuro. Afortunadamente tenían algunos cientos de rublos, pero, ¿qué significaba esto para el futuro? Ya habían gastado una parte durante el viaje. La suma que les quedaba era muy pequeña. ¿Cómo iban a vivir? Judith había cursado solamente dos años de estudios superiores en la Universidad y las dos menores aún se

hallaban cursando la escuela secundaria. Habiendo estado siempre decididos a dar a sus hijas la mejor educación posible, afligía sus corazones paternos el pensar que probablemente sus deseos nunca serían realidad.

Mientras tanto, las niñas se divertían. Parecían estar felices y despreocupadas. Estaban sentadas cerca de la puerta del vagón que estaba abierta, y disfrutaban mirando el paisaje cambiante del campo a través del cuál el tren avanzaba velozmente. La charla animada y las alegres risas de las niñas, llenaban todo el vagón y disipaban la triste expresión de más de un rostro, al menos temporariamente. De todos modos, frecuentemente Judith dejaba a sus hermanas para unirse a sus padres a quiénes miraba compasivamente con sus hermosos ojos oscuros. Tenía casi dieciséis años. Con su mente ágil podía comprender la situación en la que se hallaban sus padres. Les resultaba imposible reirse y conversar con sus hermanas, sin pensar seriamente en el futuro. Aún así, podía ver el futuro de manera diferente, mucho más brillante que lo que podían ver sus amados. Desde temprana edad, sabía que Dios había ayudado a sus antepasados en tiempos de prueba. Creía que Dios no había cambiado y si había socorrido a su pueblo en tiempos antiguos, con seguridad les ayudaría en estos días de aflicción y necesidad. Recostada sobre el marco de la puerta; Judith contemplaba los pueblos y ciudades que desaparecían rápidamente. Viajó con su mente a través de los siglos a la tierra de Egipto. Allí vio a sus predecesores cuando una noche ciñeron sus lomos, cargaron sus primitivos bultos al hombro, tomaron sus cayados, reunieron sus niños y dejando atrás sus posesiones, partieron del país en el cuál habían vivido durante siglos.

Rápida y vívidamente, comparó la presente situación en la que se hallaban con los acontecimientos pa-

sados en la historia de los siglos de Israel.

“Ahora somos refugiados como lo fueron ellos. Nosotros también hemos abandonado el hogar y todo lo que nos era querido” reflexionó Judith. “Allí estaban nuestros padres en el desierto, miles de años atrás, y nosotros también estamos como en un desierto, sin saber dónde ir o qué hacer. En este momento, este vasto país es como un desierto para nosotros. Pero yo confío en que el mismo Jehová que fue con nuestros antepasados, está con nosotros ahora. Y espero que ahora nos lleve a nosotros también a un lugar que fluye leche y miel”.

—¡Cuán grande y maravilloso es nuestro Dios! —murmuró Judith tranquilamente. Al pensar esto levantó sus ojos al claro cielo azul dónde se veían las primeras estrellas fulgurantes.

Era una agradable noche de verano, pero cerca de la puerta había una brisa fresca, por lo tanto Judith volvió con sus padres, y se sentó en el suelo a los pies de su madre, recostando la cabeza en sus rodillas. La madre abrazó tiernamente a su querida hija acariciándola y besándola. Judith sintió grandes lágrimas caer sobre su rostro. Le dolía tanto ver a su amada madre llorando.

—¿Estás llorando, mamá? —preguntó suavemente—. Sabes, mientras estaba parada cerca de la puerta, unos minutos atrás, pensaba en nuestros antepasados en Egipto y lo que ellos tuvieron que pasar. En ese entonces ellos eran refugiados como nosotros ahora. Comparaba nuestra huída con sus experiencias. Y yo creo mamá, que el gran Dios de amor que ayudó a nuestro pueblo en el tiempo de desgracia, nos ayudará a nosotros también, ¿no te parece mamá?

—Hasta ahora, nunca lo había pensado, querida Judith —replicó la madre—. Papi, ¿escuchaste lo que dice Judith? —se dirigió riendo a su marido que se hallaba sentado cerca de allí con su cansada cabeza

reposando entre sus manos—. Está comparando nuestra situación con la emigración de los judíos de Egipto, y cree que Jehová nos va a llevar a nosotros también a una tierra que fluye leche y miel.

El señor Weinberg no pudo dejar de reirse.

—Bueno Judith, siempre has sido nuestro gozo y una mensajera de buenas noticias, pero ahora eres hasta un buen profeta. Bien, bien, ya estás pensando en lecho y miel, y hace unos pocos días atrás, cuando caminábamos en la polvorienta ruta, nuestra Judith repetía más que nadie: “Si tan sólo tuviéramos un poco de agua fresca”. ¿No te acuerdas? —preguntó, mirando con tierno cariño a su hija mayor. Ella le miró con una brillante y alegre sonrisa.

—Sí, papi, pero ¿te acuerdas que los judíos pedían agua en el desierto, y que hasta murmuraron contra Moisés, y a pesar de esto tuvieron la leche y la miel? Nosotros estamos en una condición muy similar, pedimos agua y Jehová nos mandará leche. ¡Lo creo papá!, —y añadió seriamente—; he estado observándote a ti y a mamá mientras hablaban. Ambos estaban tan tristes que mi corazón se dolió mucho por ustedes. ¿Por qué tenemos que preocuparnos tanto? Miren, todos estamos fuertes y saludables. ¡Empezaremos a trabajar y el Señor nos ayudará, y todo irá bien!

—Tus razonamientos son distintos de los de mamá y los míos, —dijo el padre—. Si creyéramos como tú, entonces todo iría bien. Mamá y yo estábamos desanimados, pero ahora tú nos has fortalecido grandemente a través de tu fe.

Entretanto, las dos hijas menores se habían unido al grupo, y las dos dijeron a coro:

—Sí, papi, nosotras trabajaremos también, para ganar el sustento.

—Yo seré tu vendedora en el negocio, —manifestó Sara, la menor de las tres.

—Y yo seré costurera. Me gusta cocer, —anunció Ruth.

—Bueno, si tenemos que decidir nuestra ocupación aquí mismo, yo también les diré lo que voy a hacer. Como me gustan los niños pequeños, creo que elegiré la profesión de maestra, —añadió Judith alegremente.

Los Weinberg estuvieron en camino durante más de una semana. Primero fueron los cuatro de caminata, luego el viaje en trenes de carga intercalando con cansadoras horas de espera en varias estaciones de ferrocarril.

Pero finalmente llegaron a su destino. El señor Weinberg había enviado un telegrama a algunos amigos en G____, anunciándoles su llegada. Estos amigos les vinieron a esperar a la estación, recibiendo a los refugiados sin hogar de la manera más amorosa y amistosa.

Muy pronto, la familia Weinberg se adaptó al nuevo ambiente de esta ciudad, la cuál estaba poblada en su mayoría por judíos. Con el apoyo financiero de sus amigos, el señor Weinberg pronto abrió un negocio de mercería y cuando llegó el invierno, encontró a la familia en una hermosa y confortable vivienda, bien provisionados de todo lo que necesitaban. Las tres jóvenes continuaron su educación en instituciones locales. Toda la familia se sentía como en casa entre sus amigos en el mundo de negocios de G_____.

Durante los primeros meses, habían abrigado la esperanza de volver en poco tiempo a su hogar en el oeste. El padre leía ansiosamente los diarios para enterarse de las noticias del frente. Durante los primeros días de guerra, la gente estaba segura que ésta no duraría más de tres meses. Pero a medida que pasaba el tiempo, se iban convenciendo de que sería un reñido y prolongado conflicto. Así, por último, los Weinberg abandonaron sus esperanzas y se resignaron al hecho de que nunca volverían a ver su hogar y de que habían

perdido sus posesiones irrevocablemente. Entonces, se instalaron definitivamente. El señor Weinberg se volcó con más ahínco a sus negocios, mientras las chicas estudiaban diligentemente. La madre estaba muy atareada con la casa y después del colegio, las jóvenes le ayudaban fielmente ya que ninguna de las sirvientas habían venido con ellos y al haber perdido todos sus bienes, no estaban en condiciones de emplear una criada.

Pasaron dos años. Los Weinberg se habían convertido en ciudadanos permanentes en la ciudad G____. Habían tenido mucho éxito en los negocios. Ahora podían sostenerse sin el apoyo de sus amigos. Las niñas habían crecido, especialmente Judith, que era el orgullo de sus padres, y la favorita de la comunidad judía. Con orgullo maternal, la señora Weinberg le había hecho notar ocasionalmente a su marido que no había en la ciudad una muchacha que se comparara a Judith.

Había terminado sus estudios superiores y por ser la primer estudiante recibió la medalla de oro. Después de esto se decidió que el próximo otoño ingresaría a la Universidad. De todas maneras, posteriormente las circunstancias obligaban a los padres a pensar en el futuro de su amada hija de forma diferente.

La familia Berstein habían sido los amigos más cercanos desde el día que arribaron a G____. El señor Berstein era un comerciante que tenía un gran negocio de mercería. Habían tenido mucho éxito y prosperidad. Las dos familias se veían frecuentemente, y más de una vez los Berstein habían expresado su deseo y habían dado a conocer el anhelo de sus corazones con respecto a Judith y Salomón. Nada les hubiera complacido tanto como que ellos se unieran en matrimonio.

Salomón, un atractivo y talentoso joven, era el hijo único de los Berstein, y desde el primer momento

había ganado el corazón de los Weinberg. Ese año había terminado sus estudios comerciales y ahora estaba con sus padres.

Al principio, los Weinberg trataron de pasar desapercibidos estos indicios de los Berstein. Pero aún así, cuando estaban solos, generalmente se encontraban discutiendo esta cuestión. Veían en Salomón el marido apropiado para su hija, y a ningún otro se la habrían dado tan gustosamente. Al observarles notaron que frecuentemente estaban juntos y que se amaban. Todo esto les hacía pensar mucho en su hija mayor y su futuro.

Un día, en julio, Salomón visitó a los Weinberg para pedir la mano de Judith. David Weinberg y su esposa amaron a este joven desde el primer día en que le conocieron, y sabiendo que Judith estaba enamorada de él, dieron gustosamente su consentimiento. Anunciaron el compromiso a los amigos, pero la boda no tendría lugar hasta la primavera próxima.

Judith, Salomón, los padres y las hermanas, estaban todos satisfechos y felices. Judith había abandonado el pensamiento de seguir estudiando, se quedaría en casa con su madre hasta la primavera siguiente cuando la dejaría para unirse a otra familia.

El corazón de la señora Weinberg se entristecía al pensar en separarse de su querida hija. Estaba tan apegada a Judith que no podía pensar en vivir sin ella. A pesar de esto la confortaba el pensar que entregaba su hija a un joven tan valioso como Salomón, y de tanto en tanto su corazón se llenaba de orgullo maternal.

III

BUSCAD Y HALLAREIS

La ansiedad del alma—La reunión evangelística—El evangelista—Cristo el Mesías—Paz con Dios

Terminó el verano y llegó el otoño. Los días eran tristes y frescos. Las praderas y los pastizales que habían estado ostentosamente cubiertos con una alfombra de lujosas flores y de césped, eran ahora planicies solitarias cubiertas de pasto seco. El ruiseñor ya no cantaba más en los bosques cercanos a la ciudad. Solamente el viento se apresuraba por entre las copas desnudas de los árboles.

Durante estos días, Judith se apartaba de la compañía de los demás e iba al gran parque de la ciudad. A veces vagaba allí, entre los árboles, por muchas horas contemplando las hojas amarillas y marrones que cubrían el suelo y crujían bajo sus pies cuando las pisaba. Un extraño dolor llenaba su corazón en estas horas solitarias. ¿Adónde estaba la razón de esta inmensa y dolorosa ansiedad? ¿Qué era lo que su alma joven deseaba con vehemencia? La misma Judith no conocía la respuesta para estas preguntas. Todos la querían, y en respuesta ella amaba a sus seres queri-

dos con todo su corazón. ¿Qué más quería? Con todo su joven corazón anhelaba en estos momentos un amor más alto, proveniente de arriba que nunca combaría ni se desvanecería.

El viento arrancó la última hoja marrón de un árbol cercano, y cayó a sus pies. Judith la miró y sus ojos se llenaron de lágrimas. La levantó, y acercándola a sus labios besó la hoja marchita. No se podía explicar por qué sentía tanta lástima por la hoja. Parecía como si algo cercano y querido para su corazón hubiese muerto. “Toda nuestra vida es como la vida de esta hoja marchita”, reflexionó. “Hoy somos jóvenes, amamos y nos aman, y mañana el viento frío de la vida sopla y perdemos frescura, nos marchitamos y caemos. La próxima ráfaga de viento nos arranca de nuestra rama de vida y como esta hoja, caemos al suelo y nos mezclamos con la tierra. A lo mejor pronto camine alguien sobre ti, Judith”.

Esto último lo pensó en voz alta, y al oír su propia voz se estremeció. Ante tales pensamientos su corazón se llenó de pavor.

“Eres una muchacha muy rara”, se reprendió a sí misma. “¿Pero acaso, no está toda nuestra vida compuesta de cosas extrañas? Hay muchos fenómenos inexplicables y místicos sin resolver. Me pregunto como terminará mi vida. ¿Será posible que sea como esta hoja que cae y muere, o hay algo detrás de la tumba? Si es así, ¿qué es lo que hay? Mucha gente cree en la inmortalidad del alma y en la vida después de la muerte, pero nadie sabe nada acerca de esto, como mi abuelo, por ejemplo. Probablemente hace tiempo que llegó su hora y dejó este mundo. ¿Adónde está ahora? El leía y hablaba mucho de Dios. ¿Es posible que si hay un Dios no revele nada acerca de esta existencia eterna a los hombres que creó?”

“El abuelo estaba seguro de que “Yeshua” nunca resucitó, pero yo sé que hay gente que cree firmemente

que resucitó. Creen además que El levantará de la muerte a todos los que creen en El y vivirán eternamente. Todo esto es perplejo. Nuestro mundo está lleno de enigmas. Vivimos como en un sueño o un delirio. Me pregunto si la razón de la ansiedad de mi alma no está en este misterio. ¿Acaso estas hojas secas no me hablan en su propio lenguaje, que a pesar que mi mente no entiende, mi corazón lo percibe? ¿Dónde está la solución para todo esto?”, se preguntó Judith, y el eco repitió tranquilamente su pregunta llevándola por entre los árboles del parque.

—¡Qué horrible es estar aquí, en este cementerio de hojas muertas! —susurró estremeciéndose al volverse. Abandonó el parque y volvió a su hogar.

Ultimamente pensamientos similares habían preocupado con frecuencia a Judith. Su alma anhelaba luz, verdad, vida. Algunas veces cuando estaba sola con Salomón, le confiaba estos problemas. El no era un judío fanático. En muchas cosas él la comprendía muy bien. A pesar de haber sido criado en un hogar de padres religiosos, no creía en Dios. Compartía muchas de las ideas y ambiciones de Judith, pero no podía entender ni compartir su búsqueda de Dios ni su deseo de saber más de El. Con todo no consideraba que los pensamientos de Judith fueran heréticos por diferir de las tradiciones judías. Su fría incredulidad a veces apesadumbraba a Judith, pero se confortaba con la esperanza de que algún día cambiaría y se convertiría en un creyente.

Los días pasaban rápidamente. El otoño había dado lugar al frío invierno ruso. Las vastas estepas, pastizales y bosques estaban cubiertos de nieve como con un sudario blanco. Los puros cristales de nieve llenaban el aire y caían despacio sobre el suelo como si quisieran cubrir mejor la Madre Tierra y así protegerla de la severa helada.

Durante el invierno la familia Weinberg estaba muy

ocupada dando fiestas o visitando amigos en las largas noches. Al estar felices y satisfechos en este nuevo lugar, cada vez olvidaban más su antiguo hogar y sus grandes posesiones. Sólo Judith estaba pensativa y melancólica. Ni el teatro ni otros entretenimientos podían llenar su vacío y satisfacer el deseo de su corazón. De vez en cuando iba a la sinagoga, pero los servicios le resultaban extraños, y no tocaban su corazón. Entendía muy poco de lo que el rabino o el cantor decían.

En este tiempo creció en ella el deseo de conocer otras religiones. Además de judíos, había católicos griegos en G____, también algunos luteranos y un grupo de la Iglesia Protestante Rusa. Cada grupo tenía un templo y Judith decidió asistir a algunos de los servicios. Pero se le hizo muy difícil llevar a cabo su decisión. Era conciente que con sólo ir una vez a estas iglesias, ofendería los sentimientos religiosos de sus padres. Además su propia conciencia la preocupaba. No estaba segura si no sería un pecado contra Jehová que ella, una judía, fuera a una iglesia donde la gente honraba al traidor "Yeshua" como a Dios.

"De cualquier manera, si Jehová es verdaderamente omnisciente, entonces El ve y conoce mi corazón", meditó. "Entonces El debe saber que quiero conocerle y servirle mejor. Nunca me juzgará por el deseo de saber cómo cree y ora otra gente".

En este tiempo Judith recordaba a menudo a su compañera de estudios Elizabeth Mirosh. Era la hija del pastor de la Iglesia Protestante Rusa y una consagrada cristiana. Al pensar en ella Judith recordaba que siempre había sido una estudiante ejemplar y modesta. Judith la había querido desde el primer momento en que la conoció. Había sólo una cosa que las separaba; Elizabeth había aprovechado toda oportunidad para hablar acerca de "Yeshua" o para dar a Judith un libro de folletos acerca de El. Todas las otras compañeras trataban a Elizabeth con menosprecio, y entre ellas la llamaban en su propio idioma

judío, la idólatra o la *Goyim*.

Judith había notado que Elizabeth la quería más que las otras. Recordaba vívidamente como un día Elizabeth, mirándola amorosamente con sus bellos ojos azules, le había dicho con tristeza: "Me apena tanto que no creas en Cristo Jesús, Judith, y que no puedas venir a nuestras reuniones evangelísticas para escuchar acerca de El. Pero quiero que sepas que he estado orando por ti desde que te conocí. Pido al Señor que abra tu corazón y te dé fe en El, y yo creo que El responderá mi oración y que un día tú serás su discípula y mi amada hermana en Cristo".

En ese momento esas palabras habían sonado muy extrañas a Judith. Casi la habían provocado y había sentido el deseo de decirle a Elizabeth que este "Yeshua" había sido un traidor y un falso mesías, pero por alguna razón no pudo hacerlo, al darse cuenta que Elizabeth creía de todo corazón en El y al ver con cuanta sinceridad hablaba de El. Lo único que pudo decir fue que siendo judía, no podía ni nunca creería en "Yeshua".

Sentada en su agradable, cómoda habitación, trabajando en un encaje, Judith recordaba todas estas cosas. Finalmente se dijo a sí misma: "¡Qué extrañas son las cosas! Evidentemente no todos los seguidores de "Yeshua" son iguales; no todos odian a los judíos y se matan unos a otros como me contó mi abuelo. Una vez Elizabeth me contó que a muchos miembros de su Iglesia que habían sido reclutados, los habían mandado a prisión porque rehusaron tomar armas para matar a sus semejantes, porque ella decía que "Yeshua" les había enseñado a amarse unos a otros y a amar aun a los enemigos. Ciertamente aquí hay algo que no puedo entender. De cualquier modo ya no soy una niña que debe creer lo que los demás me dicen. Lo mejor será investigar por mí misma", concluyó levantando la vista del encaje.

¿Pero, cómo lo haría? Era más fácil decidir que po-

ner en práctica. Un paso en falso podría causar una violenta tormenta, no tan sólo en el hogar sino en toda la comunidad judía.

“Aún pueden llegar a considerarme una apóstata”, consideró Judith. ¿Debería contárselo a Salomón? Posiblemente eso sería lo mejor. Pero, ¿cómo lo tomaría? Ante este pensamiento, su rostro se iluminó con una sonrisa de alegría. Le había confiado todos sus sentimientos y problemas a Salomón, y estaba segura de que él la entendería y sabría el camino para salir de todo esto. A pesar de que cada vez se convencía más y más de que él no creía en nada, tenía la seguridad de que nunca interferiría o trataría de destruir su fe en Dios.

Este día parecía interminable para Judith. Apenas si podía esperar hasta la noche cuando Salomón vendría a visitarla como siempre, aunque sea unos minutos. Lo esperó impacientemente, ansiosa por contarle su deseo de conocer las creencias religiosas de otros. Finalmente, a las ocho llegó Salomón con sus padres. Pronto se había formado pequeños grupos. Sara y Ruth que aún no habían terminado el colegio, habían elegido un cómodo rincón para estudiar sin que las molestasen. Los hombres discutían asuntos de negocios y los últimos eventos en Rusia, mientras las madres hablaban de sus hogares y familias y de las novedades de la ciudad. Solamente Judith y Salomón estaban envueltos en una conversación que era extraña en la casa de los Weinberg.

Tras la llegada de los visitantes, Judith había dicho sonriente a los padres: —Esta noche se verán privados de la presencia de Salomón durante toda la velada. Tendremos una conversación muy importante.

—No planearán escaparse e irse a América ¿no? —preguntó el padre riéndose.

—No, no papi, pero hay algo mucho mejor que irse a América, algo más interesante que eso, —contestó

Judith volviéndose a Salomón con una alegre sonrisa—. Ven Salomón, dejemos que hablen de sus negocios. Eres mío durante toda la velada.

—Muy bien Judith, estoy a tus órdenes, y estoy listo para escuchar todos tus planes y todo lo que tengas que decirme. Si estás planeando escapar, iremos juntos ¿no es así?

—Por cierto, no iría sin ti.

Con estas palabras Judith y Salomón fueron a la habitación contigua, donde encontraron un lugar confortable. Cuando estuvieron solos, Judith abrió su corazón y le contó a Salomón todo lo que preocupaba su mente.

—Sabes Salomón, realmente tengo una petición muy seria esta noche. Quiero contarte lo que ha estado en mi mente últimamente. Por lo tanto, escucha seriamente desde el principio, por favor; y luego perdona a tu niña si es que mi deseo te parece tonto. ¿Prometes de antemano perdonarme?

—Con seguridad, Judith querida, —replicó Salomón—. Puedes decirme todo lo que preocupa tu cabecita, y estaré muy contento de ayudarte, si tan siquiera puedo hacerlo. Será mucho más fácil desenmarañar los asuntos difíciles juntos, que si tú sola quieres hacerlo.

—Bueno, entonces te contaré. Tú sabes Salomón, que creo en Dios con todo mi corazón, y estoy deseosa de conservar esta fe para siempre.

—Sí Judith, lo sé, y puedes estar segura de que tu Salomón no tiene nada en contra de eso. Por el contrario, aprecio grandemente tu genuina fe, y a menudo pienso cuán afortunada eres por poder creer en Dios tan simplemente y de todo corazón. A lo mejor algún día cambie y mis convicciones sean iguales a las tuyas.

—Espero seriamente que esto suceda algún día, Salomón. Pero escucha. Todos sabemos bien que los

judíos religiosos consideran que las otras religiones son paganas, y que nuestra religión nos prohíbe tener comunión con los seguidores de otras religiones. Te estás sonriendo. La charla de tu niña te resulta tonta, Salomón. Pero a mi no me parece tonta. Para mí es un asunto muy serio e importante y no tontería.

—Mi querida Judith, tus palabras no fueron el motivo de mi sonrisa, sino que pensaba qué tonta es la gente. Se han creado dioses y religiones para sí mismos, y ahora se sienten orgullosos con estos dioses y estas religiones, considerándose los unos superiores a los otros, y aún destruyéndose mutuamente por esta causa. Yo no creo en la existencia de Dios, y la razón de mi incredulidad es la variedad de religiones. Puesto que si hay Dios hay uno sólo, y debería haber una religión en todas las naciones. Sin embargo nos encontramos con cientos de dioses y de creencias. Y la lástima es que cada grupo religioso piense que es la mejor y la única verdadera. Esto es lo que me hace pensar que cada nación se ha creado su propio Dios y su propia religión de acuerdo a su entendimiento ya las circunstancias en las que vive. Judith, tienes suerte de creer con tan infantil simplicidad. Pero nunca desprecies a los otros como hicieron nuestros antepasados, y como aún hoy en día hacen todos los judíos religiosos. Si hay un Dios, entonces debe ser el Dios de todas las naciones y no sólo de los judíos.

Los ojos de Judith, llenos de tierno amor, estaban fijos en los de Salomón cuando decía todas estas cosas con tanta seriedad. —Esto es justamente lo que quería que charláramos esta noche Salomón, —dijo cálidamente—. Esto es lo que ha ardido en mi corazón por largo tiempo. Desde mi niñez me han enseñado a amar a los judíos solamente, y a la religión judía, y a despreciar al resto de la gente por ser *Goyim*, y a despreciar su religión por ser abominación a Dios. Pero ahora no soy más una niña para creer ciegamente lo

que los demás me digan, y quiero saber por qué debo amar lo que se me enseñó a amar, y por qué debo odiar lo que me dicen que odie. ¿Estoy acertada o equivocada? Conozco bien la razón por la cual debo amar nuestra religión y nuestra gente. He oído y leído mucho acerca de eso. Conozco la historia de nuestra nación y sé y creo que nuestra religión nos fue dada por Dios mismo, a pesar de que hay muchas cosas en ella que aún no comprendo. Pero aquí vivimos en medio de otra gente. Con muchos de ellos tenemos contacto diario, y toda esta gente cree en forma diferente a la nuestra. Entre ellos hay mucha gente muy valiosa y muy buena.

“Es por esto que está creciendo en mi corazón el deseo de conocer más las creencias religiosas de la gente que nos rodea y ver sus servicios y adoración para poder juzgar por mí misma. No me parece del todo bueno estudiar las religiones de los demás sólo a través de los libros. Una forma mucho mejor es hacerlo observando las vidas de sus adherentes. Pero sé muy bien que a mis padres les desagradaría mucho que yo asistiera a un servicio en cualquiera de estas iglesias. Es por eso que quería contarte todo esto y pedirte tu consejo. Nunca podría preguntarle a mamá o a papá, porque se horrorizarían de saber que tengo tales pensamientos. Tú serás mi juez. Si mi concepción acerca de estas cosas está equivocada, entonces olvidemos esta conversación. Tenía que abrir mi corazón a alguien”.

Salomón había estado escuchando atentamente todo el tiempo. La sugerencia de Judith de visitar otras iglesias le pareció muy extraña, a pesar de que él no creía en Dios. Por varios minutos permaneció sentado sin moverse. Su cabeza descansaba entre sus manos. Judith estaba alarmada. Observó la expresión cambiante de su cara.

—¿Qué sucede, Salomón? —preguntó Judith rom-

piendo el tenso silencio mientras ponía sus manos sobre las de él—. ¿Tú también estás pensando que tu niña es una hereja, una apóstata de la fe de sus padres?

—Oh no, Judith. Te he dicho cuál es mi opinión acerca de todas las religiones. Sólo que sonaba tan antinatural que hablaras de asistir a servicios de iglesias contrarias a las de los judíos. No puedo entender por qué tuve estos sentimientos. Probablemente es el resultado de la influencia de los puntos de vista y opiniones bajo los cuáles me criaron antes de que comenzara a pensar por mí mismo.

“Creo que es mejor que mantengamos secreta esta conversación entre nosotros dos, ¿no te parece Judith? No lo digas ni a tus padres ni a los míos, porque sabe Dios qué pensamientos podrían entrar en sus cabezas si lo supieran. Lo más probable es que les preocuparía grandemente. En lo que a nosotros concierne, creo que sería interesante ir algún día a algunas de las iglesias o catedrales y ver lo que sucede allí. Nunca me interesaron estas cosas, por lo tanto no he ido a ningún lugar, salvo a nuestra sinagoga, e iba solamente para no dañar los sentimientos de papá y mamá”.

Salomón y sus padres se habían ido, y Judith subió a su habitación y el sueño había huído de sus ojos. Sentimientos entremezclados de gozo y tristeza llenaban su corazón. Al observar la expresión cambiante en el rostro de Salomón cuando ella le contaba de sus planes de visitar iglesias cristianas, se había convencido de que aún no era un ateo desahuciado. Aún había en su corazón, aunque inconcientemente, un amor hacia la religión judía, a pesar de que él decía que no creía en Dios. Aún había esperanza de que se convirtiera en un creyente. Esta revelación era el motivo del gran gozo de Judith. Por otra parte se deprimía cuando recordaba sus palabras concernientes a las creencias de otra gente, que eran “contrarios a la religión

judía". Estas palabras le hacían temer que Salomón algún día sería un gran fanático, a pesar de que ahora le desagradara la actitud de los judíos religiosos y de sus líderes, hacia los cristianos y su religión. Esto la alarmó y llenó su corazón de dolor.

—¡Oh Jehová! —exclamó Judith después de meditar largo rato sobre la conversación de aquella noche—. Si tú eres omnipotente y omnisciente, entonces tú conoces todos los pensamientos de mi corazón. Permíteme comprenderte y comprender tu verdad. No me dejes errar en oscuridad y en ignorancia.

“¡Qué muchacha tan rara soy!”, pensó Judith mientras se preparaba para ir a dormir. “Desde que era pequeña he molestado a mamá y a papá y al abuelo con mis preguntas acerca de Dios, y ahora comienzo a molestar con ellas a Salomón. ¿Qué pensará de mí después de la charla de esta noche? Bueno no me hago problemas porque sé que me ama, y si fue tonto de mi parte hablar como lo hice, él me perdonará y se olvidará. Todos alguna vez, hacen o dicen algo tonto en la vida”.

Pasaron dos meses. Una noche los Weinberg fueron a ver a los padres de Salomón, y ahora estaban envueltos en una conversación muy seria. En sus caras se podía ver una expresión de preocupación. A menudo la señora Weinberg se enjugaba las lágrimas de sus ojos. Salomón estaba sentado al otro lado del cuarto. Su cabeza descansaba pesadamente entre sus manos, y suspiros de dolor escapaban de su pecho.

—Ya no tengo más influencia sobre ella, —dijo tristemente la madre de Judith luego de un corto silencio luchando para retener sus lágrimas—. Ni tampoco su padre la tiene. Hemos perdido la cabeza y no sabemos qué hacer. Nos resulta intolerable el peligro de nuestra hija y tenemos que sufrir la humillación de mostrarnos delante de la gente. Parecería que ella ha perdido la cabeza o que está embrujada. A todas nuestras

súplicas y amenazas, lo único que responde es: “Yo sé que es muy difícil para ustedes, y esto me resulta doloroso, pero con toda seguridad no puedo abandonar aquello que es santo y sagrado para mí. Debo obedecer a Dios ante que a los hombres”. ¡Oh, oh! —sollozó la señora Weinberg—. ¡Judith, Judith, mi pobre niña! ¿Será posible que te hayamos perdido, nosotros que te amamos tanto?

Todos estaban sentados con las cabezas inclinadas y las lágrimas fluían libremente.

—Yo también me encuentro imposibilitado para hacer algo. Con todo aún espero que todo estará bien algún día. He tratado de hablar con ella tres veces. Le he rogado que abandonara este engaño por amor a mí, a sus padres y a su nación. De todas formas lo único que me ha contestado es, “no, Salomón, no puedo abandonar esto. Te amo grandemente a ti, lo mismo que a mis padres y a mi nación, aún mucho más que antes. Pero nunca negaré a mi Salvador por causa de ustedes, porque esto sería lo más antinatural e indiscreto que podría hacer. Sería peor que suicidarse porque de todas maneras el cuerpo va a morir algún día. Rechazar y abandonar a mi Redentor sería como un suicidio del alma”.

“Su conversación me resultaba tan extraña que ni siquiera supe qué contestarle. Creo que ha estado cavilando demasiado sobre cuestiones religiosas últimamente, y esto le ha afectado los nervios. Para peor apareció este terrible hombre que causó una impresión tan horrenda sobre su sensible corazón. A pesar de eso abrigo la esperanza de que algún día se repondrá y todo será como antes”.

Esta conversación en la casa de los Berstein fue causada por el siguiente acontecimiento:

“Alrededor de tres semanas después que Judith compartiera a Salomón su intención de visitar iglesias cristianas y catedrales, un evangelista había venido a

la ciudad de G_____ y estaba teniendo reuniones en la Iglesia Evangélica Rusa. En toda la ciudad, había carteles impresos anunciando las reuniones. Estos carteles contenían una invitación especial para los judíos. El autor prometía que las reuniones serían de gran interés y beneficio para los judíos. A pesar de que estos anuncios fueron rotos y destruidos lo más pronto posible por judíos y por así llamados cristianos que eran enemigos del evangelio, y no querían que otros supieran de otras reuniones, Judith y Salomón pudieron ver algunos de ellos mientras caminaban una tarde.

—Mira Salomón, —dijo Judith mirándole con una sonrisa luego de haber leído el aviso—. Recientemente hablamos de ir a alguna de las iglesias cristianas para ver cómo son sus cultos, y ahora ellos mismos nos invitan. Hay un dicho ruso que dice: “Un huésped que no ha sido invitado es peor que un tártaro”, y estimo que esto es tan malo como ser invitado y no ir. Supongo que muchos judíos irán a estas reuniones y nadie se sorprenderá de vernos allí. Aún si nuestros padres se enteraran no les preocuparía demasiado. Esta es una maravillosa oportunidad, ¿no es cierto?

—Creo que tienes razón, —contestó alegremente Salomón—. Esta vez estoy totalmente de acuerdo contigo. Yo mismo estoy muy ansioso por saber qué es lo que este hombre tiene que decirnos a nosotros los judíos, o qué es lo que tiene que decir de nosotros. Iremos esta noche. Te iré a buscar a eso de las siete y media y esta noche satisfaremos la curiosidad que has alimentado por tanto tiempo, aunque ahora yo tengo tanta curiosidad como tú.

El gran salón estaba repleto cuando llegaron Judith y Salomón. Al mirar a su alrededor notaron que cerca de veinte judíos conocidos estaban presentes. Recién habían llegado cuando dos hombres, desconocidos para Judith y Salomón, se levantaron del último banco y ofrecieron sus asientos a los recién llegados, per-

maneciendo ellos parados cerca de la puerta. La cortesía de estos extraños sorprendió grandemente a Judith, especialmente porque parecían ser sencillos trabajadores. Agradeciéndoles por su amabilidad, Judith y Salomón tomaron asiento.

En pocos minutos un pequeño coro comenzó a cantar. Tanto la melodía como las palabras del himno tocaron inmediatamente el corazón de Judith. Había algo en esto que le parecía muy cercano y querido por su alma. Uno sentía la simplicidad y sinceridad que había en ello. Al escuchar atentamente Judith no pudo dejar de pensar: "Esta gente seguramente cree y adora al mismo Dios de los judíos, sólo que aquí hay más simpleza y reverencia".

El coro cantaba:

*Oh Jehová, a través de las olas
Y a través del desierto, guíanos.
Somos débiles pero tú eres poderoso,
Ténnos más cerca de tu pecho
Con maná del cielo, maná del cielo
Aliméntanos ahora, oh Señor, nuestro Dios.
Oh, libera los torrentes del cielo
De la roca de dones santos,
Deja que tu columna ardiente,
Vaya delante nuestro, día y noche,
Señor, nuestro Salvador; Señor, nuestro Salvador,
Permanece cerca, sé nuestro escudo.
Estamos cerca del Jordán
Guíanos a través de las aguas, Señor.
Llévanos a las planicies de Canaán
Donde tu pueblo puede hallar descanso.
Cánticos de honor, de alabanza y de gloria
Ascenderán de nosotros a ti.*

Estas palabras resonaron en el corazón de Judith como un eco de tiempos antiguos. La historia de Israel

pasó rápidamente ante sus ojos. Pensó en el tiempo cuando Israel estaba en camino hacia la Tierra Prometida guiados por el brazo fuerte y poderoso de Jehová.

Las últimas palabras de la canción resonaban en todo el salón. Judith aún se hallaba sentada con su cabeza inclinada y sus ojos llenos de lágrimas. Salomón también había estado escuchando muy seria y pensativamente.

Luego de una pausa, el coro se levantó nuevamente, y comenzó a cantar otro himno, cuyas palabras impresionaron a Judith más que las del primero.

El himno era:

*La tierra tiembla y con relámpagos
Resuenan los truenos de una punta a otra.*

*La voz de Dios trona y llama,
"Israel, pueblo mío, oidme bien".*

Israel, tú edificas templos para mí

Y los templos brillan con oro.

En ellos se ofrece incienso,

Y el incienso arde día y noche.

¿Para qué necesito vuestros templos,

Las piedras muertas y el polvo de la tierra?

Yo he hecho la tierra y las aguas,

Y los cielos fueron formados por mis manos.

¿Qué significa vuestro oro para mí,

Si en el seno de las rocas sempiternas

He derramado como las aguas de la lluvia

El metal fundido por el fuego?

¿Por qué incienso, cuando ante mí

Toda la tierra de punta a punta

Me ofrece el incienso

De las fragantes flores?

¿Por qué el fuego? ¿No he encendido yo

Las luces sobre vuestras cabezas?

¿No arrojo yo las estrellas en la noche

*Como las chispas de una caldera?
 Vuestra pobre ofrenda no tiene valor.
 Hay una ofrenda que agrada a vuestro Dios,
 Venid con ella ante El y reconciliaos,
 Entonces aceptaré vuestras ofrendas.*

*Lo que necesito es un corazón más puro que oro
 Y una voluntad firme en el trabajo.*

*Necesito hombres que se amen mutuamente
 Y aquellos que sean fieles por siempre.*

Cada palabra del himno penetró profundamente en el corazón de Judith. La primera canción trajo ante sus ojos espirituales el cuadro de la partida de Egipto de los hijos de Israel y su deambular en el desierto, y la segunda le recordó la historia reciente de su pueblo.

—¿Qué son los sacrificios? ¿Por qué el oro y el incienso? —susurró Judith, repitiendo inconcientemente las últimas palabras del himno—. ¿Acaso El, que creó los cielos y la tierra, quiere que le traigamos lo que le pertenece como ofrenda, como si fuera nuestro? Sí, un corazón más puro que el oro y amarnos limpiamente los unos a los otros, esto es realmente la mejor ofrenda para El, —meditó Judith.

Una multitud de pensamientos llenaba su mente, pero ahí no tenía tiempo para reflexionar acerca de ellos. Entonces apareció en la plataforma un hombre de mediana edad con un libro en la mano y tomó su lugar detrás de una mesa que estaba cubierta con un limpio mantel blanco. Tenía un aspecto agradable y enérgico. Durante algunos minutos miró silenciosamente a la audiencia con sus penetrantes ojos que parecían mirar profundamente cada corazón presente.

Con voz fuerte y firme comenzó: —Esta noche estamos celebrando la primera de varias reuniones en las cuales leeremos y expondremos la Palabra de Dios de acuerdo a los anuncios que han leído. Pero antes de leer de este precioso libro, el Libro de los libros, dado a

nosotros por Dios mismo, me gustaría invitarles a que nos uniéramos en oración a Dios para que nos bendiga y abra nuestro entendimiento para comprender su Palabra. Como ustedes ven no tenemos cosas externas visibles para nuestro culto; no las necesitamos porque sabemos que donde hay dos o tres reunidos en su nombre, allí está presente el Señor. El omnipotente Dios viviente no necesita cosas muertas para recordarnos su presencia, porque El mismo hace cierta su presencia a través de su Espíritu Santo, y si nos levantamos para recibir a uno de nuestros semejantes, ¿cuánto más debemos levantarnos reverentemente en la presencia de Dios al hablar con El? Por lo tanto levantémonos ahora para orar.

Toda la audiencia se levantó, a excepción de los judíos que se miraban unos a otros sin saber qué hacer. Finalmente algunos de ellos se levantaron dubitativamente mientras que el resto permanecía sentado. Al estar en el último asiento, Judith había estado observando a los que estaban delante de ella. Ella se levantó inmediatamente luego de la invitación del predicador. Salomón siguió su ejemplo.

Una oración ferviente, simple e infantil brotó de los labios del hombre que estaba detrás de la mesa. Como un niño que viene a su padre con toda su necesidad, este hombre se acercó a Dios y le habló con palabras sencillas. Nunca antes Judith había oído algo igual. A menudo había oído a sus padres leer las oraciones judías, y ella misma las había leído algunas veces. Pero esas oraciones, posiblemente habían sido escritas cientos de años atrás. Se aprendían de memoria y generalmente sin entender su significado. A menudo esto era una forma muerta sin la vivificación del Espíritu. Pero esta oración no sonaba como palabras muertas, memorizadas. Era el derramarse de un corazón ante Dios, trayéndole la necesidad vital del momento. Esto era una conversación, llena de fe y confianza,

entre un hombre y el invisible, omnipotente Dios.

Cuando el evangelista terminó su oración, todos los cristianos en la audiencia se unieron a él con un sincero "amén".

—Amén, —repitió Judith, profundamente tocada. Salomón la miró sorprendido.

—¿Qué te pasa Judith? —le preguntó severamente—. Estás actuando como si fueras uno de ellos. Te levantas cuando ellos lo hacen y aun repites sus palabras. Mira a tu gente. Con pocas excepciones todos permanecieron sentados silenciosamente. ¿Es correcto lo que estás haciendo?

—No creo que esté haciendo nada malo, Salomón. ¿Acaso no estaremos de acuerdo con la verdad, y nos pondremos de su parte, aunque sea la primera vez en nuestra vida que la escuchamos? —respondió Judith calmadamente—. En todo lo que se hace y se dice aquí, no veo ni siento otra cosa más que la verdad.

La conversación se interrumpió cuando el evangelista dirigió la atención de la audiencia hacia la Escritura que iba a leer. Abrió su Biblia y leyó el capítulo 53 de Isaías donde está descrita en forma concisa pero muy vívida, la vida del Señor Jesucristo desde su nacimiento hasta su muerte en la cruz del Calvario.

Luego de la lectura de la Escritura, narró brevemente ante sus oyentes la historia de Israel y de su maravillosa esperanza de la venida del Mesías. Señaló cómo de acuerdo con la profecía, el Mesías debía primero morir por su pueblo, como Cordero de Dios. A través de su muerte substitutiva, el Mesías liberó a los hombres de la servidumbre del pecado y de la muerte eterna, como el cordero que tuvo que morir aquella memorable noche en Egipto para salvar a los hijos de Israel de morir junto con los egipcios y de la servidumbre de Faraón. Pero lo que sucedió en aquellos tiempos antiguos en Egipto no fue más que un símbolo, un modelo de lo que Dios llevó a cabo, más tarde, a través de

su Hijo, el Señor Jesucristo, de quien habla el profeta Isaías. De El es de quien el profeta dice: “Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto”. Como oveja fue guiado al matadero porque El cargó con el pecado de todos nosotros.

—Estimados amigos, —continuó el evangelista—. Estudiemos ahora, por unos minutos la vida de Jesús de Nazaret. ¿No fue El desechado y despreciado por los hombres? Los escribas y fariseos le odiaron todos los días de su vida hasta que finalmente decidieron deshacerse de El, clavándole en una vergonzosa cruz. Los paganos soldados romanos hicieron una corona de espinas y la pusieron en su santa cabeza; le abofetearon, le golpearon en la cabeza con una caña, burlándose y diciendo, “¡Salve, Rey de los judíos!” ¿No fue esto humillación? ¿No fue como un cordero guiado al matadero, cuando llevaba su cruz al lugar donde le crucificarían cayéndose bajo la pesada carga? El fue verdaderamente como un cordero, porque no abrió su boca. No se quejó ni acusó a los que le atormentaba.

“Esto sucedió en tiempos pasados, pero la profecía concerniente al Señor Jesucristo se está cumpliendo aún hoy en día. Esta noche veo presente en la audiencia un número de mis amigos judíos. Oh cuanto desearía que esta noche examinaran su pasado y su futuro. ¿Vuestros líderes espirituales no ponen continuamente delante de ustedes al Señor Jesucristo, el Hijo de Dios, y el único y verdadero Mesías de Israel, como un falso mesías y un impostor? ¿No es esto como haber estado rechazándole y menospreciándole a través de todos los siglos?

“Es verdad que todos los judíos religiosos aún están esperando la venida del Mesías, pero ¿quién será el que venga pronto? ¿Quién será este Mesías? Si comenzamos a expresar nuestras propias opiniones podemos caer fácilmente en error. Dios, quien prometió

enviar un Mesías, le ha profetizado, y solamente El puede darnos una respuesta. Escuchen lo que uno de los inspirados profetas de Dios dice: leemos en Zacarías capítulo 12, en la última parte del versículo diez, las siguientes palabras acerca del Mesías: ‘. . . y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por el hijo unigénito’

“¿A quién traspasaron los judíos en toda su historia? ¿Quién volverá a ellos? El que traspasaron es Jesús, el hijo de David. Este debía cumplirse de acuerdo al plan de redención de Dios. La sangre del inocente cordero sin mancha, debió ser derramada para redención de Israel, y de todo el mundo, para redimir a la gente del pecado y de la muerte. Los profetas Isaías, Daniel y otros predijeron esta verdad. Esta se cumplió y ahora las otras profecías deben cumplirse también. Israel deberá mirar a aquel, a quien sus padres traspasaron.

“Esta noche el Señor habla una vez más a vosotros, hijos de Israel y a todos los presentes”

En ese momento un número de judíos se levantó ruidosamente y dejó el salón. Cuando se hubo restablecido la tranquilidad el evangelista continuó:

—Oh hijos de Israel, El envió a vosotros primeramente sus disciplinas mediante la predicación del precioso evangelio, luego de su gloriosa resurrección. Y yo también, al venir a esta ciudad, quiero hablarles primeramente a ustedes. El Señor quiere darles a ustedes, antes que al resto de las naciones, la paz y el gozo de la vida eterna. El tiene grandes bendiciones para ustedes que prometió aun a vuestro padre Abraham. No continuéis en vuestra terquedad rechazando al que derramó su sangre inocente por vuestras transgresiones y pecado. No continúen poniendo nuevas espinas en su corona de espinas. Dejad de traspasarle con vuestra incredulidad y no continuéis rechazándole y despreciándole. Volveos a El de todo corazón en arre-

pentimiento y oración. ¿Cuándo llegará el bendito momento para ustedes que están presentes aquí, cuando vean a Aquél cuyas manos vuestros padres traspasaron? ¿Cuándo caerán con lágrimas de arrepentimiento ante los pies de Aquél que fue herido por vuestros pecados? ¡El está esperando! Sus ojos llenos de amor están sobre cada uno de ustedes aquí en este solemne momento, El les traerá a ustedes, las ovejas perdidas de Israel, al redil en el hogar. El les está llamando esta noche. Escuchen lo que les está diciendo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. Ustedes que están cargados por el pecado y cuyos corazones no tienen paz ni descanso, ¡vengan! Vengan esta noche y les dará descanso y vida eterna.

Las últimas palabras de una seria y cálida invitación habían resonado.

Ante el pedido del evangelista, todos los presentes doblaron sus rodillas en adoración, excepto unos pocos judíos que habían permanecido luego de que los otros se retiraron. Muchas almas clamaban a Dios por perdón de los pecados y por paz y ayuda.

Judith había estado escuchando con extasiada atención durante todo el mensaje. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Mientras escuchaba, le habían venido memorias del pasado. Vio la imagen de la casa de campo, de su abuelo, y recordó vívidamente la discusión acerca de “Yeshua” que su abuelo mantuviera con los dos rabinos amigos, y que ella había alcanzado a oír cuando tenía trece años. Aun entonces había sentido que el rabino estaba más acertado que su querido abuelo, y hoy tenía el privilegio de escuchar el evangelio viviente acerca del Mesías, y que era proclamado aquí, simple y claramente.

Una voz interior parecía susurrarle continuamente a su corazón, “Esta es la verdad inmutable que debes aceptar. El es el Mesías, el Cordero de Dios, que murió

por los judíos, por todo el mundo, y por ti. Debemos aceptar a aquél que traspasamos; ¡y tú también Judith!” enfatizaba la voz.

—¿Yo también? —pronunciaron los labios de Judith como contestando lo invisible.

Salomón observaba silenciosamente la expresión del rostro de la joven. Tres veces había sugerido volver a casa. A él no le gustaba la verdad de Jesucristo que se predicaba aquí abierta y simplemente. Pero Judith se negaba a partir, pidiendo cada vez que esperara un momento más.

A pesar de que Salomón profesara ser un moderno judío incrédulo, era evidente que su infidelidad era sólo superficial; en lo profundo de su corazón era un judío ortodoxo. Al oír ahora la historia verídica del Señor Jesucristo y de la actitud de los judíos hacia El, sus verdaderos sentimientos se volvieron más fuertes. Estaba muy descontento y dolido de que Judith, a quien amaba con todo su corazón, estuviera tan interesada con lo que el hombre decía y que evidentemente consideraba que eso era la verdad. A juzgar por la expresión de su rostro y las lágrimas de sus ojos, se vio obligado a pensar que ella estaba de acuerdo con todo lo que el hombre decía. Cuando al finalizar la reunión los cristianos se arrodillaron para orar, a Salomón le pareció que entonces era el momento de partir, porque pensó que era una deshonra para él, un judío, permanecer mientras esta gente oraba. Le provocaba mucho la atención que Judith prestaba, y la urgió casi con dureza a volver a casa inmediatamente.

—No, Salomón, —susurró Judith—. No puedo irme justo ahora. Parecería que la reunión ha terminado y quiero permanecer hasta el final.

Su corazón latía violentamente al escuchar las fervientes oraciones de algunos pidiendo ardientemente por la salvación de Israel. Judith sintió como nunca, que ella era pecadora. Al igual que los otros judíos,

ella también había resistido obstinadamente al Señor Jesucristo hasta este día. Le había considerado un falso Mesías y un impostor, y le había humillado y despreciado.

Estos pensamientos pasaron por su mente como relámpagos y se le llenó el corazón de dolor.

—¿Y qué estoy haciendo ahora? Mientras todos los otros se han inclinado reverentemente delante de El, yo aún permanezco sentada, ni siquiera levantándome. ¡Oh Dios! —suspiró Judith—. ¿Pero qué dirán Salomón, mis padres y mi nación?

—Sí, pero ¿qué dirá El, el amante Cordero de Dios? —contestó la voz calmada.

Repentinamente, olvidándose de la presencia de Salomón y de sus padres, cayó de rodillas sollozando: —¡Perdóname “Yeshua”! —una ardiente oración de corazón arrepentido, reprimido por largo tiempo, fluyó ahora de su corazón y de sus labios. Primero oró por sí misma, luego por sus amados y por su nación. Muchos de los judíos que aún se hallaban allí la miraron con asombro. Salomón permanecía sentado a su lado aturdido y atemorizado.

—¡Oh mi Señor y Dios, “Yeshua”, nuestro Mesías! —oraba Judith—, de aquí en adelante quiero servirte con todo mi corazón y con toda mi alma. Quiero ser tu sierva y ser tuya y solamente tuya para siempre. Ayúdame, oh Señor, a seguirte fielmente. ¡Amén!

—¡Amén! ¡Amén! —dijeron muchas voces con ella.

El evangelista oró luego que Judith había terminado, dando gracias al Señor por esta oveja de la casa de Israel que esa noche había vuelto al hogar de su Buen Pastor.

Para ese entonces, Salomón había vuelto en sí. Asiendo el brazo de Judith, la levantó bruscamente y la empujó rudamente fuera del salón. Ahora, el judío fanático se había despertado totalmente en él. Se hallaba en tal estado que hubiera querido estrangular

con sus propias manos a Judith, a quien había amado tanto, o apedrearla, porque había orado a Jesucristo llamándole su Señor. Judith obedeció mansamente. Caminó silenciosamente al lado de Salomón, como en un sueño, sin prestar atención a su áspera conducta.

Durante el camino a casa no hablaron una palabra. De tanto en tanto Salomón suspiraba pesadamente. Le hervía la sangre de ira. La furia casi lo ahogaba. Estaba enojado contra el predicador, los cristianos y Judith. La joven a su lado sentía exactamente lo contrario. Había una profunda paz y descanso en su corazón. Sintió lástima por Salomón porque se dió cuenta que algo horrible estaba sucediendo en su corazón. Para no provocarle a mayor ira, pensó que era mejor no hablarle ahora.

Al llegar cerca de su casa, comenzó a pensar como la recibirían sus padres y la sociedad judía luego de la experiencia de esa noche, porque un número de judíos habían sido testigos de su conversión. Seguramente las noticias correrían esta misma noche entre la sociedad judía de G____. Como le era difícil andar al paso de Salomón que caminaba rápidamente, Judith pidió ayuda silenciosamente al Señor. Le pidió a El, omnipotente y omnisciente Dios, que la fortaleciera para las horas venideras y que le diera mucha sabiduría y paciencia para enfrentar a sus padres.

Cuando finalmente llegaron a su hogar, Judith se sintió tranquila y en paz. Aquél de quién ella esperaba ayuda, había contestado su silencioso grito. Una voz interior la confortó: "No temas, Judith, permanece firme y yo estaré contigo". La seguridad de que el Señor no la dejaría ni la abandonaría llenó el corazón de la joven con un gozo que hizo que su rostro estuviera radiante.

Los padres y las hermanas menores de Judith estaban sentados en la sala cuando entraron Judith y Salomón. Sin esperar invitación, este último se desplomó pesadamente sobre la silla que tenía más cerca-

na, sin siquiera sacarse el saco. Sosteniendo el sombrero entre las manos, suspiraba pesadamente. Judith pasó por la sala silenciosamente hacia su habitación.

El corazón maternal de la señora Weinberg sintió instintivamente que algo fuera de lo común había sucedido. Caminó hacia donde estaba Salomón y poniendo la mano amablemente sobre su cabeza inclinada, preguntó bondadosamente: —¿Qué te sucede Salomón? ¿Qué ha sucedido entre Judith y tú?

Levantando la cabeza como en un sueño, Salomón miró a la señora Weinberg y gritó con una voz casi ahogada por la ira, porque ya no se podía controlar más:

—¡Pregúntele a Judith! Dejen que ella les cuente. Bueno . . . no, no lo hagan, no vale de nada. Ella es . . . una apóstata. Nos ha deshonrado a todos nosotros. A ustedes, a mí y a toda nuestra nación judía. Me supongo que para esta hora toda la ciudad lo sabe.

La señora Weinberg estaba muy pálida cuando se sentó en la silla que estaba próxima a Salomón. Aún no sabía qué había sucedido y lo miraba perpleja. Al principio, el señor Weinberg no había prestado mucha atención a Salomón, pero ahora repentinamente dejó su periódico a un lado. En un primer momento pensó que no era más que un pequeño malentendido como suele ocurrir entre enamorados. Al oír las palabras de Salomón se volvió y miró severamente al joven.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó ásperamente—. ¿Qué es lo que ha hecho Judith? ¿Nos ha deshonrado a todos?

—Sí, Salomón, cuéntanos rápidamente qué ha sucedido con nuestra hija, —urgió la madre nerviosamente.

—Sara, por favor, llama a Judith de inmediato. ¿Por qué no viene a nosotros? Que venga y que nos cuente qué es lo que anda mal, —dijo volviéndose a su hija menor.

Los ojos de todos se volvieron expectantes hacia

Judith cuando entró en la sala. Tenía mucha calma. El único cambio notable era que su cara, usualmente alegre y sonriente, estaba ahora más seria y más tensa. Recién había terminado de hablar con el Señor cuando su hermana fue a buscarla. Al llegar a casa, Judith había ido derecho a su habitación, donde se arrodilló a los pies de su Salvador, rogándole que abriera el corazón de sus padres, de Salomón y de sus hermanas, para que le aceptaran a El, el Mesías, como su Salvador personal.

—Ayúdame ahora, Señor, —dijo cuando Sara golpeó la puerta.

—¿Me llamaste, mamá? —preguntó Judith al entrar.

—Siéntate aquí, —le dijo el padre, señalando una silla. Judith obedeció silenciosamente. Sentía que había llegado un momento muy serio para ella, el momento en que se debía explicar. Sabía que ahora debía confesar abiertamente su fe en el Señor Jesucristo como el Hijo de Dios, delante de sus padres, hermanas y delante de Salomón. Este no era un paso fácil para uno que recién ha sido salvo y que no ha tenido tiempo de volver en sí y de pensar en ello tranquilamente.

—Escucha Judith, —comenzó el padre—, queremos oír de ti qué es lo que has hecho y qué ha sucedido entre tú y Salomón. Queremos saber cuál es la vergüenza y la deshonra que él dice que tú nos has traído a nosotros y a nuestra nación.

Judith había escuchado silenciosamente con la cabeza inclinada. Todos los ojos estaban fijos en ella esperando una respuesta.

Finalmente, tras una corta pausa, levantó la cabeza y mirando a su padre a los ojos, comenzó con una voz tranquila pero firme: —Sí, papá y mamá, algo ha sucedido; no entre Salomón y yo sino solamente en mí. De cualquier forma, lo que ha sucedido no los deshonra a ustedes, ni a Salomón ni a ningún otro. Deseo que todos ustedes experimenten lo mismo, ustedes y todo

nuestro pueblo, y todos los que viven sobre la tierra.

—¡Habla rápido y más claro! No nos hagas sufrir más, —interrumpió la madre.

—Querida mamá, de ninguna manera quiero que sufras. Desearía mucho más que todos ustedes se regocijaran conmigo. Lo que llena mi corazón en este momento, y lo que me ha sucedido esta noche no se puede contar en pocas palabras. Por lo tanto, por favor, perdóname mamá si no me puedo expresar rápidamente . . .

—Ella es . . . ¡una apóstata! Ha traído vituperio y vergüenza sobre nosotros, —gritó Salomón fuera de sí. Estaba tan enfurecido que no podía permanecer callado por más tiempo, por miedo de que Judith tratara de defenderse o pudiera influenciar a sus padres.

—¿Apóstata? —repetieron los padres y las dos jóvenes a una voz mirando inquisitivamente a Judith.

—¡Sí, una apóstata! ¿Por qué la escuchan? Es una cristiana.

—¿Cristiana? ¿Nuestra Judith cristiana? —preguntaron nuevamente los asombrados padres y hermanas.

—Espera Salomón, —gritó el señor Weinberg amenazante. Poniéndose de pie, caminó hacia donde estaba Judith. Mirándola severamente, le preguntó: —¿Es cierto lo que dice Salomón?

Todos contuvieron la respiración. El padre estaba parado frente a su hija temblando de excitación y enojo.

—Oh David, cálmate. Deja sola a Judith. Deja que nos cuente todo, —interrumpió la señora Weinberg. Era horrible ver a su marido enfurecido, y en este momento aun le temía. En todos los largos años de matrimonio, nunca le había visto tan encolerizado.

—Por favor, siéntate aquí cerca mío, —le dijo.

Respirando dificultosamente, Weinberg se sentó en la silla al lado de ella.

—Ahora dinos qué es lo que quieres que sepamos,

—animó la madre a Judith, la cual estaba muy tiesa y atemorizada—. Tú también quédate quieto Salomón. Déjenla contarnos lo que le ha sucedido esta noche.

—Sí, Salomón les ha dicho la verdad. Verdaderamente creo en el Señor Jesucristo como el Mesías de los judíos y como mi Salvador personal y Señor, —comenzó Judith con voz firme y determinada.

Cuando pronunció estas últimas palabras, el señor Weinberg saltó de su silla como si se hubieran burlado de él, pero su esposa lo hizo volver a su silla.

—Ocasionalmente, había oído acerca de El en mi niñez. A menudo había una seria lucha en mi corazón. No sabía si en realidad era el Mesías o no. No estaba en condiciones de decidir por mí misma. Recuerdo que una vez le pregunté al abuelo acerca de esto. Tengo aún muy claro en mi mente el recuerdo de una discusión que escuché por casualidad. El abuelo estaba debatiendo la cuestión acerca de “Yeshua” con otros dos rabinos. Uno de ellos probó que “Yeshua” era el Mesías de los judíos. Esta noche Salomón y yo fuimos a una iglesia cristiana a una reunión. Había venido un ministro de otra ciudad a esta iglesia. Mientras escuchaba la lectura de las Escrituras y el sermón del predicador, me convencí definitivamente de que “Yeshua” es el Mesías, el Hijo del Bendito, a quien nuestros antepasados crucificaron, que murió como el Cordero de Dios por el pecado del mundo, como estaba predestinado. Estando convencido de esta verdad, le di mi corazón, y ahora soy vuestra hija, su sierva y seguidora, de esta noche en adelante.

Mientras hablaba, había notado las expresiones cambiantes en los rostros de su padre y de su madre. Vio que había una terrible lucha en sus corazones y que a duras penas podían controlarse.

Al oír las últimas palabras de su hija, la madre asió su cabeza y comenzó a llorar y a lamentarse en voz alta. El padre caminaba de arriba a abajo retorciéndolo-

se las manos. Salomón y las dos hermanas menores lloraban silenciosamente.

—¡Lárgate de aquí y vete de mi vista! —ordenó el señor Weinberg con voz ahogada, temblando y pálido de ira, señalando la puerta. Judith se levantó y dejó la habitación silenciosamente

IV

PERSEGUIDA POR AMOR DE CRISTO

La enemistad de los padres—La madre jura matar a su hija—La echan del hogar— Confiando en el Señor

El llanto histérico de la madre duró una hora entera. El padre mandó a las dos menores a la cama. Salomón aún estaba allí, sentado con la cabeza inclinada.

—Con angustiarnos y llorar no vamos a estar en condiciones de mejorar las cosas —dijo finalmente el señor Weinberg a su esposa, cuando se hubo calmado un poco—. Hay que hacer algo. Nosotros tres somos los que amamos a Judith más que nadie, y los tres nos damos cuenta de cuán peligroso es este paso que Judith ha tomado esta noche; peligroso para ella e indeciblemente difícil de soportar para nosotros. Pero a lo mejor uniendo nuestros esfuerzos podemos salvarla. Pienso que sería bueno que nos contaras con calma todo desde el principio, Salomón. Ultimamente tú has estado más con Judith que nosotros, porque confiamos nuestra hija totalmente en ti.

—Sí, eso es correcto. Cuéntanos todo, Salomón, —añadió la señora Weinberg.

Salomón había vuelto en sí, y contó a los padres lo que sabía de Judith en este último tiempo. Les contó que Judith había estado muy ocupada con cuestiones

religiosas y que le había confiado sus pensamientos a él. De todas maneras, él no había visto nada malo ni peligroso en ello; por el contrario, compartía muchos de sus pensamientos e ideas. Esa noche habían decidido satisfacer su antiguo deseo de conocer otras religiones que la rodeaban. Dijo, además, que su curiosidad había sido removida por un engañador de otra ciudad y sus carteles, en los cuáles invitaba a los judíos a las reuniones. Entonces acordamos ir a este encuentro cristiano.

Luego de una breve pausa, Salomón continuó:

—Y allí en esa reunión sucedió algo totalmente inesperado. Nunca hubiera siquiera soñado en semejante desenlace. Este evangelista probó a los oyentes que “Yeshua” fue realmente el Mesías de Israel, el Salvador del mundo. Para dar fuerza a sus palabras, citaba constantemente a nuestros profetas judíos, que hablan de la venida del Mesías. Observé a Judith y pronto noté cuán atentamente estaba escuchando, bebiendo cada palabra. Repetidamente traté de sacarla de ese lugar, pero cada vez condecendía a su pedido de esperar un poco más. Me sentía disgustado y me dolía verla de esa forma. Yo mismo no creo en Dios, pero al ser un judío, odiaba ver a Judith tan interesada en la charla de este hombre, cuyo único propósito parecía ser acusar a los judíos por haber crucificado a “Yeshua”.

“Cuando el orador terminó su charla, pidió a todos los presentes que se arrodillaran en oración. Y todos lo hicieron, con excepción de algunos judíos que evidentemente se habían quedado por curiosidad, porque la mayoría de nuestros judíos se fueron ni bien terminó el mensaje. Yo también me levanté, listo para partir, pero Judith otra vez tuvo éxito en persuadirme a permanecer allí.

“Estábamos sentados en el último asiento. De pronto, luego de la oración de un hombre, Judith cayó

sobre sus rodillas, y comenzó a orar como esa gente lo hacía. Todos los judíos que estaban adelante nuestro se dieron vuelta para mirarnos. Yo estaba aturdido y no sabía qué hacer. Mi corazón estaba lleno de dolor. Me daba vergüenza levantar los ojos y mirar a nuestros amigos judíos. Me sentí deshonrado y humillado hasta lo último.

“Luego de que volví en mí, de alguna manera, la levanté y arrastrándola detrás de mí, casi salí corriendo de ese horrible lugar. Esto es todo lo que sé y lo que les puedo contar sobre ella. No sé qué hacer ahora. El gran amor hacia Judith está luchando dentro mío contra ese otro sentimiento que se puso de manifiesto a través del suceso de esta noche. No puedo decir claramente qué es lo que sucede dentro de mi pecho. Hasta hoy yo no creía en Dios, y estaba lejos de ser religioso, y por lo tanto es extraño que sienta como si Judith hubiera ofendido mis más sagrados sentimientos. Esto parecería indicar que hay un Dios y que los judíos son la única nación en el mundo que tienen la verdadera religión dada por Dios. Judith se ha convertido ahora conscientemente en una apóstata de Dios y de la religión de sus padres. Al mismo tiempo ha desechado todo y lo ha pisoteado bajo sus pies.

“¿Qué haré? Estamos comprometidos y nuestra boda tendrá lugar en un futuro cercano. Es imposible para mí, mostrarme con ella en nuestra sociedad, porque un número de judíos fueron testigos de su oración histérica pidiendo a “Yeshua” que convirtiera a toda nuestra nación judía. Y me vieron a mí con ella . . . La he perdido . . . Perdido para siempre . . . Ya no podemos amarnos; y aún más, no podemos ni siquiera ser amigos después de esto . . . ¡Oh! ¿Cómo pudo suceder esto? . . . ¡Judith, mi querida Judith!” se lamentó Salomón, sosteniéndose la cabeza con ambas manos.

Los padres de Judith habían estado escuchando silenciosamente, abrumados por el dolor. El rostro del

padre manifestaba una terrible lucha interior. La madre lloraba. Ambos comprendían los sentimientos del joven y se compadecían de él, porque sufrían grandemente por su hija. Cuando Salomón finalizó, el señor Weinberg se levantó, tomó al joven de los brazos, y lo llevó hacia donde estaba su esposa.

—Tú sabes, Salomón, que nuestros corazones han estado ligados a ti como a un hijo. Te hemos amado con todo nuestro corazón y aún te amamos. Sabemos que has respondido totalmente a este amor. Ahora la hemos perdido a ella quién nos unió tan estrechamente y a quién todos nosotros amamos tan apasionadamente. Siempre esperamos que ella nos traería gozo e incomparable honor a nuestra vida, y ahora nos ha traído tal indecible dolor y deshonra que no sabemos cómo soportarlo.

“Cuando estaba sentada aquí una hora atrás diciéndonos que se había hecho cristiana, sentí algo dentro mío que no puedo explicar. Si no hubiera sido por ti Raquel, no sé qué hubiera hecho, a pesar de que todavía no sé como comenzar o qué hacer con ella, no me desesperaré. Desde su niñez, Judith nos ha sorprendido con su rapidez mental y sus preguntas profundas, que eran demasiado serias para su edad. Además, siempre ha sido muy suceptible. A lo mejor tengamos el gozo de traerla nuevamente a la fe de sus padres. Ahora nosotros tres debemos hacer un esfuerzo y utilizar todos los medios posibles para influenciarla. Por los primeros días, creo que será mejor dejarla sola y darle tiempo para pensar en lo que ha hecho. Dudo que logremos mucho a través de la severidad. Siento mucho lo que hice esta noche. Es este punto nuestra nación debe mejorar mucho. ¿Pero qué podemos hacer? ¡Es nuestro temperamento! Tratemos de lograr nuestro objetivo a través del amor, de la exhortación y la petición. Si es necesario, podemos invitar a nuestro honorable rabino para que converse con ella.

Y luego se verá qué hacer más adelante”, finalizó Weinberg.

—Sí, tienes razón David, —aprobó su esposa—. Debemos hacer todo lo posible por salvar a nuestra hija, nuestra amada Judith. Salomón, tú nos ayudarás, ¿no es cierto? Tú tienes influencia sobre ella, porque yo sé cuán afectuosamente te ama Judith.

—Por cierto que lo haré, —dijo el joven, habiendo tomado coraje y esperanza nuevamente—. Por favor perdonen mi mal genio y mi juicio rápido. A lo mejor, después de todo, aún no he perdido para siempre a mi Judith. Haré gustosamente por ella todo lo que dependa de mí.

Eran cerca de las tres de la mañana cuando Salomón llegó a su casa. Pasó el resto de la noche sin dormir al igual que los Weinberg. La conversación con Judith y su aceptación del cristianismo fue un golpe inesperado para ellos. Al mismo tiempo, en otra parte de la casa había una conversación completamente diferente a la de la sala, una conversación totalmente desconocida en la casa de los Weinberg, una conversación no entre hombres, sino entre una joven y su Dios. Cuando su padre le ordenó que saliera de la habitación, Judith se sintió abrumada por el dolor. Desde cuando podía recordar, estaba acostumbrada a que todos la amaran y nunca la habían tratado duramente. Ahora, por primera vez en la vida, sentía que había perdido este amor. Vio que aquellos más cercanos a los cuáles amaba su corazón, la odiaban.

Judith amaba a sus padres y a Salomón con un amor tierno, poco común, como pocas veces se encuentra.

Era un apego y un amor puro, sin egoísmo y genuino. Había conocido y amado a Salomón por muchos años. El era muy querido para ella. Siempre había sido solícito, compasivo y considerado. Ella sabía que la amaba tiernamente. Y ahora la habían echado de su presencia.

El amoroso y siempre considerado padre parecía temible y amenazante al estar parado delante de ella, temblando de ira. Si la madre no le hubiera sujetado, seguramente la habría matado allí mismo. Ante este recuerdo el corazón de la joven fue traspasado nuevamente con un dolor desconocido, indescriptible. Súbitamente se sintió sola y desamparada. En ese momento no había nadie sobre la tierra a quién ella pudiera recurrir con su insoportable aflicción. No había un alma hacia la cuál pudiera llorar la pena de su joven corazón. Su madre, su padre, Salomón, sus queridas hermanas, y su nación, la habían desechado por su amor al Señor. Se dio cuenta de que todos los lazos de amor se habían roto. Se sentía como uno que es arrojado a las furiosas olas del mar, desde la cubierta de un barco, sin tener tierra firme bajo sus pies, ni playa a la vista.

Por largo rato sus sollozos reprimidos llenaron la habitación. Este era el primer sufrimiento verdadero en la vida de Judith. Cuando el primer llanto hubo acabado, se levantó de la cama donde había caído postrada cuando entró en la habitación con el shock que le produjo el ser echada de la presencia de sus seres queridos. Ahora se sentó en la silla cerca de la ventana. Era una noche tranquila. La luna brillaba serena. Las brillantes estrellas titilaban y brillaban como diamantes. Los ojos de la joven, cansados e hinchados de tanto llorar, estaban fijos en el hermoso cuadro del estrellado cielo invernal. Perdida en la contemplación, permaneció sentada inmóvil por un momento.

—¡Eres grande y glorioso en tu creación, oh mi Dios!, —pronunció Judith en voz baja. Se había calmado y una dulce paz comenzó a llenar su corazón. Sentada allí, en la soledad de la noche toda su vida pasó delante de ella. Pensó en el tiempo cuando era una niña, cuando ella y sus padres aún vivían en el oeste, en la parte del país que la guerra le había quitado a Rusia. Recordó la pregunta que la había preocu-

pado por tanto tiempo luego de que su padre les contara a ella y a sus hermanas la historia del pasado de su nación. Estas historias de su padre habían despertado su mente infantil y habían suscitado en ella el deseo de saber más acerca de Dios.

Recordó igualmente, aquella memorable discusión que tuviera su abuelo con sus invitados, y que ella escuchó por casualidad. Y la conversación que tuvo con su abuelo luego, vino vívidamente a su mente.

Imagen tras imagen de su niñez pasaron delante de sus ojos: la huída del hogar a comienzos de la guerra; el viaje desde el frente hacia la ciudad G____, su primer encuentro con Salomón, y el tiempo feliz que siguió, de amor y de su compromiso. Todo le parecía como una película sobre una pantalla.

“Eso fue un dulce sueño, que se ha tornado cruel realidad”, reflexionó Judith. “¿Y ahora qué? ¿Qué tiene preparado para mí esta realidad? El sueño ha terminado. El cuadro de mi vida ha cambiado totalmente. Alabado sea mi Salvador que me ha sacado de este sueño, porque es mucho mejor despertar aquí en la tierra y vivir aquí una vida real que abrir los ojos al entrar en la eternidad para encontrar allí las trágicas consecuencias de un sueño espiritual aquí en la tierra”.

Con su rápida y alerta mente, Judith consideró todo lo que estaba a favor y en contra de su decisión. No trató de engañarse a sí misma con ilusiones de una vida fácil en el futuro. A menudo en el último tiempo había estado leyendo la Biblia judía. Durante estos estudios la impresionó fuertemente el hecho de que todos los profetas, todos los verdaderos siervos de Dios, habían sufrido mucha persecución y no pocos habían muerto como mártires. Y aun Jesucristo, el Hijo de Dios, tuvo que padecer la peor de las muertes, la crucifixión.

—Si quieres seguirle y ser su sierva y discípula, en-

tonces te aguarda lo mismo a ti, Judith, —se dijo a sí misma—. El primer paso está dado. Supongo que ya lo sabe toda la ciudad. Mañana toda nuestra gente meneará la cabeza al verme y me señalaran con el dedo . . . Pero, ¿me volveré atrás? . . . Oh, Redentor mío, librame de semejante pensamiento, —rogó la joven.

Se levantó y se arrodilló a los pies de su precioso Salvador y Señor y allí en dulce comunión se olvidó de sí misma y de sus problemas.

—Tú sabes, mi Señor, que desde mis tempranos días te he anhelado y te he buscado. En tu amor y misericordia te has revelado a mí esta noche a través de tu palabra y de tu Espíritu Santo. Tú has lavado y limpiado mi corazón con tu preciosa sangre. Ahora, tú sabes que todos me han abandonado por tu causa. Todos los míos a quienes amo tiernamente me odian sin razón y me expulsan de su presencia. No tengo amigos aquí en la tierra, nadie que me aconseje o me ayude en la lucha. Estoy sola, completamente sola, Tú sabes que soy sólo una joven débil y que aún no conozco tus caminos. No me dejes ni me abandones, oh Señor. No permitas que me descarrie de tu verdad y vague en mi ignorancia y debilidad. Tú sabes qué me sucederá en el futuro. Yo no lo sé. Por lo tanto, ayúdame, mi querido Señor, en todas las circunstancias de la vida, especialmente cuando me debilite y me canse y no tenga fuerzas para resistir las tentaciones.

Por largo rato, su infantil y ferviente oración ascendió de su comfortable habitación iluminada por la luz plateada de la luna. En la quietud de la noche, Judith habló con su Salvador como si estuviera visiblemente a su lado. No dudaba que en realidad El estuviera allí, muy cerca suyo en aquel mismo instante, y una paz grande y profunda vino a su corazón mientras oraba con sencillez y creyendo.

—Estoy lista y deseosa de seguirte a todas partes.

Sea hecha tu voluntad en mi vida desde ahora y para siempre mi Señor y mi Dios, —fue la promesa de Judith al terminar de conversar con su Señor y Salvador.

Al levantarse de sus rodillas, su rostro bañado por la luz de la luna, estaba radiante por el gozo y la paz interior. Descansando en su Redentor, pronto cayó en un profundo sueño reparador. El, a quien ella se había vuelto en oración pidiendo ayuda y fortaleza, envió a su luminoso ángel para que la protegiera, guiara y asistiera en el camino a su hogar celestial.

Comenzaron días difíciles para Judith, días de pruebas, tentaciones, y persecuciones de todas partes. Sus padres y Salomón hicieron grandes esfuerzos para apartarla de la fe en el Señor Jesucristo. Le imploraban, la invitaban a ir con ellos a teatros, bailes y otros lugares de diversión, pero ella se mantuvo firme. Había vuelto las espaldas a todas aquellas cosas que en un tiempo había disfrutado tanto, porque ahora había encontrado algo mucho mejor. Consideraba que era un pecado contra Dios, al ser su hija, ir al teatro o pasar una noche en un salón de baile. Cuando la incitaban a ir, ella les decía: —No hay lugar para mí donde el Señor Jesús quede excluido. Solamente puedo estar donde El está.

Salomón y sus padres no la pudieron persuadir para que hiciera cosas que en su parecer ofenderían al Señor, y a medida que se daban cuenta que todos sus esfuerzos eran en vano, perdieron la esperanza de volverla a la sinagoga, y junto con esto perdieron la paciencia y el control.

Repetidas veces, la madre de Judith arregló para quedarse sola con ella, y con lágrimas le rogaba, exhortándole a que dejara sus convicciones presentes, que se arrepintiera y que volviera a la fe de sus padres. Estas súplicas y lágrimas de su querida madre eran las tentaciones y pruebas más duras para su fe.

—Piensa en tu futuro, Judith, —comenzó la madre un día—. Estás abandonando a toda tu nación. Toda la ciudad te ve como una apóstata. ¡Ten misericordia de nosotros! ¿No sabes lo que tu padre y tu madre están sufriendo por culpa tuya? Tus hermanas también, que están en la edad en que deberían disfrutar la vida, tienen que lamentar tu extraño comportamiento casi a diario. Por tu culpa son menospreciadas y tratadas con burla y desdén. Las otras noches las dos volvieron a casa llorando. Ruth dijo que no iba a salir más de la casa. Todos les preguntan dónde está Judith, y si el resto de nosotros vamos a aceptar el cristianismo. Oh Judith, ¿es posible que nuestro gran sufrimiento no te conmueve en lo más mínimo? Y mira a tu Salomón. ¿Qué es lo que has hecho con él? A cada paso se encuentra con la burla y el escarnio. Ya no vas con él a ningún lugar de diversión, y el pobre muchacho tiene que estar en casa sentado todo el tiempo. Si esto continúa por mucho tiempo, finalmente romperá el compromiso y se deshacerá de ti. ¿Quién va a querer tener una esposa que es una apóstata, una hereje?

—Querida mamá, —contestó Judith—. Por cierto que veo y comprendo todo esto. Me duele el corazón por ti, por Salomón y por mi nación. Pero mamá, ¿cómo puedo dejar a Dios y no hacer caso de sus mandamientos? Si tomara este paso ahora entonces sí sería una apóstata y mi pecado delante de El sería grande porque sería un pecado cometido con conocimiento y voluntariamente. Al hacer esto estaría cambiando lo eterno por lo temporal y lo celestial por lo terrenal. No les amo menos ahora, al contrario, les amo mucho más de lo que nunca antes lo hice, y amo a Salomón tiernamente, pero no puedo ir con él a esos lugares de diversión. Estos lugares son abominación a mi Señor, mi novio celestial, y mi deseo es ser su fiel novia, rendida a El más que a ningún otro aquí en la tierra.

Hasta este momento la señora Weinberg había oído pacientemente, pero ahora no se pudo contener más. Temblando de furia y casi ahogada gritó: —¡Hereje infiel! ¡Apóstata! Has deshonrado nuestro nombre, nuestra vieja familia. ¡Eres una mancha negra en nuestra familia y en nuestra nación! ¡Vete de aquí! ¡No te quiero ver más!

Con estas palabras se levantó y corrió de la habitación.

Luego de esta charla de la señora Weinberg con Judith, las dos familias se reunieron una noche para decidir qué hacer con ella. Más tarde decidieron invitar al rabino para que hablara con Judith. Pero esta visita tuvo como único resultado fortalecer la fe de Judith en la verdad del evangelio y en el ver el error de los líderes religiosos de los judíos, que tratan, con todo su poder, de mantener a los judíos en oscuridad e ignorancia en lo concerniente al Señor Jesucristo y su evangelio.

Un día, a eso de las once de la mañana, Judith sintió un golpe seco en su puerta. Había estado en su pieza la mayor parte del tiempo. No tenía lugar donde ir ya que sus viejos amigos le habían vuelto las espaldas y sus padres le habían prohibido ir a la iglesia donde había sido salva. Se lo habían prohibido y cuidaban que no pudiera ir. Controlaban cuidadosamente cada paso, por lo tanto ella prefería permanecer en su habitación.

Estaba haciendo encajes cuando escuchó el golpe en la puerta. Esperaba que sería alguno de sus padres o Salomón que venía una vez más a persuadirla de que se volviera al judaísmo. Qué grande fue su sorpresa al abrir la puerta y encontrar al rabino frente a ella. Inmediatamente supo cuál era su misión. Acercándole una silla comfortable, le pidió que tomara asiento.

—Hija mía, hoy he venido a preguntarte algunas cosas, —comenzó el rabino pausadamente—. Hace un

tiempo atrás me dijeron que habías sido desleal a la religión de nuestros padres, la cual nos fue dada por Dios mismo y que te habías ido tras la herejía cristiana o más bien pagana. Con todo, no podía creer que un miembro de la antigua y honorable familia Weinberg pudiera convertirse en una apóstata, hasta que lo oí de boca de tus propios padres anoche. Lo siento tanto por ti, hija mía, y ciertamente espero que pronto vuelvas al seno de la sinagoga y a tu pueblo. Tu juventud e inexperiencia han hecho que te deslizaras y cayeras del camino de la fe. Pero nosotros, la sinagoga y nuestra nación, estamos dispuestos a perdonarte tu pecado en honor a tus meritorios antepasados si te arrepientes y confiesas tu transgresión. Estaría gustoso de ayudarte a salir de esta situación desagradable. Dime abiertamente, hija mía, ¿es cierto lo que dicen de ti? si es así, ¿estás dispuesta a arrepentirte y pedir perdón por tu iniquidad y pecado? —preguntó el rabino mirando amable y paternalmente a la joven que se hallaba frente suyo.

—Oh sí, honorable rabino, estoy dispuesta a contarle todo tal como es, —replicó Judith—. En lo concerniente a la religión que Jehová nos ha dado, no he sido desleal.

El rabino asintió benignamente. Esto pareció complacerlo.

—Acerca de mi conversión al cristianismo, o como usted lo llamó, herejía pagana, debo decirle que no conozco nada de tal herejía.

—¿Pero, cómo es esto, hija mía? ¿Todo lo que he escuchado es una mentira? —interrumpió el sorprendido rabino—. ¿Es posible que todo esto no haya sido más que un engaño malicioso de tu juventud? Aún si fuera así, mi niña, estaría muy mal y no sería digno de ti.

—No, rabino, por favor escúcheme bien hasta que le haya contado todo. El asunto es así. Mucho tiempo

atrás en mi temprana niñez, oí que existía una herejía cristiana fundada por un judío cuyo nombre era “Yeshua” de Nazaret. Me enseñaron a odiar a este “Yeshua” y a sus seguidores y a llamarles *Goyim*. Mientras fui una niña, traté de hacer como se me enseñó, pensando que esto era agradable para Dios. Pero a medida que crecí y que comencé a pensar por mí misma, llegué a la conclusión de que si amaba a alguien debía saber por qué le amaba, y si debía odiar a alguien, también debía saber por qué le odiaba. ¿Estoy en lo cierto, honorable rabino? Usted es más sabio que yo y puede decirme si mi conclusión es lógica o si está equivocada.

—Estás acertada, muchacha. Piensas lógicamente, —acordó el rabino, mirándola perplejamente, sintiéndose incómodo y alarmado.

—Es por eso que decidí usar esta regla en este caso, es decir, concerniente a “Yeshua”. Me dije a mí misma, debo saber por qué tengo que odiarle y lo haré. Con este fin, comencé a estudiar la Tora y los profetas y más tarde la vida de “Yeshua” a través de los evangelios. Mediante esta lectura me convencí más y más de que El no fue un engañador, como escuché desde mi niñez, sino que era el Mesías prometido, el Hijo del Bendito, que había venido a su pueblo. O bien, el mismo Jehová que se reveló en distintas formas a Israel, tomó forma de hombre, se hizo carne y vivió aquí como Yeshua de Nazaret. Esto lo creo firmemente, querido rabino, y ruego a Dios que mis amados padres, usted, y toda nuestra nación cesen de resistirle y le acepten como el Mesías. Yo creo que tarde o temprano Israel tendrá que reconocerle. Como declara el profeta Zacarías, mirarán a aquel que traspasaron.

La expresión amable del rostro del rabino cambió visiblemente a medida que escuchaba a Judith. Primero se puso serio, luego chispas de ira relampaguearon en sus ojos. Finalmente se puso de pie de un salto

con la mirada centelleante de furia y resentimiento. Corriendo de una punta a otra de la habitación, se estiraba nerviosamente su barba gris. Era incapaz de seguir conversando. En lugar de exhortar a la joven con calma y con firmeza y probarle que estaba equivocada, perdió el dominio propio y aun los buenos modales. Comenzó a maldecir a la joven, a los cristianos y aun al Señor Jesucristo.

—Semejante persona debería ser exterminada de en medio de nuestro pueblo, —dijo el rabino a los padres de Judith al irse—. Está irreparablemente perdida. No hay esperanzas, ni hay nada que hacer. Es una lástima que las leyes paganas de nuestro país nos prohiban ejecutar nuestras propias leyes y apedrearla. Con toda seguridad es lo que se merece. Mi consejo es que la saquen de la casa y de nuestra sociedad lo más pronto posible antes de que se convierta en una trampa para muchos de nuestros judíos. Les prohíbo que tengan nada que ver con ella. Es una hereje, y nuestra sinagoga prohíbe tener cualquier tipo de comunicación con tal persona.

Judith se volvió más y más peligrosa para sus antiguos amigos judíos. A pesar de todos los obstáculos, prosiguió su camino. Cuando podía, iba a las reuniones cristianas, y utilizaba todas las oportunidades para testificar delante de los judíos. Les decía que Jesucristo era el verdadero Mesías de Israel y el Salvador del mundo.

La actitud de sus padres y de Salomón hacia ella comenzó a cambiar completamente al ver que todos sus esfuerzos por volverla a la verdad habían fracasado. Entonces se convirtieron en sus mayores enemigos y tiranos. El compromiso con Salomón fue roto. La sinagoga y los padres de ambos lo demandaron. Ahora Judith se hallaba rodeada en su propia casa por aquellos que la odiaban y detestaban. Le habían prohibido salir de la casa. Cuando venían amigos de los Wein-

berg a verles, la encerraban inmediatamente en su habitación. Los padres habían divulgado entre los judíos de la ciudad, la noticia de que Judith tenía un desequilibrio mental. Cuando las visitas preguntaban por ella o expresaban el deseo de verla, la madre les decía que frecuentemente Judith tenía ataques de ira delirante y que era extremadamente peligroso dejarla salir de su habitación o entrar a verla.

A menudo Judith escuchaba cuando su madre hablaba de ella a sus amigos cerca de su puerta diciéndoles que estaba trastornada y que era peligrosa. En tales momentos le parecía que se le partía el corazón con un dolor inexplicable. El único consuelo que encontraba en estos momentos era dirigirse a su precioso Salvador en oración. El la fortalecía y sostenía en la hora de severa prueba.

Poco tiempo después de la visita del rabino, los padres decidieron seguir su consejo y echar a Judith de la casa. Pero le iban a hablar una vez más. Por lo tanto, un día el padre y la madre fueron a persuadirla por última vez de que volviera al judaísmo. Al ver que no la conmovían las súplicas, comenzaron a amenazarla. Como todos sus esfuerzos por cambiar las convicciones de Judith fallaron, finalmente el padre encolerizado dijo: —Hemos hecho todo lo que podíamos hacer para salvarte. Deseábamos salvarte de la pérdida eterna, pero todo ha sido en vano. En lugar de abandonar esta herejía te has enredado más en ella. Y parece que esto no te basta, sino que haces todo lo posible por engatusar a tus hermanas y a todo el que encuentras para que acepten esta herejía. No puedo permitir que esto siga así. Debes elegir una de dos: o renuncias a esta terrible herejía hoy o mañana te irás de casa para siempre e irás adonde tú quieras. Tienes hasta mañana para decidir Esto . . . es . . . lo último que te decimos.

Como hemos visto, la vida de Judith se había vuelto

más y más difícil en la casa de sus padres. Pero estas últimas palabras del padre fueron un terrible golpe para ella. Tuvo una gran lucha interna cuando sus padres la dejaron sola. Vio que el abismo se hacía más profundo y más ancho. Su nación la había despreciado y separado largo tiempo atrás. Salomón la había abandonado. Pero ahora había llegado el momento más difícil de su vida. Judith nunca había pensado en tal posibilidad. A pesar de que era la consecuencia inevitable de su conversión al Señor Jesucristo, nunca había admitido la posibilidad de que sus padres la trataría de esa manera.

Ahora debía enfrentar y decidir el problema más difícil de toda su vida, e iba mucho más allá de sus fuerzas. Pero El, que prometió estar con los suyos siempre y aun hasta el fin del mundo, estaba cerca de Judith en estas horas oscuras. Ya estaba acostumbrada a buscar refugio en El, en momentos de pesar y prueba, porque tales momentos habían sido frecuentes desde su conversión. Las dificultades crecieron delante de ella como montañas. Al ser joven, frágil y al estar sola, la única forma en que pudo seguir adelante victoriosa fue con su ayuda y bajo su protección. Y así, olvidando el pasado, avanzó por fe, siguiendo las pisadas de su Señor y Dueño.

Antes de planear la respuesta que le daría a sus padres o los pasos a tomar, se arrodilló y en oración trajo su carga, demasiado pesada para ella, al Señor. Cuando la comunión con su Salvador hubo terminado y se levantó, había tomado la decisión desde ahora y para siempre. Después de esto ni siquiera el pensamiento de abandonar a su Redentor por amor a su padre, madre o cualquier otro entró en su corazón. Encomendó su futuro al Señor en oración, y sintió la seguridad de que El nunca la dejaría sin su misericordia y ayuda. El no había dicho en vano que vinieran a El todos los que estaban trabajados y cargados.

Por última vez Judith apoyó la cabeza en su cama para pasar la noche en casa de sus padres. Una profunda paz que sobrepasa todo entendimiento llenó su corazón. Ahora estaba lista y dispuesta a dejar su querido hogar para siempre.

Judith no tenía la intención de permanecer en G____, ni por un día. Sabía que sería muy duro estar tan cerca de sus seres queridos, amigos y relaciones. Por lo tanto se propuso ir a la ciudad M____. Así estaría lejos de todos los conocidos. Sabía que en M____ había una gran iglesia cristiana como la de G____ donde ella había conocido al Señor. Además, tenía la esperanza de encontrar fácilmente un trabajo con el cual ganarse la vida. Luego de tomar estas decisiones, Judith cayó en un dulce y reposado sueño.

Por la mañana, se encontró con sus padres en la mesa del desayuno. Con lágrimas les expresó su decisión de permanecer fiel a su Señor y Salvador aún cuando tuviera que irse de la casa.

—Papá, —dijo a su padre—, tú y mamá me pidieron ayer que eligiera entre mi Señor y ustedes. He orado y meditado mucho acerca de esto, y estoy dispuesta, si ustedes lo demandan, a irme de casa . . . antes que . . . — Las lágrimas le impidieron decir cualquier otra palabra. Llorando amargamente, se fue de la mesa, buscando refugio en su habitación.

—¡No hay nada que hacer! Esta gente ha corrompido totalmente a Judith, —dijo el señor Weinberg lúgubrementemente cuando Judith salió del comedor—. ¡Que se vaya! Es absolutamente imposible tenerla en casa por más tiempo.

—Sí, no hay esperanzas, —añadió la madre—. Hemos perdido a Judith. Con todo, a veces tengo esperanzas de que aún puede volver. Los otros días descubrí que aún no se la considera miembro de la iglesia cristiana. Me he enterado que antes de aceptar nuevos miembros primero los bautizan por inmersión. Según

creo Judith no se ha bautizado aún. Este hecho me alienta, ya que me da la esperanza de que vuelva. Aún no todo está perdido. Debemos hacer todo lo posible por impedir que se quede en esta ciudad. Su presencia aquí será una terrible deshonra para nosotros. Y además, estando aquí cerca de esta iglesia, será muy probable que se una a ella y entonces, por supuesto, no habrá esperanzas. Lo mejor sería que se fuera a un lugar distante. Vivir lejos del hogar le ayudará a volver a su sano juicio. Dejemos que pruebe lo que es vivir independiente.

En este momento Judith entró nuevamente. Había desahogado su angustia y ahora estaba tranquila. Luego de tomar asiento en la mesa, se volvió a sus padres: —Hace un momento les dije que estaba dispuesta a irme de casa si así lo desean, pero creo que sería muy duro para ustedes y para mí también, si me quedara en G____. Por lo tanto, pensé que sería mejor si me fuera a M____.

Tras un corto silencio, el padre dijo: —Bueno, puedes ir. Hoy trataré de sacar pasaje para M____, y te irás mañana con el tren matutino. Prepárale la ropa y todo lo que necesite para el viaje, —le dijo a su esposa—. Ahora tengo que atender mis asuntos.

Se levantó y se fue de la casa.

Luego de empacar sus cosas, Judith encontró unos pocos minutos para ir a ver a algunos de sus amigos cristianos. Quería despedirse de ellos y contarles que se iba de la ciudad. Los cristianos sabían del severo sufrimiento de Judith, y tanto en las reuniones de oración como en sus hogares, muchas oraciones ascendían al trono de la gracia. Pedían al Señor que ayudara a Judith para soportar todas las penalidades y las persecuciones, que la guardara fiel y que aliviara su sufrimiento. Por lo tanto los miembros de la iglesia recibieron las noticias de que se iba de la ciudad con mucha alegría viendo que esto era una respuesta a sus

oraciones. Ahora que se separaban de ella oraron que las bendiciones del Señor fueran sobre su vida y le desearon que todo le fuera bien. El pastor de la iglesia le había dado algunas direcciones de cristianos y además una carta de presentación para el pastor de la iglesia en M____, en la cual le pedía que aceptara a Judith como una fiel hija de Dios y que la asistiera en todo ya que era extraña en M____.

La despedida de sus padres y hermanas fue muy fría. Todos ellos la veían como una enemiga. Su madre y sus hermanas ni siquiera la acompañaron a la estación. Este trato frío y cruel de parte de sus seres queridos era como una pesada piedra sobre su corazón. Pero el Señor por amor al cual ella sufría persecución y desprecio, no permitió que dejara la ciudad abrumada por el dolor y el pesar. El le había preparado una hermosa sorpresa.

Al llegar a la estación con su padre, Judith se sorprendió de ver a todos los miembros de la iglesia reunidos en la plataforma. La hija del pastor, su anterior compañera de estudios, la saludó presentándole un hermoso bouquet de flores frescas de parte de la sociedad de jóvenes cristianos.

Esta despedida que le dieron los cristianos fue realmente conmovedora. Cada uno tenía un versículo para ella o una palabra de alegría y aliento para el camino. Únicamente su padre le dio la espalda y comenzó a hablar con unos judíos que encontró allí.

La melodía de un maravilloso himno cristiano de despedida, llenó el lugar cuando el tren comenzó a moverse. Las palabras eran más o menos así: "La hora de separación ha llegado. Ahora debemos partir. Sólo Dios y nosotros conocemos el dolor de nuestros corazones, etc.". Muchos cantaban con lágrimas en los ojos; todos sentían pesar por separarse de Judith. Todos habían aprendido a amarla tiernamente como a una verdadera hija de Dios. De todas maneras, el dolor estaba

entremezclado con gozo al pensar de qué persecuciones y sufrimientos Judith era librada ahora.

Una mezcla de gozo y profundo dolor llenaba el corazón de Judith al estar parada en la puerta abierta del vagón agitando su pañuelo a sus queridos amigos en Cristo en señal de adiós. Sentía el corazón roto al ver que su padre no tenía ni una palabra que decirle antes de partir. Parecía que ni se daba cuenta de que el tren se llevaba a su hija. Ni siquiera le dijo adiós.

Tomando velocidad, el tren se alejó rápidamente de la estación. Por largo rato, Judith permaneció cerca de la puerta abierta, mirando a la ciudad que quedaba atrás, en la cual había experimentado tantas cosas durante los últimos años. Aquí se había enamorado de Salomón y había sido tan feliz por un tiempo. Voluntariamente había abandonado este amor por amor a su Redentor y Señor, a quien le había dado su corazón. En esta ciudad había sufrido las más severas pruebas de su vida, y aquí había sentido por primera vez el odio de sus seres queridos y amigos. La prueba de su fe había sido tan difícil que el peso de la carga la habría destruído si no hubiera sido que el Señor la condujo a través de esta prueba. Aquí los más calurosos lazos de amor entre sus padres, sus amadas hermanas, su nación y ella habían sido desatados. Había renunciado a todas las cosas terrenales que tanto quería para ganar las inmortales bendiciones celestiales.

Judith había alcanzado todo esto no sin grandes luchas internas y autonegación. Únicamente su gran amor al Señor le dio coraje y fuerzas para pasar estas pruebas y continuar en el camino que había comenzado. Ahora era una exiliada, que había sido echada de su propio hogar y nación. Ante este pensamiento su corazón fue oprimido nuevamente con un severo dolor, y grandes lágrimas rodaron sobre sus pálidas mejillas. Por última vez miró a la ciudad que desaparecía, y un profundo suspiro escapó de su pecho. —¡Adiós a

todos, quizás para siempre! —pronunciaron sus labios al ir hacia su compartimiento.

Se alegró al encontrar que además de ella no había otros pasajeros, y agradeció al Señor por este momento de quietud a solas con El.

“Ahora soy peregrina y extranjera como Abraham”, pensó la joven. “Todos mis parientes y amigos quedan atrás . . . Alabanzas y gratitud sean a ti, mi Salvador, que tú, que no abandonaste a Abraham ni a ningún otro de tus hijos fieles, vienes conmigo, con tu débil e inexperta hija”.

Luego de esta corta oración Judith comenzó a cantar suavemente el himno que más amaba, en el cual se había deleitado cantándolo tanto en las reuniones con los otros cristianos, como en su habitación cuando las olas de la prueba crecían:

*Jesús, mi cruz he tomado,
Dejo todo y te sigo.
Destituída, despreciada, abandonada,
Desde ahora tú serás mi todo.*

CORO:

*Te seguiré, mi Salvador,
Tú derramaste tu sangre por mí,
Y aunque el mundo entero te abandone,
Por tu gracia te seguiré.*

*Marchitas todas mis ambiciones,
Todo lo que busqué, esperé y conocí,
Sin embargo, ¡cuán rica es mi condición!
Dios y su gloria aun míos son.*

*No importa que el mundo me desprecie y abandone;
También abandonaron a mi Salvador,
Los corazones y las miradas humanas me traiciona-
ron,*

Tú no eres falso como ellos, Señor.

*Y mientras tú sonrías sobre mi vida
Dios de sabiduría, amor y poder,
Los enemigos pueden odiarme, y los amigos
repudiarme:*

Muéstrame tu rostro y, todo brillará.

*Los hombres pueden atribularme y angustiarme
Pero esto me acercará más a tu pecho
Las duras pruebas de la vida pueden abrumarme,
Pero el cielo me traerá dulce descanso.*

Esta canción fue la oración ferviente de su corazón ansioso. Y el Señor estaba con ella, porque El ha prometido estar con todos los que le entregan sus corazones, hasta el fin del mundo. El, el Buen Pastor, cuidó de su solitaria ovejita, y bajo cualquier circunstancia podía encontrar reposo en su pecho. En los días de aflicción y persecución, había aprendido a confiar en El completamente y en todo. También encomendó su futuro desconocido en sus manos amorosas. Sabía que el primer amigo que la recibiría en esta ciudad desconocida sería El, el cual la había acompañado todo el camino desde G____, porque Dios ha garantizado que cuidará la entrada y salida de sus hijos aquí en la tierra.

La confianza de Judith en el Señor, no fue en vano. El nunca la abandonó. Ella dejó hogar, padres, hermanas y a su nación por amor de su nombre, y recibió cientos de hermanos y hermanas. Además había encontrado otra nación, el pueblo de Dios, no sólo de nombre, sino que realmente pertenecía a El y le servía de todo corazón, una nación a la cual pertenecen todos los que han aceptado al Señor Jesucristo y han sido lavados en su preciosa sangre y separados de toda tribu y nación aquí en la tierra.

Al tener varias direcciones de cristianos en M____ y

también la carta de presentación para el pastor de la iglesia evangélica de allí, al llegar Judith fue desde la estación a la casa de este último. Los miembros de la iglesia y especialmente los jóvenes hicieron todo lo posible para ayudar a Judith y hacer que su condición actual fuera lo más fácil posible. Con la ayuda de los hermanos, Judith pronto encontró empleo en una oficina de una institución de la ciudad. Su corazón estaba conmovido por el amor que encontró en los hijos de Dios en G_____ y en el nuevo lugar, por lo cual alabó al Señor. Este amor y cuidado de los cristianos fortaleció su fe grandemente e hizo que penetrara más cerca del Señor. A través de esto llegó a amar más a su pueblo, y cada día se sentía más ligada a ellos.

El Señor bendijo grandemente la vida de Judith en M_____. El la recompensó por todo lo que anteriormente había sufrido por El. Al ganar su propio sueldo, tenía independencia y podía servir al Señor sin impedimentos. Y Judith así lo hizo. Antes de que pasara mucho tiempo se hizo miembro de la sociedad de jóvenes. Cantaba en el coro. Como le gustaban los niños, pronto fue maestra de la Escuela Dominical. Frecuentemente testificaba del Señor en las reuniones de jóvenes, en el lugar donde trabajaba y en cualquier lugar donde tuviera oportunidad. Su testimonio era más efectivo a través de su vida y de sus obras. Al haber crecido en medio de la abundancia, rodeada de lujos, Judith no estaba acostumbrada a hacer trabajos físicos, sin embargo, ahora estaba especialmente dispuesta a ayudar a los débiles e incapacitados para trabajar. Junto con un grupo de muchachas cristianas, visitaba a los pobres y enfermos en sus hogares, cuidándoles cuando era necesario, limpiando las habitaciones y ayudando de cualquier forma en que podía. El ayudar a los pobres y necesitados era una fuente de gran gozo para ella como para muchos otros. Su humilde disposición para servir indujo a muchos otros miembros de

la sociedad de jóvenes a hacer lo mismo. Judith había traído consigo una nueva provisión de gozo, vigor y bendición a esta sociedad.

Llegó la primavera. Todo comenzó a florecer y crecer. Las praderas y los bosques se pusieron una vez más su hermosa vestidura, como para una boda, y estaban llenos de la alegre canción de una multitud de pájaros felices. La vida había reaparecido luego de la larga y fría muerte del invierno. Judith amaba el aire libre, y cuando iba al campo los domingos con grupos de jóvenes, disfrutaba de cada flor, de los árboles y el pasto. Su corazón se llenaba de alabanza y adoración a su Creador, que había liberado a la tierra de la helada y el hielo y que también había librado su corazón de la esclavitud de las tinieblas, del pecado y de la muerte y había vivificado su alma. Una maravillosa primavera de vida eterna y gloria había comenzado en el corazón de Judith. El hielo del pecado y de la muerte habían sido removidos para siempre.

—¡La vida, la vida ha llegado! Vida eterna, —cantaba una dulce voz en su corazón. Verdaderamente Judith tenía vida, y la tenía en abundancia, no sólo para sí, sino que llevaba vida a aquellos que estaban muertos espiritualmente.

Los domingos y días feriados le gustaba ir con otros jóvenes a los pueblos vecinos. Allí, leía con gran placer porciones del evangelio, a los que se reunían a su alrededor, la mayoría de ellos gente sencilla, sin letras. Estos campesinos sencillos e ignorantes, que no sabían mucho acerca de Cristo y de su amor, le eran muy queridos. Le daba lástima que les hubieran dado el nombre de cristianos pero que nadie les hubiera hablado de su Salvador que había muerto en la cruz para salvarles. Nunca antes había estado en contacto con la gente vulgar de Rusia, ya que siempre había vivido en la ciudad, y allí había estado asociada sólo con los judíos. Habiendo sido educada estrictamente en el espí-

ritu judío, le enseñaron a considerar a los rusos como una nación pagana opuesta a Dios, pero desde que conoció a esta gente, estaba dispuesta a consagrar toda su vida para servirles.

Recordando la charla con su abuelo, quien intentó probar que el Señor Jesucristo no era el Mesías de Israel contándole la vida de los Ortodoxos Griegos, de los Católicos Romanos y de otros cristianos nominales que vivían alrededor de ellos, Judith entendió ahora por qué estos así llamados cristianos odiaban a los judíos y por qué disputaban y peleaban entre ellos, aun teniendo guerras políticas y religiosas. Comprendió ahora que la mayoría de estos "cristianos" llevan el nombre de Cristo inconcientemente y que se oponen a Cristo como lo hicieron los judíos. Vio que estos cristianos así como los judíos no conocían ni a Cristo ni su evangelio y por lo tanto no vivían una vida de amor los unos para con los otros como Cristo nos mostró. Tanto el uno como el otro eran ignorantes en lo concerniente a Cristo Jesús y su redención, tal como ella lo había sido por muchos años. El saber esto le dio más celo por contar la historia en todo lugar donde podía.

A pesar de que la mayor parte de su trabajo era entre los rusos, aún había en su corazón un cálido amor por su propio pueblo, los hijos de Israel. Siempre que se encontraba con judíos, fuera en la oficina o en la calle o en cualquier lugar, aprovechaba la oportunidad y les hablaba de su Salvador, el Señor Jesucristo. Generalmente se encontraba con burla y enemistad. Con estos sencillos campesinos rusos era diferente. Les gustaba escuchar y estaban atentos cuando les leía o les contaba con palabras sencillas, las historias del evangelio. Muchas veces vio como una mujer u otra se enjugaba silenciosamente las lágrimas de los ojos.

En la sociedad de jóvenes, Judith era siempre la organizadora e iniciadora de los grupos que visitaban las poblaciones campestres y los pueblos para evangeli-

zar. Esperaba impacientemente los días fijados para visitar los pueblos de los alrededores de M_____.

Una noche hubo una reunión evangelística especial en la iglesia, conducida por un misionero, un judío convertido. Dio un mensaje conmovedor, y al terminar la reunión varios se levantaron y pidieron a la iglesia que los aceptara como miembros. El coraje de estos jóvenes cristianos despertó el mismo deseo en Judith.

Repetidas veces había pensado en integrarse a la iglesia. Hacía tiempo ya que había entregado su corazón a Jesucristo pero aún no se había integrado formalmente a la iglesia. Sabía que todos los cristianos la amaban como a una hermana en el Señor pero sabía también que todos ellos habían llegado a ser miembros de la iglesia a través del bautismo. Estudiando la Palabra de Dios, se había convencido de que ella también tenía que obedecer al Señor en esto. Pero hasta este día, le había faltado coraje para dar este último paso decisivo. Dos cosas eran las que detenían a Judith para hacerse miembro de la iglesia. Primero, pensaba que aún no estaba lo suficientemente establecida en su fe, y temía dar un traspie en el camino y, al pertenecer a una iglesia, causar por medio de esto, las burlas de los incrédulos y deshonorar a la iglesia; en segundo lugar el gran amor a su querida madre.

Sabía muy bien que ni bien se bautizara y se uniera formalmente a la iglesia, las relaciones con su hogar se romperían para siempre; aún mantenía correspondencia con sus seres queridos.

Al ver la determinación de sus compañeros cristianos y al estar convencida de que era la voluntad del Señor, decidió hacerlo. Para Judith era mucho más difícil tomar esta decisión que para los gentiles, porque el bautismo la separaría de su nación y de la religión de ellos. La separación interior había tenido lugar tiempo atrás, y ahora lo hacía formal y públicamente.

Poniéndose de pie, Judith dio a conocer su deseo a

la iglesia. Los cristianos recibieron su petición con gran alegría y gratitud al Señor. De esta forma, Judith cortó todas las conecciones con el pasado y se dio enteramente a la nueva vida que había hallado en el Señor Jesucristo. Estaba decidida a seguirle sin mirar atrás.

Había pasado un año desde que Judith se fuera de su casa a M____. De tanto en tanto recibía cartas de su madre y sus hermanas. Cada carta traía nuevas exhortaciones y súplicas de su madre para que volviera a la fe de sus padres, a su nación y a la casa de sus padres. Oraba diariamente pidiéndole al Señor por la conversión de sus seres queridos. Sin embargo, sus cartas revelaban cuán lejos de El se hallaban sus corazones.

Su padre había venido dos veces a M____ por razones de negocios. Había ido a ver a Judith. Pero estas visitas eran muy breves. Se mantenía siempre frío y severo. El señor Weinberg tenía mucho cuidado de no hablar o preguntar acerca de las convicciones de Judith. Por lo general le preguntaba fríamente sobre su salud y le hacía algunas preguntas más sin importancia acerca de su vida, le dejaba los saludos de su madre y hermanas y se iba, dando ligeramente alguna excusa por su apuro.

En las últimas cartas, la madre de Judith había insistido más que nunca en que fuera a su casa. Judith también sentía un gran deseo de ver a su querida madre y a sus hermanas una vez más, aunque temía encontrarse con ellas, especialmente con su madre, porque le habían dicho que cuando su padre estuvo en M____ había recogido información de los judíos de la ciudad acerca de su vida y actividad en M____, y de su actitud hacia el cristianismo. Probablemente su madre aún no sabría acerca de su bautismo y ni sabría que se había hecho miembro de la iglesia cristiana, pero sin lugar a dudas se lo preguntaría si volvía a su casa, y el pensar en las consecuencias la asustaba.

No obstante, Judith se rindió a las persistentes súplicas de su madre y al impulso de su propio corazón, y cuando le dieron un mes de vacaciones, se fue a su casa. Una mezcla de gozo y leve aprensión hicieron latir más rápido su corazón al acercarse a la casa de sus padres. Su madre y sus hermanas la recibieron con gran alegría y amor. Habían estado esperando impacientemente su llegada. Al haber vivido siempre en estrecha relación, y al estar dedicadas las unas a las otras, habían extrañado mucho a Judith luego de su partida. Además, la madre abrigaba la esperanza de que luego de la dura experiencia de estar lejos de casa y ganarse su propio sustento, Judith se habría desalentado y debilitado y ahora se rendiría fácilmente a sus peticiones de volver a la religión de ellos.

Pasaron unos pocos días felices juntos en la casa. Las dos hermanas menores estaban deseosas de contarle a Judith todo lo que había sucedido en la ciudad durante su ausencia. Ruth había terminado la escuela secundaria y se estaba preparando para estudiar medicina. Le gustaba hablar de esto con Judith y hacer planes.

—¿No sería estupendo, —le decía casi diariamente—, si tú te quedaras en M_____ y yo pudiera estudiar allí? Entonces podríamos vivir juntas en una habitación. Yo sería tan feliz.

Judith también tenía muchas cosas de interés para contarles. Pero tanto ella como Ruth y Sara tenían mucho cuidado de evitar la cuestión de sus convicciones religiosas. La madre, a pesar de que un poco distante, se mostraba amable y buena con Judith. Pero tanto ella como sus hijas menores estaban perturbadas interiormente todo el tiempo por el asunto candente de la religión de Judith. Judith nunca había mencionado nada acerca de esto en sus cartas, para no provocar a su madre más de lo necesario. Sin embargo, este asunto tan delicado se aclaró el primer domin-

go de la estadía de Judith en su casa. En este día, los negocios del señor Weinberg cerraron de acuerdo a las leyes del país, y toda la familia decidió ir al teatro. Nadie le preguntó de antemano a Judith si iría o no. Cuando llegó la hora y los demás comenzaron a vestirse, ella dijo que prefería quedarse en casa. Su padre se dio vuelta e hizo una mueca pero no dijo nada, mientras su madre se encendía con doloroso desagrado al mirar sorprendida a Judith. Esta negación de visitar el teatro era para ellos la prueba más elocuente de la posición de Judith. Vieron que el deseado cambio que tanto habían esperado no había tenido lugar. Judith había permanecido fiel a los principios que había aceptado. A partir de esta noche la relación entre Judith y sus padres cambió grandemente. Ellos se volvieron fríos y distantes.

Alrededor de tres días después, Ruth y Sara fueron a ver a Judith a su habitación luego de terminar con las tareas del día. Durante el día habían estado hablando de ella y estaban decididas a preguntarle a la misma Judith la razón por la cual había rehusado acompañarlos el domingo. Entonces pensaron que aprovecharían la oportunidad y la persuadirían a dejar sus tontas convicciones, como las llamaban entre ellas.

Judith había estado orando todo el tiempo por sus hermanas, y desde que había llegado a su casa, le pedía a Dios una oportunidad especial para hablarles del Señor Jesucristo. Temía comenzar una conversación de esta índole con ellas, sabiendo que otros habían prevenido a sus hermanas en contra de ella y que nunca la escucharían si les comenzaba a hablar acerca de sus almas.

Ahora, Judith estaba extremadamente feliz de ver a sus queridas hermanas entrar en su habitación y creyó que ésta era la oportunidad enviada por Dios. Se sentaron una a cada lado de Judith en el sofá y ella escu-

chó todo lo que tenían que preguntarle o decirle. Una vez que terminaron, comenzó a explicarles con gran amor y ternura por qué no había querido ir con ellos al teatro y que su fe en Cristo no era un tonto capricho o un error sino una profunda y seria obediencia a la voluntad de Dios.

Tomó de la mesita su amada Biblia, de la cual nunca se separaba, y comenzó a leerles una tras otra las promesas de Dios a Israel concernientes al Mesías. Les leyó también cómo el Mesías vino a esta tierra en la persona de Jesús de Nazaret y cómo los judíos lo rechazaron gritando: “No queremos que este hombre reine sobre nosotros”, y luego le crucificaron, y le clavaron en la cruz del Calvario.

Judith abrió su corazón y les contó que desde muy pequeña, a ella le habían preocupado las cosas acerca de Dios. Les mencionó que una vez había oído por casualidad una discusión que tuviera el abuelo con otros dos rabinos acerca de “Yeshua”, y como uno de los rabinos les probó que “Yeshua” era verdaderamente el Mesías de Israel. Al decir esto, miró alegremente a Ruth y le preguntó si no se acordaba de una noche en que estaban de visita en la casa del abuelo, y que ella se despertó y la vio sentada en el marco de la ventana. Ruth estaba tan absorta en lo que Judith les decía, que solamente asintió silenciosamente con la cabeza.

—Luego de esto, —continuó Judith—, el pensamiento del Mesías y el asunto de quién era este “Yeshua” nunca me abandonaron totalmente. Algunas veces me olvidaba por un tiempo, pero pronto volvía. Entonces comencé a leer cuidadosamente nuestra Biblia hebrea. Cuanto más leía, más me convencía en mi corazón de que Jesús fue verdaderamente el Mesías de Israel. Su vida terrenal está representada clara y verídica en el capítulo 53 del profeta Isaías. Aquí está

Judith abrió su Biblia y leyó el capítulo entero.

—A pesar de estar convencida de que era el Mesías, sabía muy poco acerca de El y de su vida. Sólo sabía lo que una vez me había dicho el abuelo acerca de sus sufrimientos y muerte. Supongo que ustedes también recuerdan la historia que me contó una noche mientras estábamos sentados en el balcón. Por supuesto, él me aseguró que Jesús era un engañador y que había muerto por su propia culpa. De todas maneras, el Señor al cual había estado buscando y el cual anhelaba mi alma me guió como ustedes saben a una reunión cristiana. Allí escuché por primera vez la verdad acerca del Señor Jesucristo. Allí vi y me persuadí totalmente de que El es el verdadero Mesías de Israel, el Hijo del Bendito y mi Salvador personal. Y desde aquella noche todo mi corazón pertenece a El. Ahora la meta de mi vida es ser testigo suyo, contándole a los pobres pecadores acerca de su gran amor, y para que aquellos que no le conocen y que le odian y le persiguen, lleguen a conocerle y sean felices en El.

“Oh, mis queridas Ruth y Sara, cómo deseo que ustedes también le entreguen sus corazones. Estoy orando sin cesar a mi Salvador para que tarde o temprano esto suceda.

Los ojos de Judith comenzaron a llenarse de lágrimas. Puso sus brazos alrededor de las jóvenes y abrazándolas las besó cálidamente.

“Me produce tanto dolor y tristeza saber que oculto en lo profundo de sus corazones sienten odio por mí. Lo único que me consuela es que lo hacen inconscientemente. Les han inculcado que soy una apóstata, que he abandonado a Dios, una hereje que de acuerdo a las leyes debería ser apedreada sin misericordia. Hoy es la primera oportunidad que tengo de abrirles mi corazón . . . no sé cómo recibirán mis palabras, eso queda en ustedes. Ya no son más niñas, y están capacitadas para juzgar por sí mismas. Pero tengo que hacerles una petición. No sean demasiado duras para conmigo,

por favor . . . comiencen a leer este maravilloso Libro Santo y el Señor se les revelará

—Por favor, ¡perdóname querida Judith! —interrumpió mientras echaba sus brazos alrededor del cuello de Judith con lágrimas corriendo por sus mejillas.

—Perdóname a mí también, por favor, —dijo Sara, llorando amargamente.

Durante unos momentos las tres hermanas permanecieron sentadas silenciosamente abrazándose. Todo estaba muy tranquilo. Únicamente sus sollozos rompían la quietud de la habitación

—¿Por qué nos hemos separado? —sollozó Sara inclinándose más cerca de Judith—. ¡Qué cruel ha sido la gente al sembrar disensión y odio entre nosotras!

—Nuestra querida Judith, nosotras no sabíamos nada de lo que nos has contado esta noche. A nosotras dos nunca nos interesaron los asuntos de religión o de Dios. Pero ahora sé una cosa, —dijo Ruth con determinación—, pase lo que pase, nunca dejaré de amarte con todo mi corazón. Si había algo en mi corazón en contra tuyo, te pido una vez más que por favor me perdones, querida Judith. ¡Qué tu Dios te ayude y te bendiga!

Era cerca de la una de la madrugada cuando las hermanas de Judith la dejaron y fueron a sus habitaciones. Se fueron totalmente reconciliadas con su hermana y con la firme determinación de defender a Judith donde quiera que fuera necesario, de los ataques de otra gente.

Cuando estuvo sola nuevamente, Judith levantó su corazón al Señor en una ferviente oración, alabándole por darle esta maravillosa oportunidad de hablar de El a sus hermanas. El había contestado sus oraciones y le había dado lo que ella había anhelado y pedido. La hacía muy feliz saber que sus hermanas la amaban nuevamente y que ya no la odiaban, y que ahora se-

rían sus amigas como lo habían sido anteriormente.

—¡Oh, cuán misericordioso eres tú, y tu amorosa bondad es maravillosa, mi bendito Redentor! Tú siempre me has protegido bajo la sombra de tus alas y me has ayudado en mi debilidad. Por favor, salva a mis padres y a mis hermanas también, y permite que ellos se conviertan en verdaderos discípulos tuyos. Révelate en tu amor y gloria a ellos como lo hiciste conmigo. Deja que te miren a ti a quien traspasaron. Alabanza, honor y gloria sean a ti por todo lo que has hecho por mí, mi Señor y mi Dios—. Esta fue la fervorosa oración de Judith antes de retirarse a dormir.

Pasaron dos días sin nuevos acontecimientos. La señora Weinberg y Ruth estaban sentadas en la sala. El resto de los miembros de la familia no se encontraban en casa. Judith había ido a la reunión de oración de los cristianos. Las dos que quedaban en casa estaban envueltas en una conversación muy seria.

—¿No querrás seguir los pasos de tu preciosa hermana? —preguntó burlescamente la madre luego de una pequeña y pesada pausa, mirando a su hija con ojos enojados.

—No mamá, —replicó mansamente Ruth—, pero me parece que es muy injusto e inhumano que tratemos a Judith como lo hemos hecho hasta ahora, por la única razón de que cree de forma un poco diferente a la nuestra en Dios.

—¡Eso no es verdad! Ella se ha apartado de Dios y cree en un engañador, —replicó mordazmente la madre en forma cortante, muy provocada por las palabras de su hija.

—No querida mamá, a los ojos de Judith, “Yeshua” no es un engañador sino el Mesías de los judíos. Está profundamente convencida de que esto es verdad. Y en caso de que estuviera equivocada, dejemos que Dios la castigue por esto. ¿Por qué tenemos que perseguirla tan sin misericordia? Y para ser honestos, ¿ha

empeorado desde que es cristiana? Exactamente lo contrario, se ha vuelto mejor. En realidad, es un ángel. Todos nosotros la odiamos y la perseguimos y ella lo soporta mansamente, nos perdona, y continúa amándonos cálida y tiernamente.

Esto fue demasiado para la agraviada madre. Estaba tan excitada que no se pudo contener más. Mirando con furia a la joven, gritó con toda su voz: —¿Qué es lo que ha sucedido con ustedes? Ayer escuché la misma historia por boca de Sara, y hoy vienes tú, como si se hubieran puesto de acuerdo. ¿Es que esta hereje ya ha triunfado en pervertirlas a ustedes también? Oh, ¿por qué la habré dejado volver a casa?

—Judith no nos ha pervertido. Hace unos dos o tres días atrás, Sara y yo tuvimos una pequeña conversación con Judith, y vimos que no hay razón por la cual debamos odiar a nuestra hermana sino por el contrario, todos deberíamos amarla sinceramente ya que ella nos ama tiernamente.

—¡Oh, Adonai, Dios! ¡Ahora ha corrompido a estas dos también! —se lamentó la madre con lágrimas—. ¿Por qué lo habré hecho? . . . ¿Por qué le habré permitido volver a casa? . . . Oh, Ruth ¿es posible que la hayas escuchado? ¿Y que creas lo que te dijo? . . . Esta es la razón por la cual Sara habló ayer en la forma en que lo hizo, y por la cual tratan de defenderla y justificarla.

—Buenas noches, —saludó el señor Weinberg entrando—. ¿De qué están hablando tan fuerte? ¿Qué te pasa Raquel? —se volvió a su esposa—. Pareciera que estás muy excitada y turbada. ¿Qué ha pasado aquí?

Ruth estaba pálida y asustada. La aterrizzaba el resultado de la charla con su madre y la inesperada llegada del padre en este momento desagradable. Había tenido la esperanza de razonar con su madre pero había fracasado.

Luego de la conversación con Judith las dos jóvenes

habían decidido en sus corazones hablar con su madre acerca de Judith pero malograron todo al no comentar entre ellas sus intenciones. Por lo tanto, deseosas de ayudar a Judith, habían desatado inconcientemente esta terrible tormenta en el corazón de su madre. A Ruth le dolía mucho el ver que a través de esta conversación sólo había dañado a Judith. Se sentía abrumada y se sentó muy quieta con la cabeza inclinada.

—¿Qué es lo que me pasa? —sollozó la señora Weinberg—. ¡Nuestra familia entera está pereciendo! ¿Qué he hecho?. . . . Oh, ¿qué he hecho?

—Bueno, ¿qué ha pasado? —el señor Weinberg comenzaba a perder la paciencia.

—¡Oh, David! Hay una maldición revoloteando sobre esta casa. Imagínate, esta apóstata ha usado el tiempo en que ha estado aquí para sembrar la semilla de la herejía en los corazones de sus hermanas. Ayer fue Sara y hoy viene Ruth y trata de vindicarla delante mío. Descubrí que se las ingenió para hablar con ellas. Todo el tiempo tuve la esperanza de que los sufrimientos y la separación la volverían más sobria y la traerían otra vez a sus sentidos y que así se arrepentiría y confesaría que se había descarriado, pero todo es en vano. Debemos averiguar de una vez por todas si está dispuesta a dejar esta herejía o no. Le preguntaré a ella.

—Te previne de antemano Raquel, que no debías traerla a casa. Me sospecho que ya es miembro de la iglesia cristiana. Traté de averiguar algunas cosas entre los judíos cuando estuve en M_____ la última vez. Me dijeron que es activa en la iglesia de allí y que toma parte en todo, y me supongo que esto es sólo posible para los miembros . . . Bueno, ahora debes soportar las consecuencias de tu obstinada voluntad. Tú la has invitado, y ahora debes ver cómo enderezar las cosas y cómo deshacerte de ella. Esto me tiene cansado y enfermo. En lo que a mí concierne, la miro como

un extraño, porque nuestra Judith está muerta para mí; murió largo tiempo atrás.

—David, ¿es posible que nuestra Judith se haya unido a los cristianos para siempre? . . . ¿Está todo perdido y nuestras esperanzas son todas en vano?

—No lo sé, —dijo su marido, encogiendo los hombros—. Solamente he expresado mis opiniones y sospechas, pero ahora dejémoslo y más tarde preguntémosle a ella. Ahora dime qué es lo que les reprochas a Ruth y a Sara. ¿Qué me dices tú de las cosas que tu madre ha dicho? —preguntó el padre volviéndose a Ruth.

Levantando su cabeza con un suspiro y mirando a su padre, Ruth respondió:

—No sé qué decir, papá. Sólo sé una cosa, que Judith no nos ha corrompido. El otro día Sara y yo fuimos a su habitación y tuvimos una pequeña conversación con ella y descubrimos que no existe la más mínima razón por la cual debemos odiarla. Por lo tanto, pensamos hablar con mamá con respecto a esto. Esto es todo lo que sé y puedo decirte.

Por un lado tienes razón mi niña, —acordó el padre—. Judith no nos ha hecho ningún daño a nosotros por el cual debemos odiarla. Por el otro lado ha hecho mucho daño en contra de la religión de nuestros padres y en contra de nuestra honorable línea de antepasados que han sido los portadores de la religión que Jehová nos dio por muchos siglos. ¡Cuántos valientes guerreros de la fe ha producido nuestra notable familia en tiempos pasados! Y en la línea de semejante familia ahora ha venido una apóstata que ha abandonado la religión por la cual sus antepasados estaban dispuestos a derramar hasta la última gota de su sangre. Ella es una deshonra para nuestra familia. ¿Cómo podemos continuar amando a Judith? Nuestra religión demanda que apedreemos a una persona como ella. Debemos odiar a todos los *Goyim*, pero si alguno de

nuestro pueblo se convierte en *Goyim*, no sólo debemos odiarle sino que es nuestro deber exterminarlo. Es verdad que las leyes de la tierra en la que vivimos actualmente no nos permite apedrearla, pero nadie puede impedirnos que la echemos de nuestra casa y de nuestra sociedad, y es nuestro santo deber hacerlo. No debemos tener nada que ver con Judith en lo futuro. Me encontré con nuestro honorable rabino los otros días. Había oído que Judith estaba en casa y por lo tanto me preguntó acerca de sus convicciones religiosas. Quería saber por qué la habíamos traído a casa. Por supuesto, le dije que no sabía nada seguro con respecto a su posición. De todas maneras, si persiste en esta herejía y además trata de arrastrar a otros, entonces por supuesto debemos quitarla de en medio nuestro sin dudarle. Y debemos hacerlo pronto. A propósito, ¿adónde está Judith? Que venga y que nos dé una explicación inmediatamente—. Las últimas palabras se las dijo a su esposa.

—¿Adónde está? . . . Seguramente con sus queridos amigos, los *Goyim*, —se mofó ésta última—. Su nación y su familia no representan nada para ella.

Eran casi las once cuando Judith regresó a casa de la reunión. Allí había encontrado aliento y alegría en la comunión con los hijos de Dios. Les contó acerca de su vida y de las muchas bendiciones y de la maravillosa ayuda del Señor que había experimentado desde que partió de G____. Les dio también la alegre noticia de que se había bautizado y que había sido aceptada como miembro de la iglesia. Toda la asamblea se unió en ferviente oración, alabando y adorando al Señor por todo lo que había hecho por Judith y pidiéndole que la guiara y condujera en el futuro como lo había hecho en el pasado.

Los padres de Judith acordaron no esperarla hasta tarde sino que les diera la explicación final el día siguiente. Esto fue lo que hizo. Esta fue la última con-

versación con sus padres. Nunca más los volvió a ver. Quiera Dios otorgarles un encuentro al cruzar el río.

La noche siguiente el señor Weinberg terminó con sus negocios más temprano que de costumbre y fue derecho a su casa. Pronto la familia se reunió alrededor de la mesa de la cena. La atmósfera estaba cargada, y no se inició ninguna conversación. Los padres estaban serios y lúgubres, especialmente la madre, que estaba extremadamente nerviosa. Durante todo el día había evadido a Judith. Las dos menores estaban tristes y deprimidas. Las oprimía el pensamiento del fracaso de su buena intención. Además sabían que a Judith le esperaba una terrible hora después de la cena cuando los padres le demandarían una explicación y una respuesta final. Temían el desenlace.

Judith se había sentido intranquila desde la mañana. Le dolía el corazón con un pesar desconocido. A pesar de que no sabía nada de lo que había sucedido el día anterior, ni lo que le esperaba al finalizar el día, se había sentido miserable todo el día. En la mesa, estaba tranquila y su carita se mostraba muy sobria. La expresión de las caras del resto de la familia le hacían sospechar que algo andaba mal. Su corazón se estremeció involuntariamente.

Cuando la comida hubo terminado, les pidieron a las menores que se ocuparan de limpiar la mesa. Mirando por un momento seriamente a Judith, su padre le dijo que fuera con su madre a su oficina. Luego de entrar, cerró cuidadosamente la puerta tras de sí y le dijo a Judith que tomara asiento en la silla opuesta a la suya. Luego de un momento de nefasta quietud se volvió a ella.

—Por largo tiempo hemos tratado de ayudarte a volver a la fe de nuestros padres, Judith, pero sin efecto. La última y definitiva medida que probamos fue enviarte lejos de casa. Tu madre tenía la esperanza de que esto te haría más sobria y que disiparía tus ideas

equivocadas. Ahora has venido a casa por un tiempo. Queríamos verte. Tu madre y tus hermanas no podían soportar más la separación. Mamá nunca abandonó la esperanza de que finalmente volverías a nuestro medio nuevamente. Sin embargo, nos hemos engañado, ya que en lugar de arrepentirte y confesar tu falta, has comenzado a influenciar perniciosamente a tus hermanas. Ahora es tu última oportunidad. Te preguntamos por última vez, ¿volverás a nosotros, a Dios y a tu nación? O mejor dicho, ¿hay posibilidad de que seas restaurada o ya te has unido a su iglesia? Sé que antes de aceptar a alguien lo bautizan primero. ¿Te has bautizado? Nosotros, tus padres, necesitamos saber estas cosas. Debes ser honesta y abierta y decirnos toda la verdad. Estamos aquí esta noche para escucharte.

La pausa que siguió fue inolvidable. La señora Weinberg temblaba con agitación. Sostenía fuertemente la mano de su marido entre las suyas. Los ojos de Judith estaban alzados hacia arriba de donde esperaba el socorro para este momento crucial. En una corta y silenciosa oración envió su clamor al Señor. Finalmente volvió el rostro hacia sus padres y comenzó con voz suave pero firme:

—¿Volver al Dios de mis padres? Queridos papá y mamá, hace tiempo atrás que he vuelto a El. Creo en El y le sirvo de la mejor manera que conozco.

Una oscura nube de desagrado y de burla torció la cara de David Weinberg, pero conservó la paz, no queriendo interrumpir a su hija.

—En lo que respecta a mis hermanas, nunca he intentado alejarlas de Dios o guiarlas hacia una herejía. Solamente les dije que mi deseo es servir a mi Señor todos los días de mi vida y que es terriblemente duro para mí que por esta causa aquellos a quienes más amo me odien y me desprecien. La gente de la iglesia a la cual pertenezco no son ni paganos ni *Goyim* como

les llaman, sino que son verdaderos adoradores y siervos del bendito Jehová, el cual vino y tomó la forma de hombre y murió como el inocente Cordero de Dios por los pecados de Israel y por la iniquidad de todo el mundo. Con respecto al bautismo, sólo puedo decir que estoy dispuesta a hacer su voluntad en todas partes y en todo. Y como El dijo: "El que creyere y fuere bautizado será salvo, más el que no creyere será condenado". Como soy su sierva, le obedezco, y por lo tanto lo he hecho de acuerdo a su santo mandamiento. Creo que El es el Hijo de Dios y mi Salvador; por lo tanto me he bautizado en su nombre.

—¡Oh, Adonai, Dios! —exclamó la madre, retorciéndose nerviosamente las manos—. ¡Oh, lo que debo oír de mi propia hija! ¿Por qué te habré dado a luz? —y repentinamente—, ¡Te estrangularé en este mismo momento con mis propias manos!

Diciendo esto, la furiosa madre se acercó enloquecidamente hacia Judith. Su rostro estaba pálido y deformado por la ira. Inmediatamente el señor Weinberg la alcanzó. Tomando sus dos manos, permaneció entre la madre y la hija.

—¡Maldita seas! ¡Te maldigo con la maldición de una madre, y no descansaré hasta que te vea muerta a mis pies!— Un desgarrador alarido traspasó el aire y cayó inconsciente al suelo.

Judith, a pesar de estar aterrada y con el corazón deshecho se arrojó sobre su madre, pero antes de que pudiera tocarla, su padre la frenó rudamente. Empujándola hacia un costado, y señalándole la puerta, rugió con voz ronca: Véte. ¡No te atrevas a tocarla! ¡No tienes derecho a acercarte a ella! ¡Véte! ¡No te atrevas a aparecerte nunca más ante nuestra vista! ¡No hay más lugar para ti en nuestra casa!

Levantó a su esposa y la puso sobre el sofá. Luego se dirigió hacia la puerta, la abrió de par en par y arrojó fuera a su hija, la cual estaba aún parada en el mismo

lugar pasmada, con su rostro pálido y sus angustiados ojos abiertos.

Casi inconsciente, como en una pesadilla, Judith llegó a su habitación y se postró delante de su cama. La terrible apariencia de su madre la había hechizado y las chocantes palabras de su maldición aún sonaban en sus oídos.

Repentinamente se abrió la puerta, y al levantar los ojos, Judith vio a Ruth y Sara en el umbral, ambas llorando. Judith se levantó y se sentó en el borde de la cama. Las jóvenes paradas en la puerta se veían muy angustiadas, y finalmente Ruth dijo sollozando: —Papá nos envió a decirte que debes dejar nuestra casa inmediatamente. No quiere que mamá te vea más.

—¿Dejar la casa? —repitió Judith aturdida—. Ah, sí, ¡estoy maldita! Mi querida madre me ha maldecido, —esto lo dijo pausadamente como para sí misma.

—¿Tengo que irme ahora mismo?

—Sí, papá lo demanda, —tartamudaron sus hermanas.

—¡Oh, mi Dios, no me abandones ahora! —jadeó Judith en la angustia de su corazón—. ¡Fortaléceme, Señor! No sé qué hacer . . . Tengo que irme . . . Soy maldita . . . —susurraron sus pálidos labios.

—Ah, ustedes están esperando que me vaya, ¿no? —Judith se volvió a sus hermanas, que aún estaban inmóviles en el umbral de la puerta mirándola.

—Bueno, me iré.

Judith se levantó rápidamente y se vistió. De todas las cosas que había en su habitación tomó de la mesita sólo su amada Biblia. Se acercó a sus hermanas para besarlas como despedida, pero ambas se echaron atrás al acercarse ella.

—Me olvidaba que estoy maldita. ¡No me pueden tocar! ¡Entonces, adiós! El Señor bendiga a papá, a mamá y a ustedes . . .

Judith se dirigió tambaleándose hacia la puerta principal como en un sueño. Los sollozos de Ruth y Sara la hicieron volverse y mirarlas una vez más. Fue la última vez. Luego se encontró en la calle.

Era una noche fría de la temprana primavera. Durante el día la nieve se había comenzado a derretir, pero a la noche aún helaba. Una brisa fría sopló sobre el rostro de Judith. Durante unos minutos permaneció cerca de la puerta como si estuviera paralizada. Por último se dio vuelta y caminó lentamente calle abajo. Las calles estaban brillantemente iluminadas, y multitudes de gente iban y venían conversando alegremente. Entre ellos había un gran número de judíos jóvenes, viejos amigos y conocidos. Todos sabían que Judith estaba de visita, pero todos la despreciaron. Ninguno de ellos la saludó o le dijo una palabra al cruzarse con ella. Le volvían el rostro como si ni siquiera se dieran cuenta de su presencia.

Pasando a través de las iluminadas calles de la parte central de la ciudad, Judith llegó al sector pobre de los suburbios, que estaba oscuro y desierto. De repente paró abruptamente como despertándose de un sueño. El silencio de la noche la rodeaba. La gente trabajadora que vivía aquí se había retirado a dormir. Todo estaba oscuro excepto las pequeñas luces que se escabullían tímidamente a través de unas pocas ventanas.

—¿Qué me ha sucedido? ¿Adónde voy? —preguntó en voz baja. Como un relámpago apareció ante ella nuevamente toda la trágica noche.

—¡Me maldijeron, me vituperaron y me echaron!

Judith alzó sus ojos llenos de lágrimas al cielo con su multitud de parpadeantes y brillantes estrellas.

—Mírame desde las alturas de tu trono, Señor mío. Toma a tu débil y solitaria hija de la mano y ayúdame en este momento oscuro. ¡Tú sabes que estoy completamente sola en este mundo! ¡Quédate conmigo!

Esta corta comunión con el Señor baja la capa de

cielo estrellado, la tranquilizó de tal forma que ahora pudo pensar con calma.

“Es de noche así que no habrá tren hasta mañana. Además no tengo dinero ni nada. Todo lo que tenía ha quedado en casa, de la cual me han desterrado. Nunca más puedo volver. Lo mejor que puedo hacer en esta circunstancia es ir a la casa del pastor. Mi Señor no me dejará. El me mostrará el próximo paso a tomar”, fue la conclusión a la que llegó Judith.

Cuando Judith llamó a la puerta, el mismo pastor abrió. Se sorprendió grandemente de ver a Judith ante él a tan altas horas de la noche. Pasó al lado suyo silenciosamente, y sin esperar que le ofrecieran tomar asiento cayó sobre una silla cerca de la pared, derribándose bajo el terrible esfuerzo de la batalla que había estado peleando en su corazón durante las últimas horas. Judith había tenido siempre mucho cuidado de que los demás no vieran las lágrimas que derramaba bajo la carga de sufrimiento y persecución, pero ahora el dolor era muy grande. No era capaz de ocultarlo y soportarlo sola. Un sollozo incontrolable sacudió convulsivamente todo su cuerpo.

El ministro, su esposa y su hija permanecieron sentados silenciosamente por un largo rato mirando con lágrimas de cálida compasión a la acongojada joven. Sentían que le había sucedido algo muy serio a Judith, porque sabían con cuanto coraje y valor había soportado las pruebas anteriores. Nunca nadie la había visto llorar o quejarse. Su inesperada aparición tan tarde, hablaba también de una experiencia crucial.

Cuando el primer severo momento hubo pasado y Judith se tranquilizó un poco, sintió un par de tiernos brazos amorosos alrededor de su cuello. Levantó sus cargados e hinchados ojos. Allí estaba Elizabeth, su compañera de escuela, cerca suyo. Ella era la joven en la cual Judith había visto por primera vez la luz de la

verdad del evangelio. Elizabeth estaba mirándola con sus hermosos, dulces ojos de un azul profundo, que estaban llenos de lágrimas de amorosa compasión.

—La paz sea contigo, mi querida Judith, —dijo suavemente, dando un beso a su amiga. Las jóvenes que a través de la sangre y el amor de Jesucristo habían sido hechas hermanas, permanecieron unos instantes abrazadas silenciosamente. Luego de que Judith se hubo recuperado y cuando tuvo suficiente calma, les contó a sus amigos lo que había vivido en las últimas horas.

Tomando su Nuevo Testamento de la mesa, el siervo de Dios comenzó a leer acerca de los sufrimientos y de la muerte del Señor Jesucristo, comenzando desde la entrada triunfal a Jerusalén.

—Querida hermana, —le dijo a Judith cuando hubo terminado de leer—, mira lo que tuvo que soportar nuestro Creador de sus propias criaturas. Cuando le crucificaron, oró por los que le atormentaban diciendo, “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Nosotros somos sus discípulos, y debemos andar por el mismo camino hacia nuestra gran meta. En este camino nosotros también tenemos que pasar el Getsemaní y el Calvario. Hoy has llegado al Getsemaní. Tu alma está triste aun hasta la muerte. Pero no temas. El te fortalecerá y te sostendrá. A lo mejor, en el futuro también tendrás que atravesar el Gólgota. El estará allí contigo. El nunca abandona a los suyos. El ha ido por este camino antes que nosotros. Que nunca saquemos nuestros ojos de El, que fue adelante nuestro y que nos amó hasta la muerte, y hasta la muerte de cruz. En esta hora seguiremos su noble y santo ejemplo. No permitamos que el dolor abrume nuestro corazón de tal manera que nos durmamos a causa de la tristeza, como hicieron los discípulos en Getsemaní. Oremos ahora, y El estará con nosotros y nos ayudará a soportar todo victoriosamente.

Sinceras y fervientes oraciones subieron de los corazones oprimidos hacia el trono de la gracia. Grandemente fortalecida por el Señor y por las compasivas oraciones de sus santos, Judith se sintió reconfortada. El sello de paz estaba otra vez sobre su atractivo semblante que parecía transfigurado por la presencia de Cristo.

La mañana siguiente Judith tomó el tren que iba hacia M____. Amablemente, los cristianos le habían provisto de dinero y de las cosas más necesarias para el viaje. Muchos deseos de bendiciones la acompañaron. Esta fue la última mañana que pasó en esta ciudad. Se estaba alejando rápidamente del lugar donde quedaban atrás sus queridos padres, sus hermanas, Salomón y la querida congregación de Dios. Dejaba, para nunca más volver a ver, el lugar donde encontró por primera vez a su Salvador, y donde le dio su joven corazón, donde soportó la prueba más dura de su vida permaneciendo fiel y leal a su Dios. Por cierto, esta ciudad había sido el Getsemaní para ella, y había salido victoriosa.

Una vez más pasó ante ella la escena de la estación. Muchos de los amigos cristianos habían estado allí, y le había conmovido ver tantas lágrimas de amor y compasión. Aún les oía decir: —¡Adiós, querida Judith! ¡Adiós querida hermana en el Señor! ¿Te volveremos a ver aquí en la tierra? O quizás será allí, en nuestro hogar, cuando estemos con el Señor para siempre.

V

DEDICADA AL SEÑOR

Conoce al misionero—Decide dedicar su vida al servicio—El trabajo y sus privaciones—La enfermedad

La iglesia evangélica de M_____ había experimentado un glorioso avivamiento. Hacía más o menos una semana que había llegado un evangelista de otra parte de Rusia. A través de sus conmovedores mensajes, llenos de amor y de inspiración, el Espíritu Santo tocó los corazones de los más toscos y duros pecadores despertándoles a una nueva vida en Cristo Jesús. Muchos se arrepintieron y encontraron perdón y paz. Los cristianos fueron movidos a un nuevo amor y un mayor celo por trabajar para el Señor, para que El les usara como medio para volver al redil a aquellos que aún estaban muertos en pecado y lejos del Pastor. Para muchos, estos fueron días de limpieza y santificación. En la última noche antes de su partida, el evangelista dio un mensaje exclusivamente para los cristianos.

—Abran los ojos y miren a su alrededor, —dijo al terminar—. Por muchos años todo nuestro país ha estado saturado con la sangre de nuestros hermanos. Cada día lleva a cientos de almas que no han sido sal-

vas a la tumba sin Cristo y al sufrimiento eterno.

“Nuestra tierra es como un volcán en erupción o un mar furioso, cuyo oleaje ruge y se precipita como un tigre furioso y nada lo puede calmar. Miren y vean la multitud de marinos que perecen en las olas. Escuchen los pedidos desesperados de ayuda que nos llegan de este mar de humanidad. El S.O.S. llega desde cada ciudad, desde cada pueblo y desde cada hogar abarcando desde las costas del Mar Artico hasta los cantantes Colchis*. ¿Quién extenderá una mano fraternal a éstos que perecen? ¿Quién oirá y responderá a su clamor? ¿No hay nadie allí? Hoy en día parece que todos están armados en contra los unos de los otros.

“Nosotros los cristianos ¿no seguiremos el ejemplo de nuestro Señor y Dueño? ¿No nos olvidaremos de nosotros mismos y nos lanzaremos a los amenazantes elementos de la venganza y la lucha humana para salvar almas inmortales de las garras del pecado y de Satanás aún cuando esto costara nuestras propias vidas?

“La vida de nuestro bendito Señor y Salvador fue la más preciosa, no sólo aquí en la tierra sino en todo el universo, y El la entregó para nuestra salvación. ¿Estimaremos entonces demasiado preciosas nuestras vidas? ¿No la daremos gustosos para que otros sean salvos? Es cierto que aquellos que están entrados en años no pueden salir y afrontar las privaciones y penalidades, ni tampoco aquéllos que tienen familias. El deber de ellos es ayudar con sus oraciones y cuidar que sus hijos crezcan en el temor y en el conocimiento de Dios y que tengan el pan de cada día. Pero ¿qué de ustedes, mis hermanos y hermanas jóvenes? Ustedes son jóvenes y están llenos de vida y energía. No hay obstáculos en su camino. Son libres. ¡Las almas perecen, van a la condenación eterna! ¡El Señor está llamando! ¿Quién irá “¿A quién enviaré?” dice el Señor.

* Transcaucasia

“Esta noche El les está hablando a través mío. ¿Quién estará dispuesto a unirse a nosotros, un pequeño grupo, e ir de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, de casa en casa, para predicar el evangelio y buscar a los perdidos? Por supuesto este trabajo no es para los cobardes y medrosos. Demanda coraje y perseverancia, porque en nuestro camino encontramos hambre, cansancio debido a las largas caminatas, persecución y quizás aun la muerte. Como he experimentado gran cantidad de privaciones, sé lo que significa, les advierto a todos los que piensen o deseen salir al campo que primero deben considerarlo seriamente y orar. No comiencen y luego del primer intento se vuelvan atrás. Pero a todos los que tienen un corazón firme y fuerte, el Señor tiene una palabra para decirles: “¡Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida!” Entonces ahora, ¿quién está dispuesto? ¿Quién irá?”

El último llamado murió lentamente entre los abatidos bancos de la iglesia. Reinaba una quietud solemne. El ministro de Cristo miraba a la audiencia mientras oraba.

Muchos de los corazones presentes pertenecían al Señor. Un buen número eran miembros activos de la iglesia que estaban deseosos de glorificar a su Dueño. Pero parecía que responder a una apelación como ésta era muy difícil para muchos de ellos. El terrible fuego de la guerra civil había estado bramando en la tierra durante años. En muchos lugares el hambre era general y sin coto. Varias enfermedades epidémicas, resultado inevitable de la guerra y del hambre, atacaban las vidas de cientos de personas. Por lo tanto las vidas y las posesiones de la gente estaban muy inseguras a causa de los soldados y de las enfermedades. Nadie se sentía a salvo en su propio hogar. En este momento ir de un lugar a otro predicando el evangelio era más que peligroso. La audiencia de este abnegado y devoto siervo de Cristo se daba cuenta de esto.

—¡Estoy dispuesta a responder al llamado del Señor! —dijo una voz suave pero firme desde uno de los asientos de atrás. Inmediatamente todos se dieron vuelta para ver quién había respondido así al llamado. Era una muchacha joven y frágil con grandes, hermosos y pensativos ojos oscuros.

—Dedico toda mi vida a El. A pesar de que no soy fuerte ni apropiada para este trabajo, sé que El puede trabajar a través mío. No tengo experiencia en el trabajo para el Señor, pero le amo realmente y amo a aquéllos por los cuales El dio su vida.

—¡Judith! —corrió el murmullo a través de toda la iglesia.

Sí, era Judith. Al volver a M_____ luego de la dolorosa separación de su hogar y de sus padres, Judith continuó trabajando para ganar su sustento. Pero cada minuto libre que tenía lo dedicaba al servicio de amor. El placer más grande para ella era visitar a los enfermos y cuidarlos. Confortaba a los angustiados y ayudaba a los necesitados que la rodeaban. Los domingos y los días feriados iba como antes a los pueblos, adonde esparcía gozo y luz contando a la gente la sencilla historia de salvación y ayudando a la gente en sus necesidades espirituales y físicas.

A pesar de que este era un santo ministerio, Judith anhelaba una posibilidad mayor de servicio y que ocupara todo su tiempo. Luego de conocer a la simple e inculta gente campesina de Rusia que sabían muy poco acerca del bendito Salvador de los hombres a pesar de que le llamaban con su nombre, les había abrazado de todo corazón con su rico amor. Muchas veces había pensado en dejar el empleo, que la limitaba, y confiando que el Señor supliría todas sus necesidades, ir a vivir entre esta gente para guiarlos a Cristo. Pero hasta este momento lo había descartado porque no estaba segura si el Señor quería que lo hiciera y si le agradaría esta forma de servicio. Al oír ahora a este

hombre que decía que Dios pedía obreros, tuvo la seguridad de que había llegado el momento en que el deseo de su corazón se iba a hacer realidad.

Judith había asistido a todas las reuniones del evangelista como su fiel ayudante. Oraba por él mientras daba los mensajes, y en la sala de consultas estaba siempre ocupada hablando y orando con las almas sedientas. Sus inspiradores mensajes habían encendido en su corazón un amor más ardiente por los perdidos y un mayor celo por servir en la viña del Señor.

No vaciló ni un momento cuando oyó de la necesidad de obreros. Una alentadora voz le decía: "Ahora es el momento. Este es tu camino, Judith. Los deseos de tu alma ahora se convertirán en realidad". Por lo tanto se levantó y dijo: —Estoy lista—. Y verdaderamente estaba lista. Dios mismo había preparado su instrumento para su honor y gloria.

Al terminar la reunión, consultó con el evangelista algunos detalles, y él le dio la dirección y la fecha para reunirse con los otros misioneros. Judith estaba muy contenta y satisfecha de que el Señor la hubiera guiado tan maravillosamente. No estaba cegada por ilusiones. Sabía que el camino que había elegido no era fácil. Significaría autonegación y privaciones, pero esto no la asustaba. En lo profundo de su corazón sentía una insuperable paz y alegría. La bendita seguridad de que el Señor iba con ella era muy preciosa. Este era su camino, y ella estaba dispuesta a seguir sus pisadas.

Llegó el día de su partida. Muchos de sus amigos cristianos fueron a despedirla a la estación. Una de las jóvenes que había trabajado con Judith más que los otros, le preguntó con lágrimas: —Mi querida Judith, ¿te vas para siempre? ¿Por cuánto tiempo piensas estar en esta misión?

—Querida Jean, creo que me he dedicado al Señor y a su trabajo para toda la vida, —contestó Judith, mi-

rando pensativamente a la distancia—. Al menos ese es mi deseo.

El trabajo que comenzaba Judith era realmente muy duro. La advertencia del evangelista no había sido exagerada. Cada día traía nuevas pruebas y privaciones. Algunos días estas privaciones eran más de lo que ella esperaba. Esta vida era dura, especialmente para Judith. No estaba bien de salud ni tampoco estaba acostumbrada a ser probada tan duramente, ya que había vivido toda su vida bajo el constante cuidado de sus amorosos, prudentes y adinerados padres. Los que la rodeaban se veían obligados a pensar que no podría continuar con su trabajo por mucho tiempo. Pero el amor y la compasión por los que sufrían le traía cada día una renovada inspiración. Al no tener fuerzas propias, se apoyaba totalmente en El, quien era capaz de suplir toda su necesidad momento a momento.

El océano de miseria y desesperación que había en todas partes demandaba una creciente abnegación y una incansable labor. El gran hambre espiritual se hacía evidente en todas partes. Los hombres y las mujeres, y aun los niños, estaban cansados y agotados de la lucha, la guerra y el diario temor de morir. Estaban anhelantes y sedientos de paz y de descanso en Cristo. Muchos aceptaban el evangelio que se les predicaba con gran avidez y gratitud al Señor. En todo lugar donde los misioneros traían las nuevas de paz, los pecadores se derribaban bajo la carga del pecado y encontraban perdón, paz y vida eterna. Además del hambre espiritual, los obreros de la misión encontraban en cada pueblo mucha pobreza física y enfermedades. Estos desafortunados habían sido dejados sin ayuda médica y sin la debida atención (los doctores y los farmacéuticos habían tenido que huír para salvar sus vidas) y morían por veintenas, y a menudo familias enteras. Había casos en los cuales moría un miem-

bro de la familia atrás de otro, y a veces los muertos estaban en las casas durante semanas antes de que alguien llegara a entrar. Junto con los otros, Judith se dio enteramente a la tarea de ayudar a éstos que sufrían, sin escatimar su propia salud y fuerza en el esfuerzo de aliviar sus muchos sufrimientos.

Así transcurría la vida de Judith día tras día. El Señor le había dado este campo de trabajo, y ella cumplía su parte con gran alegría y gratitud a su Dueño.

Era un verano excepcionalmente caluroso. El aire estaba caliente como si hubiera sido caldeado, y sólo se podía respirar con dificultad. El denso y penetrante polvo de las calles llenaba las habitaciones de las pequeñas casuchas del pueblo donde había muchos enfermos. No se podía escapar del calor y del polvo.

Varios días atrás un grupo de extraños había llegado a un pueblo al sur de Rusia y se hospedaban en una de las casas de las afueras que estaba agradablemente situada en el medio de un huerto. Tres de estos extraños habían contraído tifus y estaban muy enfermos, más cerca de la muerte que de la vida. Otros dos se turnaban cuidando a los enfermos durante el día y la noche.

Era una de las calurosas noches de verano. El aire estaba sofocante y bochornoso. Era extremadamente duro para los pacientes que apenas podían respirar. Todas las ventanas estaban abiertas, pero no entraba ninguna brisa.

Cerca de la ventana que daba al huerto, había una cama donde yacía una joven. Había estado delirando por muchas horas. En una mesa cerca se hallaba sentado el "abuelo" Asin. (Así llamaban a su líder los que trabajaban con él). Observaba atentamente a la paciente que tenía en frente de él, la cual le miraba fijamente mientras señalaba a la distancia con su delgada mano blanca y hablaba muy rápidamente.

Como la paciente parecía dirigirse a él, el "abuelo"

Asin se inclinó deseoso de entender sus palabras porque la joven hablaba en hebreo antiguo. De pronto recobró la conciencia y estirando su débil y temblorosa mano a su amigo, le preguntó: —¿No entendías “abuelo”? Pensé que entendiste todo lo que dije.

Su amigo tomó su mano entre las suyas y tomándole el pulso respondió: —No, no pude entender ni una palabra. ¿Quién estaba contigo? ¿Qué era lo que te turbaba tanto, Judith? Estuviste hablando casi dos horas y todo el tiempo estabas muy excitada.

—Oh, tuve una visión tan hermosa abuelo. Tú y yo estábamos en un magnífico templo de algún lugar que estaba repleto de judíos. El sumo sacerdote estaba allí también, con sus hermosas y suntuosas ropas sacerdotales. En el centro del templo había un hombre pobremente vestido. Estaba parado allí silenciosamente. Sus ojos miraban hacia la parte este del edificio donde se hallaba la multitud de personas. No podía apartar mis ojos de El. De alguna manera sentía que debía ser el Señor Jesucristo, el Mesías de Israel, que ahora había venido a su pueblo. Tú también me dijiste que era El . . . entonces decidí testificar ante esta multitud que El me había salvado de mis pecados y que estaba dispuesto y era capaz de salvar a cualquiera.

“Comencé a contarles lo que Cristo había hecho conmigo. El permanecía todo el tiempo en el mismo lugar. Le señalé diciéndoles que El estaba allí en medio nuestro, pero evidentemente por alguna razón ellos no le podían ver. Sin embargo muchos de los que escuchaban mis palabras comenzaron a llorar y a golpearse el pecho. Mucha de la gente y aun el sumo sacerdote alzaban sus manos y clamaban por perdón, llorando y gimiendo. Estaba tan feliz por su arrepentimiento, pero tenía que esforzar mucho la voz para que me pudieran escuchar a pesar de la gran conmoción y del ruido. Eso me costó mucho.

“Y sabes abuelo, ahora me siento tan bien, tan li-

viana y aliviada, como si nunca hubiera estado enferma. ¡El Señor a quien he visto recién debe haberme sanado! ¡Oh, qué momento bendito y feliz fue ver a mi nación arrepintiéndose ante el rostro de Jehová! Me encantaría ver nuevamente la visión. Creo que nuestro bendito Salvador vendrá pronto a reunir a su pueblo de toda tierra, nación, tribu y lengua. A lo mejor me mostró el majestuoso templo que se levantará en Jerusalén en un futuro cercano”.

Su amigo la escuchó silenciosamente. Este súbito cambio en Judith, que había estado luchando contra la muerte durante los últimos días, lo confundía grandemente. Le había contado esta experiencia, hablando con su voz normal, y sus ojos le miraban alegremente. El pulso y la temperatura eran normales también. Luego de un corto silencio le dijo: —Sí, Judith, el Señor viene pronto para el mundo y para Israel, pero para ti ha venido en esta misma hora. Ha tocado tu cuerpo enfermo y te ha sanado. ¡Alabanzas y gloria sean a Dios! Agradecemosle por su amorosa bondad y misericordia y por su maravillosa ayuda!

Diciendo esto, el siervo de Cristo se arrodilló cerca de la cama y derramó su corazón en oración y alabanza por la maravillosa ayuda y amor de Dios.

—Pronto puedo comenzar a trabajar nuevamente, ¿no? —preguntó la paciente luego de que su compañero se levantó de sus rodillas.

—Con toda seguridad. Tan pronto como el Señor restablezca tus fuerzas, puedes usarlas nuevamente para la gloria del Maestro. Estaremos alegres de trabajar juntos nuevamente. Pero por el momento considero que sería mejor que te diera un profundo y buen descanso. Dejemos de hablar ahora y sé buena y trata de dormir.

A partir de este momento, Judith mejoró rápidamente. Evidentemente el Señor quería dejar a su sierva en la tierra por un tiempo más. Aún no había llega-

do la hora de ir a su hogar para estar con El para siempre. Aún había algo que tenía que hacer para que el Señor fuera glorificado a través suyo. Muchas almas estaban esperando ser llevadas a Cristo a través de su ministerio. El Señor había manifestado su poder y su amor restaurando la salud de su hija, ya que había tenido muy poca esperanza de recuperarse durante el primer período de enfermedad.

La época anterior a su enfermedad había sido de extremada actividad tanto para ella como para sus compañeros, con continuo trabajo, caminando largas distancias de un pueblo a otro, a veces veinte o treinta millas, otras veces sin comer durante todo el día, y frecuentemente bajo una lluvia torrencial; a veces bajo el ardiente calor del sol de verano. Además, cada uno tenía que llevar una carga sobre las espaldas, biblias y otros libros, las ropas y prendas interiores necesarias, y otras cosas de necesidad. La comida era muy pobre y escasa en ese entonces. Y somado a todo esto estaban las persecuciones de los enemigos del evangelio de Jesucristo, quienes inventaban toda clase de males para dañar a los misioneros. En todo lugar y en cualquier momento que podían les molestaban y les perturbaban, frecuentemente arrestándoles ilegalmente. A veces grupos enteros de estos enfurecidos antagonistas venían a una reunión para despedazar a los testigos de la verdad como los lobos despedazan a las ovejas. Lo hubieran hecho si Dios no hubiera intervenido maravillosamente como sólo El lo hace.

Poco tiempo antes de que Judith se enfermara, había estado visitando hogares. Llegó a una casa cerca de donde terminaba el pueblo adonde encontró varios niños desesperadamente enfermos. Los padres habían muerto de la misma enfermedad. Los niños estaban todos inconscientes. Yacían en el piso de barro sobre un montón de paja sucia en un rincón de la habitación. No tenían ropas, sino que estaban cubiertos con

unos pocos harapos sucios semi podridos. Todo el lugar estaba cubierto de parásitos repugnantes. No había nadie que cuidara de ellos, y estaban destinados a morir lenta pero seguramente.

A Judith y a sus compañeros les era imposible ignorar a estos pobres y desafortunados niños. A pesar de que últimamente Judith no se había sentido bien, comenzó, junto con los otros, a rescatar, si era posible, a estas vidas jóvenes de la muerte. Luego de un largo, difícil y desagradable trabajo de restregar, lavar y limpiar, los enfermos se encontraron en camas limpias, en habitaciones limpias y aireadas, con ropas sencillas pero limpias. Con unos pocos días de apropiado y amoroso cuidado los pacientes se sintieron mucho mejor, y estaban en camino a la recuperación. Pero Judith, cansada y desgastada, contrajo tifus de sus pacientes, y se debilitó bajo el peso de la enfermedad. Durante semanas enteras se vio confinada a la cama, luchando entre la vida y la muerte. Sin embargo, el amoroso Padre Celestial socorrió a su fiel hija.

Durante el tiempo de agotadora labor y durante el período de su enfermedad, Judith nunca olvidó a sus amados padres y a su nación. No había oído más acerca de ellos desde que su padre la echó de la casa. Ninguna de sus cartas había tenido respuesta. Esta era la prueba más dura para su fe. A menudo se apartaba y buscaba un lugar donde pudiera derramar ardientes lágrimas rogando a Dios por la salvación de sus padres y hermanas. A veces la carga se tornaba insoportable al pensar que su querida madre la hubiera echado con tan horrible maldición en sus labios. El pensamiento de que su madre pudiera morir súbitamente sin estar en paz con Dios y sin haberse reconciliado con ella, la torturaba. No podía pensar que su querida madre se perdiera eternamente. En estos momentos sentía un deseo casi irresistible de volver a su hogar e instar a su madre a reconciliarse con Dios a través de Cristo. Pero

ante la imposibilidad de llevarlo a cabo tenía que abandonar este pensamiento. Como no podía hacer nada por la salvación de su padre, madre y hermanas, se dirigía a menudo diligentemente al Señor en oración en favor de ellos.

Ahora había pasado la enfermedad que había privado a Judith del trabajo por muchas semanas. Tan pronto como se sintió capaz, se lanzó de lleno al bendito servicio de llevar el evangelio a aquellos que no conocían la gloriosa alegría de una vida santa en comunión con el Señor Jesucristo.

Una página arrancada de su diario que se encontró accidentalmente después que partiera hacia su hogar nos habla un poco de este tiempo:

“Lunes 1ro de setiembre de 1919. B____. ¡Alabado sea el Señor que ha restablecido mis fuerzas nuevamente y puedo hacer al menos algo para mi Señor! El viernes estuvimos en G____, el sábado en H____. El domingo a la mañana tuvimos reunión con los hermanos rusos. En la tarde estuvimos en la iglesia alemana. Más tarde volvimos a la reunión rusa. Luego tuvimos la reunión femenina. Luego de esto fuimos a la reunión de la noche. Cantamos mucho, testificamos de nuestro Señor, y oramos con la gente. El Padre Celestial se glorificó y nos bendijo abundantemente”.

Frecuentemente los campesinos que se reunían alrededor de Judith o los enfermos a los cuales cuidaba y que escuchaban su sincero y sencillo testimonio le preguntaban: —¿Cómo es que tú, una judía, nos predicas al Señor Jesucristo? Porque fueron los judíos los que crucificaron a Jesús, y aún hoy en día no le reconocen.

Judith siempre les contaba en su manera mansa, dulce y simple, cómo había encontrado a su Salvador y cómo había dedicado toda su vida para servirle porque su único deseo era vivir exclusivamente para Él.

—Pero aún eres tan joven, y tan delicada y tan dulce, —observó una anciana en una ocasión inte-

rrumpiendo a Judith, que les estaba hablando acerca del Amigo de los pecadores que dio su vida para salvarnos. Esta mujer había estado escuchando muy atentamente y lágrimas corrían por sus surcadas mejillas.

—Para nosotros los viejos ya es hora de pensar en Dios, pero tú eres tan joven. Al estar aquí sentada mirándote todo el tiempo (eres tan hermosa) no puedo dejar de pensar que eres tan distinta a otra gente.

—Querida abuela, ¿por qué no soy igual a otros? —preguntó Judith mirando a la buena anciana con centelleantes y alegres ojos.

—¿Por qué, querida? Bueno, porque otros a tu edad ni siquiera piensan en Dios. Todos tratan de divertirse y andan buscando hermosos galanes. Y tú, tú vas con tu alforja sobre tus delicados hombros de lugar en lugar contándonos acerca de nuestro Señor Dios, curando a los enfermos y ayudando a los pobres. Y ni siquiera recibes de ninguno de nosotros algún pago por tu trabajo. ¡Oh, si tan siquiera nuestro misericordioso Dios nos enviara a nosotros, gente inculta y pobre más buenos y virtuosos benefactores como tú!

Judith escuchó las palabras que salían de lo profundo del corazón sincero de esta sencilla mujer, y no pudo contener las lágrimas de compasión.

—Sí, querida abuela, —dijo luego de una breve pausa—. Tiempo atrás yo también era como los demás. Tenía en abundancia todo lo que necesitaba para mi vida. Me gustaba divertirme también. Estaba comprometida a un joven bueno, buen mozo y rico. Amaba los placeres y me divertía como los otros. Entonces un día escuché acerca de mi Señor y Salvador, y renuncié a mi anterior vida pecadora, y también a mi novio y me convertí en novia del Señor Jesucristo. Le he dado mi corazón y toda mi vida. El me ha enseñado a amar a todos y a hacer la clase de trabajo que trato de hacer entre ustedes. Con respecto a mi tarea,

El me dará una maravillosa recompensa allí en el cielo, cuando esté con El para siempre. Aquí en la tierra también. El ha hecho mucho por mí y por ustedes también. El dio su preciosa vida por ustedes. Padeció la muerte más cruel y dolorosa en la cruz. Su gran amor por nosotros, pobres pecadores, lo llevó a esto. De nosotros no demanda nada más que nuestro perverso, empecinado corazón enfermo por el pecado, para lavarlo y limpiarlo con su preciosa sangre. Si le dejamos hacer esto, luego de la muerte El nos llevará a su maravilloso y glorioso reino celestial.

—Oh, mi preciosa niña, ¡cómo deseo estar con El en su reino! Ultimamente he estado pensando mucho en esto pero sé muy bien que soy una gran pecadora llena de perversidad delante de El. ¿Cómo es posible que El lleve a una persona como yo al cielo, donde sólo hay gente santa y sin pecado? Una vez yo fui joven y hermosa como tú, pero esto ha pasado. Ahora mi cara está cubierta con estas horribles arrugas. Mi conciencia me atormenta. Me habla con fuerza de mis pecados pasados, porque mi vida en mi juventud no fue como la tuya. Nunca pensé en Dios ni en la muerte, ni en el hecho de que algún día tendría que rendir cuentas de mi vida pecadora ante el Juez justo. Me parecía que siempre sería joven, hermosa, saludable, y ahora soy una vieja ruina. Pronto llegará mi fin. ¿Y entonces qué? Toda mi vida ha pasado sin Dios. Mi corazón está manchado y negro por el pecado. Todo queda atrás. No puedo llevarme nada conmigo en este viaje que tengo delante mío. Sólo mis pecados y mi vergüenza me seguirán. El pensamiento de lo que me espera al otro lado de la tumba me asusta. Paso más de una noche cavilando acerca de este asunto. ¡Si tan sólo el bondadoso Dios tuviera misericordia de mí, gran pecadora, y perdonara mis transgresiones!

Grandes lágrimas de arrepentimiento no fingido rodaban por sus delgadas, amarillas y surcadas mejillas.

Algunas horas después, en la puerta de la casita, es-

taba parada una anciana cambiada, feliz, besando de todo corazón a Judith que se iba. La paz y la alegría iluminaban sus ojos mientras deseaba a Judith las ricas bendiciones de Dios. A través de Judith había oído por primera vez en su vida acerca del amor y del poder de Cristo Jesús para salvarnos, y había respondido a ese amor dándole su corazón negro por el pecado, y El lo limpió y purificó con su sangre expiatoria. Y paz, maravillosa paz y gozo reinaron en su corazón durante los últimos días de su vida terrenal.

—El buen Señor te ha enviado aquí como su mensajera, su ángel. El amoroso y compasivo Pastor me ha buscado a mí, su pobre oveja perdida, —dijo la anciana con gran alegría—. Ahora vas a otra gente desesperada y enferma por el pecado como estaba yo. Ve entonces; ¡ve querida, ve tú novia de Cristo! El esté contigo adondequiera que vayas. Yo no puedo servirle de la misma manera, ya que mis pies están cansados de tanto caminar en esta tierra. ¡Ahora estoy lista para entrar gozosa en su bendito Reino! La muerte no me asusta más. Por el contrario, la deseo y la espero.

Un nuevo torrente de lágrimas corrieron por sus mejillas. Estaba feliz de ser salva, pero por otro lado estaba triste de separarse de Judith.

—Adiós, querida abuela, ahora mi querida hermana en Cristo. Me tengo que ir ahora. Aún hay muchas almas que el Señor quiere salvar. ¡A lo mejor nos veamos pronto allí! —Judith había levantado su rostro lleno de alegría y señalaba hacia arriba—. El Señor esté contigo en estos últimos días, querida hermana.

Poniendo la alforja sobre sus hombros, Judith miró por última vez el rostro de su nueva amiga y partió.

Así pasaban los días de Judith en su tarea de servir. El amor de Dios y las numerosas conversiones que cambiaban las vidas tan visiblemente, inspiraban a Judith nuevamente. Su labor no era en vano ni sin fruto.

A menudo sucedía que la recibían fríamente,

muchas veces con enemistad, pero su sinceridad, sencillez y amor no fingido siempre ganaban la victoria sobre estas actitudes, y guiaba a no pocos de ellos al Calvario, donde se postraban en sincero arrepentimiento y encontraban paz, gozo, y vida eterna.

Estos casos eran un motivo especial de gozo para Judith, y la animaba grandemente el ver a aquellos que manifestaban tanta hostilidad y odio al principio, venir a Cristo Jesús y humildemente inclinarse ante El, porque esto encendía en su corazón la esperanza de que quizás sus padres también serían a su tiempo vencidos por el amor de Cristo, y ellos también doblarían sus rodillas ante El, a quien odiaban, su Mesías y Salvador.

El tiempo de prueba en que Judith estuvo seriamente enferma no había pasado sin dejar una impresión permanente sobre su vida. Se levantó de la cama cambiada. Siempre había sido vivaz y alegre, pero ahora parecía transfigurada. Parecía que hubiera estado en el Monte de la Transfiguración, donde se la había aparecido la gloria del Señor que ahora se reflejaba en toda su vida. Estaba más callada, y una extraña sombra de preocupación se cernía sobre su semblante, que antes destelleaba con alegría. Esto no era tristeza ni ansiedad por nada terrenal, como por ejemplo sus padres y amigos. Luego de su enfermedad meditaba mucho acerca de las cosas celestiales. Todo su ser parecía expresar un anhelo ferviente por las mansiones celestiales. Su alma estaba sedienta y anhelante de estar allí con El. Sus palabras y sus acciones eran más profundas y serias que antes.

Este cambio no pudo escapar de los ojos de sus compañeros, con los cuales estaba en contacto diario. Sus temas preferidos para hablar cuando caminaban largas distancias de un pueblo a otro eran la venida del Señor, el rapto de la iglesia y el encuentro con El.

—Sabes abuelo —le dijo al líder del grupo de misio-

neros en una de estas caminatas—, durante mi enfermedad he visto al Señor Jesucristo de diferentes formas y en distintos lugares. Pero siempre estaba en conexión con su segunda venida. No sé, pero me parece más y más que vendrá pronto por su iglesia. Hay veces que me parece que oiremos su voz en cualquier momento.

“Una voz interior, que muchas veces en mi vida me ha confortado, inspirado y alegrado en todas circunstancias luego de mi conversión, especialmente en momentos de persecución y prueba, me dice constantemente que esté lista para encontrarme con el Señor. Cada momento estoy esperando que El venga. Antes este mundo me era tan querido, y me interesaban tanto las cosas de esta tierra, pero últimamente las cosas terrenales me son distantes y extrañas. Estos últimos días ni siquiera he sentido la misma carga y dolor al pensar en mis queridos padres. He podido pensar en ellos con calma. ¿Usted se siente de la misma manera?”

—No Judith, —fue la respuesta del evangelista—. No siento exactamente como tú, pero yo también creo que la venida del Señor está cerca. Creo que mientras yo esté en la tierra El vendrá, y le veré cara a cara. Mi mayor deseo es vivir y hablarle a la gente de su pronta venida. Te he observado y he notado un gran cambio en ti desde que estuviste enferma. Algunas veces pienso que no estás del todo recuperada y que has comenzado a trabajar muy pronto. Las muchas privaciones y padecimientos son más de lo que tu débil cuerpo puede soportar. A veces me viene el pensamiento de enviarte a alguno de nuestros amigos cristianos para que descanses y te recuperes. Estaba pensando en esto mientras caminábamos. Estás demasiado cansada y agotada.

—Oh, no hermano, me siento bien y saludable, y los padecimientos que encontramos en nuestro camino

me resultan más livianos que antes de enfermarme. Yo no pienso en absoluto en descansar. Me haría muy infeliz si me sacara de mi trabajo aunque fuera por poco tiempo. Los pensamientos y sentimientos que le he contado no son resultado de la enfermedad o de la fatiga, sino exclusivamente de la convicción de que el Señor pronto me llevará con El.

Judith dijo las últimas palabras apenas audiblemente y levantó su rostro, radiante de alegría y anticipación, y sus pensativos ojos miraron al cielo de donde esperaba a su Señor y novio celestial.

—Si es así Judith, entonces dejemos que el Señor te conceda el estar preparada cada minuto para encontrarte con El. El tiene nuestro tiempo en sus manos. A lo mejor tu hora de partir hacia el hogar está cerca. O puede ser que la hora del rapto esté muy cerca para nosotros y para todos los santos de la tierra. Estoy seguro de que su venida está muy cercana, a pesar de que no siento lo mismo que tú. Por lo tanto, trabajemos fielmente en estos, probablemente últimos días, para que cuando venga no nos encuentre ociosos sino seriamente comprometidos en el trabajo que nos encomendó. Si alguna vez su voz ha instado a los suyos a ser vigilantes y a trabajar, con seguridad es en nuestros días.

“Vemos como la oscuridad de la noche y del pecado cubre las naciones más cada día. El desorden crece rápidamente y está inundando la tierra. El amor se está enfriando en el corazón de muchos cristianos. El pueblo de Dios en Rusia está siendo oprimido y perseguido por el gobierno. Tienen que padecer hambre, privación y el martirio por su fe en el Señor Jesucristo. En el oeste de Europa y especialmente en América, cada día se rechaza y se niega más alarmantemente al Señor Jesús, y esto es voluntariamente sin ninguna presión ni persecución.

“Las luces de la iglesia se están opacando en todas

partes. La miseria y la desesperación están creciendo y se están extendiendo en todo el mundo como monstruos amenazantes. Dios las está mandando como los últimos medios de despertar al mundo y de prevenir a su pueblo que su venida está cerca, y que el último gran juicio sobre el mundo se acerca. Crecientemente, el mundo rechaza y desprecia a Dios, al Señor Jesucristo, y sus leyes y órdenes para la vida. Y debido a que el hombre no quiere que El reine sobre sus vidas, Dios permite a los precursores del anticristo que gobiernen. Al estar cansados y desconformes con los mandamientos de Dios, el mundo consigue desorden y destrucción.

“Pero hay una cosa que alegra y conforta mi corazón en estos días, que en estas oscuras horas de juicio sobre nuestro país, tantas almas estén despertando del sueño del pecado y de la muerte y se conviertan en vivos para Dios, dándoles sus corazones y sus vidas, de tal forma que estos horribles golpes no estén azotando nuestra tierra en vano”.

VI

LA JOVEN MARTIR

*Las nubes se oscurecen—Los últimos días—
Fiel hasta la muerte*

Era avanzado el otoño. Las hojas amarillas y marrones que caían de los árboles cubrían el suelo húmedo como una alfombra de colores. La fría lluvia caía torrencialmente.

Un grupo de gente se abría paso a través de los bosques cercanos a un pueblo, evadiendo cuidadosamente los charcos de agua y de barro saltando sobre las hojas secas y las ramas que había sobre el suelo. Estaban completamente empapados por la lluvia que caía y sus ropas estaban embarradas hasta las rodillas. Las alforjas que llevaban sobre los hombros con las ropas y otras cosas necesarias, estaban mojadas y pesadas.

Al acercarse al pueblo, los forasteros se detuvieron un momento y miraron alrededor como buscando algo. Luego se volvieron y se dirigieron hacia una de las agradables casitas en la cual entraron luego de golpear a la puerta. El granjero y su esposa saludaron cordialmente a sus invitados y les ayudaron rápidamente a quitarse las ropas y zapatos mojados y pegajosos. Los viajeros estaban cansados por la larga caminata y hambrientos, pero sus rostros estaban iluminados por el gozo interior, y ni aun sus voces delataban desalien-

to o murmuración. Mientras se limpiaban lo mejor posible, les contaron a sus hospitalarios anfitriones acerca de la caminata de diez o doce millas a lo largo de la embarrada ruta bajo lluvia torrencial. Luego se arrodillaron y se unieron en oración, alabando a Dios por la fuerza que les había dado y por cómo los había protegido en el camino y por el feliz encuentro con estos hijos suyos bajo cuyo techo habían encontrado refugio por un tiempo.

—Estamos gozosos y realmente agradecidos al Señor que hayáis venido hacia aquí y que hayáis podido llegar sin peligro, —dijo el granjero—. Nosotros y otros aquí en el pueblo les hemos estado esperando impacientemente los últimos días. Nos dijeron que un pequeño grupo de misioneros venía en esta dirección. Por lo tanto pensamos tomar nuestros carros y caballos y salirles al encuentro en la ruta. Pero para nuestro pesar, la lluvia continuó, y aún empeoró de tal forma que las rutas están completamente intransitables. Ayer pasaron tropas por el pueblo, y tenían un carro cargado de soldados enfermos y heridos tirado por cuatro caballos y estos pobres apenas podían arrastrar el vehículo a través de las calles. Con dos caballos hubiera sido imposible andar una milla, especialmente con tan pobres criaturas como las que me dieron los soldados a cambio de mis cuatro fuertes caballos. Por lo tanto deberán considerar la buena voluntad de hacerlo que tuvimos. ¡Bueno, gracias al Señor que estáis aquí! El Señor no les dejó sin su ayuda.

“Me imagino que les gustaría comenzar con su misión en este lugar esta noche, ¿no? Si es así, puedo avisar rápidamente a los habitantes del pueblo. Todos aquí están tan desanimados y cansados por las experiencias vividas últimamente que aun aquellos que se oponían grandemente al evangelio ahora están comenzando a buscar a Dios. Toda nuestra vecindad está

ocupada por soldados, y casi todas las casas están llenas de enfermos y heridos. Los soldados han propagado el tifus y otras enfermedades entre la pacífica población, y por todas partes hay mucho sufrimiento y desesperación. Aquellos que no conocen a Dios están al borde de la desesperación, y somos un puñado de cristianos, apenas unas pocas familias, y aun nosotros a veces estamos descorazonados y temblando de miedo, sin saber cuál va a ser el desenlace de todo esto. Los soldados pasan cada día saqueando, amenazando y hasta matando. Nos sacan nuestro pan, nuestro ganado, nuestras ropas y todo lo que se las ocurre. Es imposible protestar o esconder las cosas porque en el momento que encuentran algo escondido le disparan al propietario allí mismo. ¡Sí, estamos viviendo tiempos difíciles! ¿Quién sabe como terminará esto y qué nos traerá el futuro?”, terminó con un pesado suspiro.

—¿No debería comenzar ahora mismo a ir a ver a los enfermos, abuelo? —preguntó uno de los visitantes.

—No Judith, todos estamos muy cansados, y considero que tú no estás menos cansada que nosotros. Además, me parece que nuestra anfitriona está ocupada en la cocina preparándonos algo para comer, y supongo que será bueno fortalecernos un poco, ya que estamos muy hambrientos. Primero de todo, debemos tratar de secar nuestras ropas y zapatos lo antes posible. Esta noche tendremos la primera reunión, así nos familiarizamos con la gente de aquí. Mañana, si el Señor está con nosotros, estaremos listos para cualquier servicio que El tenga preparado para nosotros. Evidentemente estaremos muy ocupados en este lugar.

En ese pueblo y sus alrededores había más trabajo de lo que un pequeño grupo de voluntariosos obreros podían abarcar. Alrededor había tropas hostiles luchando entre sí y llevando muerte y destrucción. Las

enfermedades epidémicas, entre las cuales la fiebre tifoidea y el tifus eran las principales, quitaban más vidas tanto de la población como de los soldados, que las batallas.

Judith caminaba como una buena samaritana entre medio del dolor y la miseria en este valle de muerte. El frío, el barro o la lluvia no la podían detener en su labor de amor entre estos desafortunados, enfermos de alma y de cuerpo. Mientras prestaba ayuda adonde más se necesitaba y mientras cuidaba a los enfermos, nunca perdía la oportunidad de hablarles de Señor Jesucristo y de su amor para con los hombres.

Frecuentemente cuando leía la Biblia en los hogares adonde se habían reunido amigos y vecinos para oirla, había soldados entre los oyentes. Algunos de ellos, tocados por la Palabra y por el Espíritu de Dios, reconocían sus pecados y confesaban sus delitos. Muchos de estos soldados vinieron a los pies de Cristo, rogando perdón, y habiendo nacido de nuevo, dejaban sus sangrientos caminos que los guiaban al castigo eterno y a la muerte, y comenzaban una nueva vida santa siguiendo a Jesús en el camino que lleva al gozo y a la vida eterna.

El arrepentimiento de sus camaradas y la proclama de la verdad, enloquecía ciegamente a otros. Estos venían a las reuniones, donde comenzaban a contradecir, a maldecir y a blasfemar a Dios y a maldecir a aquellos que leían la Biblia y predicaban la verdad.

—Ustedes van por todas partes con el único propósito de idiotizar y engañar a la gente con su evangelio, —dijo uno de estos opositores en una ocasión—. ¡Sabemos muy bien quienes son ustedes, predicadores! ¡Ya es hora de cortarles las cabezas, y con toda seguridad eso sucederá uno de estos días! ¿Adónde estaban antes? Me gustaría saber. ¿Por qué no le hablaron de arrepentimiento a los capitalistas cuando oprimían a la pobre gente trabajadora? ¿Por qué no les dijeron

que se arrepintieran y dejaran de explotar a los pobres? Ahora que nos hemos rebelado y hemos levantado nuestras armas contra ellos, aparecen ustedes en medio nuestro, asustándonos con las torturas del infierno, hablándonos de nuestros pecados y acerca del amor de su Cristo, exhortándonos que nos amemos los unos a los otros. ¡Este es nuestro amor hacia ustedes! —gritó blandiendo su espada en forma amenazante—. ¡Miren, esta es la mejor expresión de nuestro amor hacia ustedes y hacia todos los que son como ustedes!

“Tu cara demuestra que nunca ha sido quemada por el sol en los campos”, continuó el enfurecido soldado. “Ni tampoco has tenido jamás que respirar el aire pesado, penetrante y sucio de las fábricas. Más parecería que has estado toda tu vida sentada en un confortable y rico nido. Y ahora que nosotros hemos destruído estos cómodos nidos, los pájaros han volado en todas direcciones para instarnos a que los amemos y les tengamos lástima. ¡Aún les mostraremos a ustedes y a su Cristo nuestro amor!”, rechinando los dientes se dio vuelta y miró a la audiencia.

“¿Aún quedan idiotas que quieran escucharla leyendo sus evangelios? Este tonto libro de fábulas, engaños y ficciones. ¡Y encima lloran como viejas locas!

“¡Miren su cara”, dijo señalando con su brillante espada cerca de la cara de Judith, “¡ni siquiera es rusa! Más parece una judía. ¡Já, já! Les está leyendo de su libro de historias que los judíos crucificaron a Cristo, y ella, una judía les está predicando acerca de este mismo Cristo, como si fuera Dios. ¿No es gracioso? ¡Por ahora es suficiente! Debe ser sacada de aquí. ¡No, mejor todavía, lo más gracioso sería colgarla!”

El hombre se rió salvajemente, una risa ronca y demoníaca que helaba el alma.

Mientras el soldado comunista hablaba, Judith no dijo nada. Permaneció con la Biblia abierta en sus

manos, mirando a su audiencia con amor y compasión.

—Nuestro amigo ha dicho varias cosas acerca de mí que son verdad, —comenzó Judith luego de que el comunista se calló—. Les ha dicho que soy judía, y que nunca he trabajado ni en los campos ni en las fábricas, sino que he vivido en un hogar confortable y en medio de la riqueza. Todo esto es verdad. No se ha equivocado en esto. Sin embargo se ha equivocado en sus otras afirmaciones. No abandoné mi hogar por haber perdido mis riquezas ni por el deseo de engañar a mis semejantes. La única razón por la cual esoy aquí es el amor a mi Salvador, el Señor Jesucristo, y a las almas perdidas.

“Desde mi temprana niñez me enseñaron las mismas cosas que nuestro amigo dijo un momento atrás, es decir, que el Señor Jesucristo fue un engañador y que los evangelios eran una colección de fábulas y mentiras. Creí lo que me enseñaron y viví como lo hacía toda la gente que me rodeaba. Pero alabado y glorificado sea mi Redentor que me dio una oportunidad de asistir a una reunión similar a ésta. Allí se leyó y se expuso la palabra de Dios. Y allí me convencí que Jesucristo no es un engañador, sino el Hijo de Dios, el Creador del cielo y de la tierra, y nuestro Creador también. Cuando hubo llegado el tiempo El bajó a la tierra, y aquí murió por nosotros para librarnos del pecado y de la muerte y reconciliarnos con Dios y los unos con los otros.

“El pecado ha dividido a la gente en ricos y pobres, rusos, alemanes, ingleses, chinos, judíos y demás. Como resultado del pecado la gente está enemistada; se persiguen y se matan. Declaran sangrientas guerras y el hermano mata a su hermano en las más terribles revoluciones que demuelen y destruyen todo lo bueno y todo lo noble. Pero Cristo ha venido a unir a toda la gente en una nación, en un solo rebaño. Luego de que

aprendí esta verdad del evangelio, dejé de considerarme judía. Me di cuenta de que todos los hombres deben ser hermanos y hermanas y que debemos amarnos los unos a los otros, porque esta es la voluntad del Señor Jesucristo para nosotros.

“Desde que me convertí a Cristo decidí salir a contar estas maravillosas buenas nuevas del amor de Dios para con todos en todo lugar. Esto es lo que les estoy contando hoy a todos ustedes en este lugar. ¿Por qué se odia y se mata la gente? ¿No es el que mata un ser humano tanto como su víctima? ¿Una muerte violenta e intempestiva no es tan terrible para el que mata como para el asesinado? ¿Acaso los padres, las esposas y los hijos no lloran la muerte de sus seres queridos? Veo que aquí hay varios jóvenes fuertemente armados. ¿Sus ancianas madres no derramarían lágrimas amargas si se enteraran de su muerte prematura? A lo mejor algunos de ustedes han dejado en sus hogares a sus queridos bebés. ¿No sufrirían terriblemente si quedaran huérfanos? Y por ustedes mismos, ¿quieren morir? Y sin embargo están diariamente en constante peligro de que hombres tan armados como ustedes los maten.

“Y esto no es lo más importante o lo más terrible. La cuestión que más pesa aquí es, ¿qué les espera más allá, al otro lado de la tumba? Todos nosotros sin excepción debemos morir algún día. Así como hayan sido nuestras vidas aquí en la tierra, serán en la eternidad. La muerte separa nuestra alma de nuestro cuerpo, pero esto no nos libra de nuestro pecado ni de las consecuencias de una vida pecaminosa, del castigo eterno. Nuestra conciencia no se limpiará tan sólo por pasar a través de las puertas de la muerte. Por el contrario, todos nuestros pensamientos, todas nuestras palabras y acciones serán puestas de manifiesto al dejar esta tierra. Oh, qué horror y qué sufrimiento será vernos tal cual somos a la perfecta luz de la eternidad.

¿Adónde encontraremos escondedero en ese momento? No podemos escapar de nosotros mismos ni de nuestras acciones.

“Por lo tanto el Señor les está llamando, ahora, cuando todavía hay tiempo. Aún no es demasiado tarde. El está dispuesto a lavar con su preciosa sangre cada corazón que viene a El manchada por el pecado. Lavó el mío cuando vine a El por primera vez en mi vida. Y hoy, en esta misma hora, el limpiará el de ustedes, tan sólo si ustedes están dispuestos a venir a El. ¿No aceptarán su amor y vendrán a El con arrepentimiento de espíritu y le abrirán sus corazones? ¿Vendrán?”

Fluían muchas lágrimas de arrepentimiento, y más de un corazón se inclinó humildemente ante el Señor al escuchar el sencillo testimonio de Judith. Provenía de lo profundo de su corazón y llegó a lo profundo del corazón de los otros. Pero Satanás no se quedó ocioso. Incitó a sus seguidores. El hombre que la había amenazado momentos atrás se enfureció más y más a medida que Judith hablaba. Su terrible mirada amenazante parecía traspasar a Judith, mientras golpeaba nerviosamente el suelo con su espada. Cuando ella pronunciaba sus últimas palabras de invitación, el hombre salió súbitamente de la casa dando un golpe a la puerta y pronunciando un terrible juramento. Echando una venenosa mirada a Judith, gritó: —¡Serás la primera en arrepentirte por tus palabras!

Pasaron los días. El tiempo era desagradable. Hacía frío y estaba lluvioso, y pesadas tormentas habían acompañado a la lluvia. Toda la naturaleza estaba triste y melancólica, como si el sudario de la muerte estuviera cubriendo todo. Pero Judith parecía no notar el sombrío cuadro de otoño. Estaba demasiado absorta en sus tareas entre los afligidos y los enfermos y en su deseo de traer a las almas inmortales que estaban sedientas y hambrientas de paz al descanso que

Cristo podía darles. A ella todo le parecía brillante y hermoso, porque todo parecía estar iluminado con una cierta luz. De día y de noche se la veía caminando por las calles en sus servicios de amor, sin importar cuán oscuro, frío o barroso estuviera. Y adondequiera que iba, reflejaba la luz del cielo y derramaba paz y gozo en el valle de pecado y muerte.

No se daba cuenta que pesadas, oscuras y siniestras nubes se estaban cerniendo sobre su vida, y se volvían cada día más amenazantes. El amor hacia los perdidos y su anhelante espera por la venida del Señor escondían estas cosas de delante de sus ojos. Sin embargo cada hora que pasaba las nubes se volvían más densas y más oscuras. Satanás, el príncipe de las tinieblas y de todo mal aquí en la tierra, no pudo dormir ni mirar descuidadamente la incansable labor de esta fiel hija de Dios y que un alma tras otra eran rescatadas de la cautividad de su poder y traídas a la luz y libertad de los hijos de Dios.

Más tarde el diablo armaba más y más a hombres crueles y perversos en contra de ella. Estos hombres tenían el corazón endurecido a causa de una vida de pecado y de delito. Estas almas ennegrecidas odiaban la luz que Judith derramaba donde quiera que iba. Su odio creció progresivamente hasta que estaban listos para cometer otro crimen atroz.

En una de sus reuniones secretas resolvieron matar a aquellos que les recordaban constantemente sus pecados y el juicio venidero de Dios. Estaban decididos a quitar la luz de sus oscuros caminos que los llevaban al infierno eterno. Pocos días más tarde su diabólico plan se llevó a cabo.

Al amanecer, una lúgubre y brumosa mañana de otoño, un hombre solitario caminaba cuidadosamente por entre los campos sembrados de trigo. Evidentemente venía de un pueblo e iba hacia otro. Cada momento miraba tímidamente a su alrededor en todas

direcciones como temiendo algo. Durante la noche había caído una fuerte helada y esto le impedía caminar sobre la tierra suelta y removida. El solitario caminante estaba muy ansioso de alejarse de las rutas y evidentemente se estaba escondiendo de alguien o al menos trataba de ocultar la dirección de su viaje.

En su semblante estaba impreso un profundo e indescible dolor. De su oprimido pecho escapaban pesados suspiros, y levantaba en angustia sus ojos desesperados al cielo. Ahora había alcanzado la última loma y descendía con lentitud al valle donde se hallaba el pueblo de Andrejevka. Todo el valle se hallaba envuelto en una espesa niebla.

El caminante se detuvo por un momento. Mirando cuidadosamente a su alrededor, finalmente dobló hacia la izquierda y comenzó a andar a través de las descuidadas huertas y jardines que estaban detrás de las casas. De tanto en tanto oía voces humanas o el grito de las aves de corral o del ganado que se despertaban.

Cuando casi había llegado al otro extremo del pueblo, caminó dubitativamente hacia un cobertizo abandonado que se hallaba a poca distancia de los otros edificios de la granja. En épocas pasadas se lo había usado como lugar de almacenamiento de la paja y otros forrajes pero ahora estaba vacío y abandonado. Al acercarse, el forastero vaciló una vez más y miró cuidadosamente a su alrededor. Luego se acercó lentamente, como temiendo abrir la gran puerta del cobertizo. Su rostro se había vuelto mortalmente blanco, apretaba dolorosamente sus pálidos labios y todo su cuerpo temblaba. Con manos temblorosas abrió la pesada puerta cuyas herrumbradas bisagras chirriaron fuertemente. Entró y cerró la puerta apretándola bien. Dio unos pocos pasos hacia el interior y se detuvo abruptamente ante un objeto oscuro que se hallaba en el suelo. En la oscuridad no pudo ver lo que era.

Retrocedió y abrió apenas la puerta para que entrara un poco de luz. Al darse vuelta vio un horrible cuadro ante sus ojos que le heló la sangre en las venas. A uno o dos metros de la puerta se hallaba el cuerpo sin vida de una joven mutilada por crueles espadas. Era evidente que la joven mártir había estado arrodillada orando cuando expiró. Su mano izquierda, ahora fría y sin vida, aún sostenía la Biblia que había oprimido contra su pecho en los últimos momentos aquí en la tierra. El Libro estaba impregnado de sangre. Su mano derecha se hallaba debajo de la cabeza que había sido cortada y mutilada.

Durante unos pocos minutos silenciosos y solemnes contempló los restos terrenales a los cuales había abandonado el alma para ir al hogar. De su pecho acongojado escapó un profundo gemido.

—¡Pobre Judith —dijo suavemente.—. Aquí terminó tu vida en este mundo . . . Bueno, ahora eres feliz, porque estás con el que era dueño de tu corazón, para quien viviste y trabajaste aquí, y por amor del cual sufriste una muerte de mártir. Quien sabe, a lo mejor pronto llegará mi fin también . . . Tal vez el abuelo te siga pronto.

—¡Es muy riesgoso permanecer aquí por más tiempo! —se dijo luego de un momento de patética quietud—. Sus asesinos aún están en el pueblo y si alguno de ellos me llega a ver aquí, rápidamente pondrán fin a mi vida también. Tal vez mi hora no ha llegado aún. Hay tanto trabajo que hacer en todas partes. —Luego de otra dolorosa mirada al cuerpo cubierto de sangre que tenía delante de él, dijo sentidamente—: ¡Ni siquiera podemos sepultar su tabernáculo terrenal!

Miró una vez más los restos de Judith y partió con el corazón adolorido dejando tras de sí la escena del asesinato atroz, y volviendo sobre sus pasos a través de las huertas, pudo llegar al otro pueblo sin ser visto.

Judith había partido al hogar. Había muerto bendi-

ciendo a sus asesinos y orando por ellos. El día antes de su partida, luego de haber orado juntos por última vez, Judith se despidió del abuelo y de los otros misioneros y se fue a un pueblo vecino. Allí comenzó su trabajo como de costumbre visitando los hogares y testificando del Señor en hechos y en palabras. Alrededor de las cuatro de la tarde, un gran número de gente del pueblo se reunió en uno de los hogares para escuchar como ella explicaba y leía el viejo, y a la vez siempre nuevo evangelio de salvación.

Ese día hablaba de su Salvador con gran entusiasmo y amor. Parecía que el Señor estaba más cerca de ella que nunca. Era como si casi podía verlo con sus ojos físicos, allí en medio de la gente reunida. Todos los presentes escuchaban con gran interés y devoción.

De repente se escuchó un ruido salvaje, y al momento entró un grupo de soldados fuertemente armados. Era evidente que habían venido con un propósito malvado. A juzgar por su comportamiento, habían venido para llevar a cabo la satánica decisión que habían tomado recientemente.

—¡Salgan de aquí, todos a sus casas si quieren seguir viviendo! —ordenó severamente uno de los hombres.

—Sólo la necesitamos a ella, la que está allí, —añadió luego de un minuto señalando a Judith con su sable.

Otro desenvainó su espada en la cual se reflejaron los rayos del sol de la tarde, y se dirigió hacia la joven que permanecía con calma parada detrás de la mesa con la Biblia abierta en su mano.

La gente reunida abandonó el lugar que momentos después se convertiría en escenario de un derramamiento de sangre, tan pronto como pudo, corriendo con pánico cada cual a su casa. Habían visto muchas masacres, y para este entonces sabían que a este tipo de gente no la paraba nada ni nadie. Estos perversos

hombres estaban acostumbrados a llevar a cabo sus malvados planes sin importarles nada. En pocos momentos, Judith se encontró sola en medio de estos hombres poseídos por el diablo.

—¿Quién eres tú? —preguntó brutalmente el hombre que estaba cerca de ella—. ¿Quién te ha enviado a esparcir este opio entre la gente? ¿Quién te ha sobornado para que persuadas a los soldados de nuestras tropas a que amen a sus semejantes y aun a sus enemigos en un tiempo cuando deben matar sin misericordia a todos los “manos blancas” y holgazanes como tú? ¡Responde inmediatamente! ¡Esta es la última vez que te vamos a escuchar!

Judith permaneció quieta, mirando a los perversos hombres que tenía delante, con profunda y sentida compasión. Luego de una pausa respondió: —No hay necesidad que les diga quién soy porque hace tiempo que lo saben. De todos modos, puedo decirles una vez más que soy una judía convertida al Señor Jesucristo, y que ahora soy su discípula y seguidora. El es quien me ha enviado, a toda la gente y a ustedes también, a decirles que El ha muerto por ustedes, y que les ama y quiere salvarles. En este momento les está invitando una vez más a dejar sus vidas pecaminosas y a volverse a El de todo corazón.

“El me ha comprado entregándose a sí mismo como sacrificio por mí. El pagó por mi redención el alto precio de su propia sangre en la cruz del Calvario. E hizo lo mismo por ustedes. El les ama con un amor puro y santo, y me ha enviado para que se los diga.

—Sinko, ordena a tu espada que pare esa lengua charlatana para siempre. ¡Estamos enfermos de discursos como éste! Ya es suficiente, —ordenó salvajemente el oficial.

—¡Deténte! No; no es digna de que ensuciemos el piso de esta casa con su sangre. ¡Llévenla a un cobertizo o a algún lugar parecido!

—¡Sígueme! —rugió el soldado que había interrogado a Judith, dándose vuelta para abandonar la casa. Los otros levantando las espadas, rodearon a Judith. De esta forma la guiaron hacia un cobertizo abandonado que se hallaba detrás de una huerta.

Judith comprendió muy bien que habían llegado sus últimos momentos de vida terrenal. En un instante, se uniría a su Señor y Salvador para siempre. Al caminar en medio de estos hombres rudos, no conoció temor. Usaba los últimos momentos preciosos de su vida para hablarles del amor del Señor Jesucristo y de la necesidad de arrepentirse y darle sus corazones.

Luego de entrar al cobertizo, cayó de rodillas, y por última vez aquí en la tierra se volvió a Dios en súplica por sus amados padres.

—Voy a ti, mi Señor y Salvador. Pero tú sabes que dejo aquí en la tierra a aquellos a quienes amo entrañablemente. Te ruego Señor, que no permitas que perezcan en la iniquidad de sus corazones. Sálvalos, Señor, y tráelos cerca. Perdona a mi querida madre por tratarme injustamente. ¡No dejes que este pecado sea sobre ella, mi Dios!

Una mano invisible sujetó las manos de los hombres perversos hasta que Judith terminó su última petición a Dios. Estaban como paralizados y miraban sin decir palabra a la joven que estaba arrodillada en medio de ellos. Este poder invisible les impidió deshonrar o manchar a esta fiel sierva de Cristo.

—Perdona, oh Señor a estos hombres que van a terminar con mi vida en este mundo. No les tomes en cuenta este pecado, sino deja que tu mano toque sus corazones y puedan venir a ti. ¡Perdónales Señor, y no demandes mi sangre de sus manos, porque no saben lo que hacen!

Mientras pronunciaba las últimas palabras las brillantes hojas de las espadas cimbraron sobre su cabeza, y silbando en el aire bajaron provocando profundas

heridas en su cabeza a través de sus oscuros rulos. Las últimas palabras murieron en los labios pálidos de Judith mientras que un río de sangre manaba a borbotones de su cabeza y de su cuerpo, manchando las ropas de los hombres inspirados por el diablo.

Tras intercambiar silenciosas miradas subrepticias, los asesinos se volvieron y abandonaron la horrible escena en el cobertizo. Su quietud y su imperturbable paz, su oración final rogando por el perdón de sus pecados, sorprendió sus crueles corazones endurecidos y cerró sus bocas. Sus adormecidas conciencias comenzaron a hablarles nuevamente. Fijando la vista en el suelo, se alejaron sin pronunciar palabra.

Durante la noche la trágica noticia de la muerte de Judith llegó a los misioneros en el otro pueblo. Y muy temprano, antes que las sombras de la noche desaparecieran, el abuelo emprendió viaje para ver si los rumores eran verdad. Se las ingenió para entrar en el pueblo y encontrar el cuerpo mutilado de Judith sin ser visto por los soldados. Como no podía sepultar sus restos, le pidió a algunos de los campesinos que pusieran su cuerpo en una tumba para el último descanso.

Ninguno de sus amigos, parientes o conocidos estaban presentes cuando los hombres tomaron el cuerpo sin vida de Judith para enterrarlo en el cementerio, pero El, por quien ella había vivido y había muerto, estaba allí, y a través de su muerte habló a estos sencillos campesinos de buen corazón.

—¡Cómo amaba a la gente! —recalcó uno de los campesinos, enjugándose las lágrimas de sus barbudas mejillas quemadas por el sol mientras bajaban el cuerpo sin ataúd a la tumba—. Cuánto bien hizo en nuestra vecindad, cuidando a los enfermos y confortando y ayudando a aquéllos que necesitaban ayuda. Y lo hacía todo sin esperar que le dieran las gracias y nunca recibió remuneración por su labor. Siempre solía contestar, “Mi salvador, el Señor Jesucristo ya

me ha pagado por esto". Era evidente que amaba a Dios con todo su corazón. Era judía, pero ¡cómo veneraba y amaba al Señor Jesús, y cuán fervientes eran sus oraciones a El!

—Sí, lo que ella enseñaba, lo vivía. Para ella, las palabras y los hechos no se contradecían, estaban en completa armonía, —añadió otro.

—Y aquí está el libro del cual leía tantas cosas buenas. Aún en la muerte lo ha sostenido entre sus manos sin vida. Y miren, está todo cubierto con su sangre. La manera en que lo sostiene demuestra que amaba este libro. Murió arrodillada orando hasta el último momento.

El campesino tomó el borde de su abrigo y se enjugó las grandes lágrimas que rodaban por su rostro y por su espesa barba.

—A lo mejor deberíamos poner el libro en la tumba junto con ella, —sugirió uno de ellos mientras tomaba una pala para cubrir el cuerpo de Judith.

—Sí, eso mismo, —concordaron los otros—. Todas las hojas están empapadas de sangre también. Será mejor ponerla en la tumba junto con ella.

—¡El reino de los cielos sea suyo, querida señorita! No la conocíamos ni sabíamos de dónde era ni dónde estaban sus padres, pero usted nos amaba, y nosotros lo sabíamos y lo sentíamos.

Luego de esto los hombres empezaron a llenar la tumba de tierra.

—¡Si tan siquiera Dios en su misericordia nos enviara gente tan buena como ésta a nosotros los pecadores! —suspiró uno de los hombres, haciendo una pausa en su trabajo.

—¿Por qué será que hay tan poca gente buena y tanta gente mala y perversa en este mundo? Y encima a estos pocos buenos los matan sin misericordia. Hay unos cuantos de ellos en nuestra vecindad, pero los pobres no pueden estar aquí mientras su compañera de

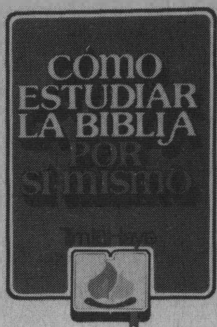
trabajo recibe sepultura, tampoco pueden decir nada porque no pueden hacerle un funeral decente, ni servicio ni nada. Si los vieran los matarían inmediatamente.

—¡Silencio! Teodoro, no te atrevas a decir semejantes cosas en voz alta, porque quién sabe, los arbustos y las paredes tienen oídos hoy en día. Si alguien nos escucha decir estas cosas, podemos poner en peligro a esta buena gente y aun causarles la muerte.

Ahora la tierra cubre el cuerpo frío y sin vida de Judith, hasta que suene la trompeta de Dios y los muertos en Cristo resuciten en aquella gloriosa mañana. Nadie la verá más aquí en la tierra, pero su labor de amor vivirá por largo tiempo en los corazones de aquellos que experimentaron su amor en sus vidas. Muchos de los que la conocieron y que la escucharon se encontrarán con ella en la gloria con El a quien ella amaba. Más de una estrella brillará en la corona que adornará su cabeza para siempre.

por Tim LaHaye

COMO ESTUDIAR LA BIBLIA POR SI MISMO



Instrucciones prácticas para el estudio sistemático y fascinante de la Palabra de Dios.

Este libro ofrece al lector algunas instrucciones interesantes para el estudio de la Biblia, seguido de diagramas, que transformarán el estudio regular de la Palabra mucho más fascinante.

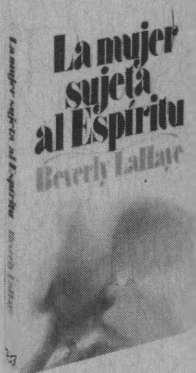
El autor presenta un programa de estudios de tres años, que al terminarlo, el estudiante habrá adquirido un conocimiento práctico de la Biblia. Este sistema prepara el lector para una vida íntegra de servicio al Señor.

La lectura y aplicación de este libro puede producir en su vida espiritual la madurez deseada, en un período de tiempo relativamente corto.

Adquiera este libro en su librería predilecta.

La mujer sujeta al Espíritu

Beverly LaHaye



**¡Un libro
para mujeres,
escrito por
una mujer!**

No hay nada más fascinante que el estudio del porqué la gente actúa como lo hace, y lo que el Espíritu Santo puede hacer para fortalecer las debilidades que una mujer pueda tener.

LA MUJER SUJETA AL ESPIRITU es un libro relacionado con el temperamento y la vida llena del Espíritu Santo, escrito específicamente para las mujeres. Este es un estudio fascinante y muy práctico que abarca cada etapa de la vida de la mujer: los años de la juventud y del noviazgo, la mujer soltera y la que trabaja, la maternidad, el divorcio, la viudez, la menopausia y otras.

El libro de continuo fomenta la mejor relación de la mujer con Dios y su familia, ayudándola a comprenderse a sí misma y las peculiaridades de su temperamento. Conducirá a los hombres a un mejor entendimiento de sus esposas.

¡Un libro para usted, ahora!

Adquiera este libro en su librería predilecta

**Sensible en su discernimiento . . .
Fascinante por su viabilidad . . .**

EL VARÓN

y Su Temperamento



Es un estudio franco y refrescante de las principales características de la personalidad masculina. Ese penetrante análisis le permitirá al lector identificar y comprender tanto las virtudes como los defectos en su persona.

Sensitivo en su discernimiento y fascinante por su practicidad, este libro comunica *lo que todo hombre quisiera decirle a su mujer acerca de sí mismo, pero no se atreve*. El hombre y la mujer de hoy hacen esfuerzos por comprenderse, aceptarse, y ayudarse mutuamente. Tim LaHaye proporciona un maravilloso punto de partida.

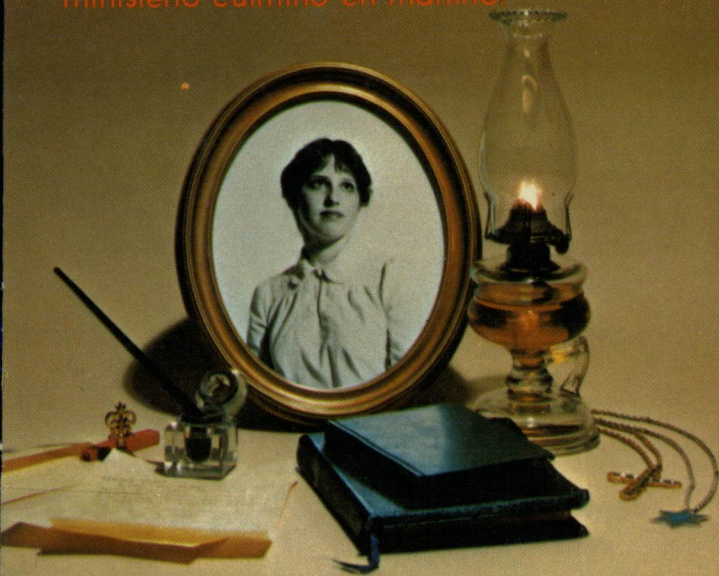
Adquiera este libro en su librería predilecta.

EDITORIAL BETANIA

JUDITH

N. I. SALOFF
ASTAKHOFF

La historia verídica de una joven rusa cuyo
ministerio culminó en martirio.



JUDITH

“Tras intercambiar silenciosas miradas subrepticias, los asesinos se volvieron y abandonaron la horrible escena en el cobertizo. Su quietud y su imperturbable paz, su oración final rogando por el perdón de sus pecados, sorprendió sus crueles corazones endurecidos y cerró sus bocas. Fijando la vista en el suelo, se alejaron sin pronunciar palabra...”

Judith Weinberg, hija de una rica familia ruso-judía, nacida a principios de siglo, abrazó una fe que le costó todo,—su familia, su prometido, su hogar y sus amigos, y finalmente, le costó la vida—que fue extinguida cruelmente por las mortíferas espadas de la Revolución Bolchevique.

Judith, por N.I. Saloff-Astakhoff es la historia increíble pero verídica de la vida de sacrificio y servicio de esta joven entre los rusos. Fue privilegio del autor, el haber seguido de cerca gran parte de la vida de Judith y de su testimonio cristiano... y el haber sido testigo de su prematura muerte.

Este libro está dedicado a todos aquellos hombres y mujeres que descubrieron una nueva y gozosa vida a través del ministerio de Judith Weinberg, y a otros que cosecharán los frutos de forma indirecta en los años venideros.

**N. I. SALOFF
ASTAKHOFF**



**EDITORIAL
BETANIA**